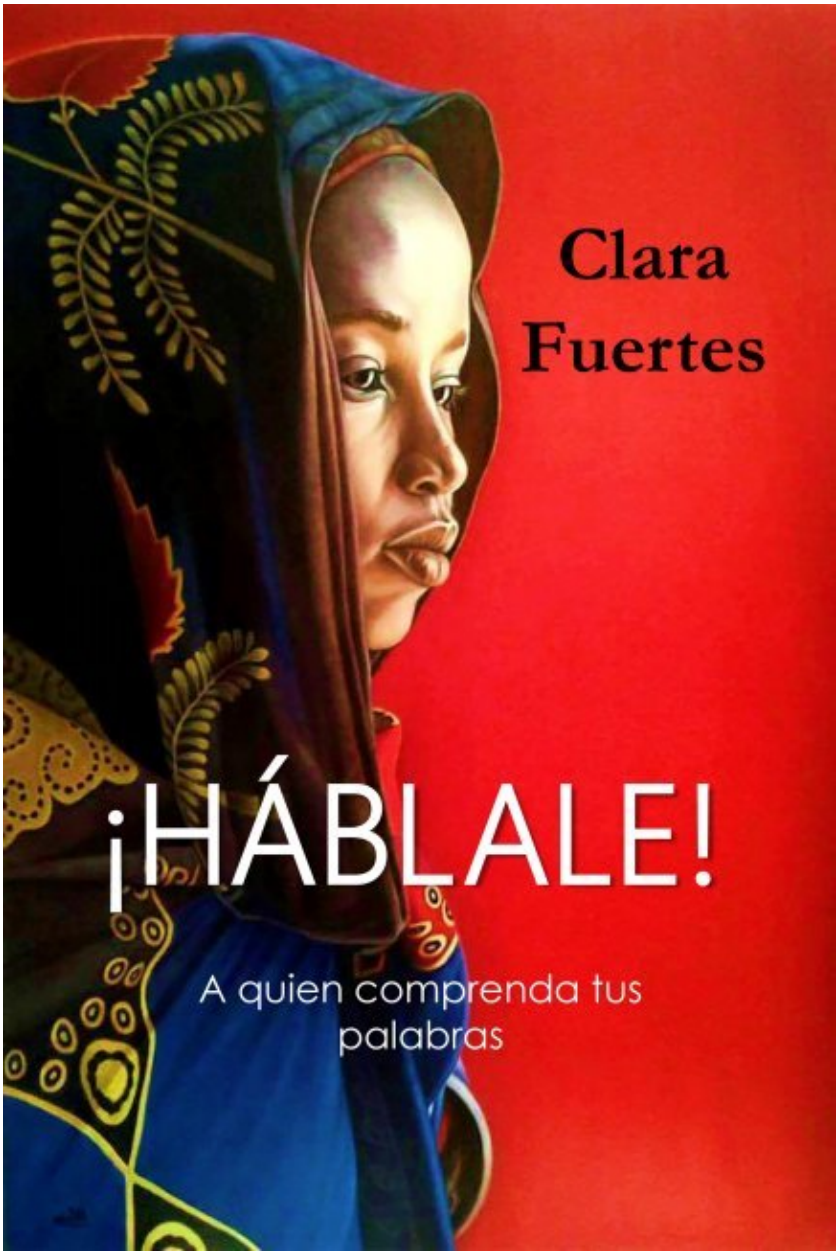
CLARA
FUERTES
¡HÁBLALE!
A QUIEN COMPRENDA TUS
PALABRAS


Clara
Fuertes
¡HÁBLALE!
A quien comprenda tus
palabras

«Kalam men yafham leklam»

Proverbio saharaui

¡Háblale!

A quien comprenda tus palabras

Clara Fuertes

©Clara Fuertes ®Todos los derechos reservados
Portada: Pintura de Soledad Ruíz Cobo,
e inspirada en una fotografía de Eric Lafforgue.
ISBN: 9781542745260

Dedicado a
todos los grandes contadores de historias,
y a los que saben escucharlas.

El Sáhara es hostil, el Sáhara es hermoso.
El Sáhara es mi tierra.
Y con el desierto ante ti, jamás digas: ¡No puedo!
Si las dunas avanzan…
Entonces, tú también puedes hacerlo.

Anónimo

A MODO DE PRÓLOGO

Hay un lado de negrura en esta historia. Como mis madrugadas cuando me despiertan sin motivo alguno. A veces siento un golpe de mar adentro y una gran inquietud. Y durante el albor, cuando el vértigo me desordena, escribo.

Otra vida. ¿Es posible otra vida? Para algunos solo existe esa posibilidad, esa otra vida, y en ella un cambio hacia delante, un cambio que deja atrás, muy atrás, ese miedo de raíces profundas.

Creía que el lenguaje podría salvarles, pero la lengua después de un tiempo también comienza a desvanecerse, muere despacio. Como los recuerdos y la propia Historia. No tienen prisa.

La historia de Najmah es pura ficción y no ficción al mismo tiempo, es fascinante y solitaria, como lo es el pueblo saharaui que vive en ese abismo que se confunde, en esa niebla que quizá se avergüenza de su gran olvido.

Hay un lado de negrura en esta historia, es cierto, pero también un opuesto claro, como de horizonte al atardecer.

Quizá sea solo un brillo, una estrella o a lo mejor es un punto, un punto de esperanza.

VENUS

Najmah, ese sería su nombre. Najmah.

Najmah significaba estrella, luz y guía para los más sabios de la tribu, y ella sería bendecida, aquella noche, por todos los suyos.

Pudo ser la casualidad, la fatalidad o la propia providencia, pero el destino de Najmah quedó sellado, para siempre, durante las largas horas de su alumbramiento.

El anillo dorado que irradiaba el planeta Venus a su alrededor parecía como si les anunciase algo, quizá una premonición, una señal.

La luna abrigaba con su sombra, le hacía compañía. ¿Sonreía? Venus dispersaba destellos rotos en el inmenso cielo estrellado de la gran noche africana y no le pasó desapercibido a la tribu que lo miraba, desde el desierto, con curiosidad.

Los sabios se reunieron, en torno a un fuego que crepitaba furioso, y comentaron aquel extraño suceso.

Para ellos, refugiados saharauis, Venus era mucho más que un planeta, era su mirada en la oscuridad y en el desierto. Su condición de nómadas les hacía creer que la naturaleza tenía alma. Su tierra palpitaba con vida propia.

Y su grandiosidad estaba cargada de signos que había que saber interpretar.

Fue precisamente, durante esas horas de resplandor, mientras los más instruidos intentaban buscar explicaciones al fenómeno del planeta Venus y las luces danzantes del cielo, cuando Najmah eligió nacer.

Y lo hizo como cualquier bebé, con decisión, buscando un hueco entre las entrañas oscuras de su madre, avanzando segura, para poder ver la luz del albor de las estrellas doradas del cielo, en la gran noche africana.

Najmah dejaría así, muy atrás, la comodidad del agua que la había mecido durante meses y el silencioso cuerpo que le había susurrado, desde lejos, infinitas palabras de amor.

El sonido monótono y acompasado del suave latido de su madre quedaría grabado en ella para siempre.

Najmah rompió a llorar, estrenando la vida con fuerza, justo cuando la noche refulgía más estrellada; su intensidad fue tal, que

hasta los camellos y las cabras se removieron inquietos en sus corrales mirando hacia el cielo.

Najmah sería, a partir de entonces, una nueva vida en el desierto africano, una nueva boca que alimentar en aquella floresta de jaimas, un nuevo ser que sufriría, como el resto de la tribu, la carestía del alimento diario.

Sin embargo, para su madre, Layla, nada de todo aquello tenía la menor importancia, ni las luces del cielo, ni las señales del universo, ni su significado, ni el hambre, ni siquiera su propio dolor del parto. Ella solo se afanaba en envolver a su pequeña, en limpiarla, en acariciar su pequeño rostro mientras de su mirada orgullosa rodaban gruesas lágrimas de felicidad.

Najmah sería su último hijo.

Su única hija.

Curiosamente, esa misma noche, en el mismo momento en el que Najmah había decidido nacer, a lo lejos, en el horizonte, envueltos en grandes nubes de polvo, entre las dunas del desierto argelino, llegaban cargados de esperanza, los primeros camiones de la ayuda internacional que esperaban, con alimentos y agua.

El campamento de refugiados sobrevivía desde hacía semanas en unas condiciones infrahumanas y la llegada del auxilio, coincidente con el nacimiento de Najmah, y las extrañas luces doradas bailando en el cielo de la gran noche africana, avivaron la idea de que aquella niña que había venido al mundo era especial, un símbolo, una quimera, la esperanza de su pueblo.

Najmah traería a su gente prosperidad.

El futuro de Najmah quedaría grabado en fuego aquella noche. Y los sabios reunidos decidieron su destino:

«Sería desposada apenas cumpliese los trece años con Abraham Mulad, líder espiritual de la tribu».

Él tenía, por aquel entonces, cincuenta y ocho años; ella, Najmah, sería su tercera mujer, su estrella, su guía en la vejez.

Grandes festejos se celebraron durante días por toda la hammada, su padre estaba orgulloso.

Los familiares, amigos y toda la comunidad saharaui se acercó a conocer a la niña, que ajena a todo, dormía envuelta entre mantas, a salvo, tan solo de momento, dentro de la jaima.

Layla, su madre, no dejó de sollozar durante días, en silencio, mirándola mientras la mecía.

El futuro de su pequeña luz estaba ya cubierto de negrura. ¿Por qué solo ella podía percibirlo?

UN BOSQUE DE JAIMAS

En el campo de refugiados, situado en la provincia de Tinduf, al suroeste de Argelia, los saharauis habían levantado sus campamentos. Estaban divididos en distritos. Las *wilaya*. Y a cada campamento le habían asignado un nombre; todos ellos ciudades del Sáhara Occidental.

El suyo se llamaba Smara. Era la ciudad sagrada.

Muchas de las familias allí asentadas llevaban viviendo o malviviendo en aquel lugar más de treinta años ya y no habían conocido otra patria, salvo por los cuentos que los más ancianos les narraban.

Allí las costumbres y las leyendas, los mitos y las tradiciones pasaban de generación en generación a través de la palabra.

Los desplazamientos de su pueblo, familias enteras, se habían producido hacía décadas, con motivo de la marcha verde. Al principio, la llegada de los refugiados había provocado graves problemas al Polisario —Movimiento rebelde de liberación—.

La mayoría habían arrastrado en su devenir a familias enteras, hijos, padres y mujeres, pero los campamentos fueron acomodándose lentamente al fluir de aquel exilio.

El conflicto saharaui y la lucha de su pueblo por la independencia dejaban atrás una sociedad en el olvido, miles de almas despojadas de lo más básico, viviendo en una gran miseria. Muchos de ellos, la tercera generación ya de saharauis, habían conseguido sobrevivir en precarias condiciones de vida en los campamentos, siempre mendigando la ayuda internacional, algo que les disgustaba sobremanera.

Añoraban su hermosa y dura tierra, añoraban recuperarla y algo más, añoraban su propia libertad.

«¡Algún día!», decían los más ancianos, implorando y elevando sus plegarias al cielo. ¡Algún día, volveremos a casa!».

Sin embargo, para los más jóvenes, los anhelos eran bien diferentes. Tenían su propio rumbo.

Soñaban con fugarse, sí, pero no a una tierra árida y desértica, no a una vida nómada, sino a un horizonte mucho más lejano.

Los más jóvenes soñaban con Europa.

Se relataban muchos casos de quienes lo habían conseguido y de

otros que, sin embargo, no habían tenido tanta suerte y habían sido devueltos a sus casas, vivos sí, pero hundidos por el llanto, avergonzados en lo más íntimo, sin dinero, con el deshonor pegado en el costado por haber malgastado todos los ahorros de la familia y haberse endeudado dejándoles en la más absoluta miseria.

Pero podía ser todavía peor, podían no volver. La mayoría morían por el camino, algunos incluso sin dejar ningún rastro. Se sucedían relatos de puro horror, de personas ahogadas en azul, de pateras que se hundían en aquella humedad salada, de deportaciones y aglomeraciones en barracones, de perros policías mordiéndoles el aliento, de guardias corriendo tras ellos, de sed, de hambre, de hacinamientos y de abusos, muchos abusos.

Embarcarse en un viaje a España o a Italia era una locura, un pico de adrenalina. Y el precio muy alto.

Las posibilidades de éxito escasas.

Pero, quizá, ¡quizá! si lo lograban, significaba su ansiada libertad, una vida mejor, comodidades, agua corriente, luz y comida. ¡Comida!

Todo un sueño. ¡Sueños!, otros sueños.

Sueños ajenos, a veces, también propios.

Había jóvenes que para ganarse la vida, se conformaban y emprendían el camino hacia las ciudades más cercanas al campamento. Implicaba menos riesgo.

La ayuda internacional era administrada a cuentagotas desde Europa. Las ONGs —Organizaciones no gubernamentales— que operaban en la zona eran, cada día que pasaba, más insuficientes.

Y sus condiciones de vida realmente duras.

Habitaban en la región más inhóspita del mundo, donde las temperaturas en verano alcanzaban los cincuenta grados centígrados al cobijo de las jaimas y en el invierno el frío les congelaba hasta la respiración.

Arena, arena y más arena les circundaba, aunque a veces, ni siquiera se la podía denominar así. Solo era polvo, un erial seco y quejumbroso.

Pero era un pueblo fuerte y orgulloso, y poco a poco, fueron creando una sólida estructura organizada, asentada en grandes sentimientos de solidaridad.

El desierto era su hogar.

La población exiliada estaba compuesta, en su mayoría, por mujeres, niños y ancianos.

Los hombres combatían para recuperar su territorio, lejos, siempre lejos.

Su economía estaba basada en la pura subsistencia, en el pastoreo nómada. Recorrían largas distancias para buscar algún

forraje con el que poder dar de comer a sus exiguos ganados, cabras principalmente, ayudados siempre de sus camellos, que además de servirles de carga, les proporcionaban leche, carne y pieles para posteriormente construir sus jaimas.

Prácticamente no podían cultivar la tierra, solo la cebada crecía en su inhóspito paraje de tierra arcillosa y temperatura extrema, aunque la cooperación internacional se empeñara en financiar, una y otra vez, huertas piloto que se morían de sed.

Con la harina de cebada elaboraban el «alcuscu», una mezcla de cebada y grasa. Esta era su principal dieta, unida al pan y al arroz.

De los animales obtenían la escasa carne que comían y la leche fresca, «lebén» o agria, «raib» quedaba reservaba para los más pequeños y los ancianos.

El agua era su fuente de vida, muy valiosa, un tesoro, pero casi siempre insuficiente. Como los dátiles, de los cuales gozaban en contadas ocasiones.

Sin embargo, había algo que no podía faltar en ninguna jaima, el té. Para el pueblo saharaui, el té era la única forma de agasajar a los invitados; toda una ceremonia que transcurría como si fuese un rito, algo fascinante.

Su idioma oficial era el árabe, aunque los más ancianos del poblado seguían conservando el dialecto hassanía, que provenía de Mauritania.

El pueblo saharaui, en su nómada existencia, mantenía la religión islámica, pero al mismo tiempo, celebraban sus propias liturgias. Creían en los espíritus, en las alabanzas en señal de respeto a través de cánticos populares, en la madre tierra, en los tabúes y en el mal de ojo; la mayoría lucían en sus cuellos, manos y muñecas multitud de amuletos para protegerse.

Su gente era muy supersticiosa.

Sí, quizá demasiado.

Por ese motivo las señales en el cielo de aquella noche, el danzar de las estrellas y el anillo que formó Venus a su alrededor, marcaron a Najmah hacia un camino sin retorno.

Los más ancianos del entorno, cuerpos marchitados por el calor y la hambruna, en ocasiones les contaban historias. También su abuela lo hacía.

A Najmah le gustaba sentarse junto a ellos, le gustaba escucharles.

En ocasiones, lo hacía con el corazón desbocado y la emoción contenida. Adoraba las leyendas de su pueblo, un pueblo construido de cantos, mitificado con poemas.

El pedacito de mundo en el que le había tocado vivir era al mismo tiempo claro y oscuro. Bello y cruel. Su miseria material

contrastaba con la riqueza espiritual narrada por aquellos ancianos de mirada oscura y penetrante.

A Najmah le despertaban una infinita curiosidad.

Dotada de una imaginación desbordante, Najmah recreaba las escenas y pensaba en los jinetes, hombres apuestos tocados con grandes turbantes blancos y miradas negras, montados sobre elegantes y delgados camellos; o pensaba en los viajeros, huyendo, formando largas caravanas en una tierra eterna y sin fin, proyectando sobre la arena sus sombras largas y tristes, sombras que iban dejando su huella, una estela grisácea de cenizas.

Su pueblo estaba entretejido de ideas novelescas, de conquistas, de pérdidas y de una continua y pegajosa nostalgia.

Y a ella, a Najmah, que estaba segura que acabaría siendo una contadora de historias, le gustaba ser su heroína e imitar a los mayores.

«¡El Sáhara es tierra de nadie!» —les decía a los niños que la escuchaban entusiasmados al caer la tarde, elevando sus ojos al cielo e intentando imitar la voz y los gestos exagerados de los más ancianos del campamento—. El Sáhara es añoranza, melancolías de nuestro pasado…

»Éramos un pueblo fuerte, orgulloso, con una cultura, valores y creencias propias; teníamos un profundo sentimiento de identidad étnica y esto nos hacía diferentes ante la mirada del mundo.

»¡El mundo! ¿Y ahora?, ¿en qué nos hemos convertido ahora? ¡En hombres nuevos!, dicen algunos.

»La revolución necesita reforzar la conciencia saharaui. Y digo yo, ¿por qué?, ¿hemos dejado, acaso, de tener conciencia en algún momento?».

Y Najmah miraba, de pronto, muy seria a los niños y entrecerraba los ojos con cierta malicia. Y ellos reían tímidamente, algunos incluso se mostraban intimidados, vergonzosos.

Les gustaba Najmah, la imitación que hacía de los mayores era puro teatro. Y siempre volvían, volvían a ella, aunque a veces, Najmah les diese algo de miedo, aunque fuese distante como las estrellas, y no hablase más que para contarles historias, aunque su seriedad les pareciera tan triste.

«Ellos buscan olvidar y nosotros que nos recuerden lo que fuimos. ¡Qué fácil y urgente resulta desplomar siglos de historia!; y, sin embargo, ¡qué difícil es alzar nuevos valores, con prudencia!

»Nunca necesitamos reglas, ni aplicamos el terror para conseguirlas, nuestro pueblo permanecía unido pese a todo, la falta de comida, la sed, el calor y el frío; vivíamos inmersos en una solidaridad tribal, en nuestras tradiciones.

»Poseíamos la mayor de las riquezas, las relaciones humanas y la

libertad.

»¡Antes nuestro pueblo era libre! —enfatizaba.

»¡Libre! —volvía a repetir—. Como libre es la tierra que nos rodea —y hacía un gesto amplio con el brazo extendido, como queriendo rodear al horizonte.

»¡Al desierto, jamás, se le podrá poner muro alguno!». Y así, con rotundidad, con una frase corta, siempre terminaba sus cuentos y se inclinaba.

Y entonces, los más pequeños aplaudían, y lo hacían a rabiar, hasta que les dolían las manos, mientras ella les hacía reverencias.

Najmah les sonreía; aquellos aplausos, que apenas sonaban en la gran noche africana, la iluminaban, y por un momento su seriedad se desvanecía, como si fuese un juego, y ante la insistencia de los niños continuaba atusándose una barba imaginaria:

«Una sociedad nueva no puede construirse sin nobles valores tradicionales. Debe tener una base sólida, porque si no todo es aire —y les soplaba sus rostros—. Y ya sabéis que el aire es ficción, como algunos cuentos».

Y Najmah alzaba mucho la voz al decirlo, e intentaba sorprender de nuevo a los niños. Moviendo la cabeza en señal de negación:

»Al final la nada será nuestra identidad. La nada nos confundirá en este vasto desierto. Y nos convertirá en más polvo. Polvo del desierto».

LA INFANCIA

La infancia es un periodo prodigioso, donde casi nada es realmente importante y la vida de Najmah transcurrió feliz, bajo la mirada siempre atenta de su madre.

La organización de los campamentos pronto comenzaría a estar orquestada prácticamente por mujeres, pues la mayoría de los hombres debían marcharse al ejército o bien a buscar algún otro medio de subsistencia en las ciudades próximas.

Los niños correteaban jugando, ajenos a todo cuanto les rodeaba, entre el nido de jaimas que formaba la hammada. También se ocupaban de atender los corrales donde pacían los camellos y las cabras, cuyos colores iban desde el blanco más puro al negro más oscuro, y de asistir a la escuela para aprender a leer y a escribir, lo más básico, al menos.

Los cuartos de adobe y la arena del desierto eran lo único que tenían, y mientras vagaban de aquí para allá, daban rienda suelta a todas las travesuras y juegos que se les ocurrían. Sin embargo, Najmah nunca participaba de aquellos pasatiempos, ella era feliz en casa, ayudando a su madre, en su propio mundo interior.

Su familia era muy numerosa y ellas, su abuela, su madre y Najmah, las únicas mujeres. Tres generaciones convivían bajo el mismo techo.

Aunque algo introvertida, Najmah era una niña muy dulce a la que todos querían. No en vano, era la elegida, la luz y guía de su pueblo. Pasaba muchas horas mirando las estrellas e inventando cuentos fantásticos con personajes irreales. Desde pequeña había adorado escuchar a su abuela contarle historias. Ella les narraba, también a sus hermanos, cuentos y fábulas, y lo hacía siempre por la noche, después de la cena.

Sus historias eran el bálsamo que necesitaban antes de irse a la cama. Su abuela les hablaba del Sáhara, del vasto desierto, del océano de arena, de su misterio, de las caravanas, de reinos desconocidos, de pueblos y valientes guerreros, de mujeres hermosas de ojos muy negros, de animales salvajes y mitológicos, de pozos de agua subterráneos, de un mundo velado de tesoros ocultos y mirada indescifrable.

Y a Najmah le apasionaban sus cuentos. Su mundo era el

horizonte que la inflamaba. Quería recorrerlo, palmo a palmo, pero sabía que no sería posible. Por eso se lo inventaba. Y con cada relato que su abuela desgranaba, ella recreaba otros, los engrandecía, los transformaba a su antojo; tenía tal imaginación que pronto su abuela le cedería el puesto de narradora con agrado.

Sin embargo, un día, la mirada de su abuela calló al mismo tiempo que su voz, que los relatos que ella heredó, y nadie supo cómo, ni cuándo su luz se convirtió en noche. Quizá tuvo la culpa la velocidad de los días, o el polvo áspero del desierto, no lo sabía, no podía saberlo, solo era una niña. Pero había algo, lo único cierto, y es que la echaba de menos. Y como no sabía dónde buscarla, o cómo podía atraerla de nuevo, lo hacía con las palabras y a la luz de las estrellas. En sus relatos siempre aparecía su abuela, también en las caras de los chiquillos que la escuchaban al atardecer.

Su público crecía, cada día. Su jaima estaba llena de vida, de vidas inocentes, de niños que la esperaban con la boca abierta, expectantes, impacientes por escucharla.

¿Qué historia les traería hoy?

Najmah fantaseaba al verles, fabulaba sobre la marcha, y lo hacía solo para traer de vuelta por unos instantes a su abuela. Sin ella se sentía perdida.

Najmah nunca había ido a la escuela.

La verdad es que tampoco tenía tiempo, su madre la solicitaba constantemente: «¡Najmah, haz esto!, ¡Najmah, haz lo otro!».

Y ella se conformaba, incluso aceptaba con agrado su devenir, su simpleza de vida. La confianza que tenía en su madre era casi ciega, tan ciega como el interés que tenía por esos otros mundos que ella inventaba en sus ensoñaciones. Su gran riqueza consistía en su mente, una mente privilegiada, poblada de imágenes, de tesoros.

Su abuela le había asegurado una vez —y su palabra era para Najmah más sagrada que la ley del desierto— que pertenecería a una estirpe de novelistas y que tenía un «don». «Cultiva las palabras, Najmah, déjalas crecer en tu corazón, transmítelas con emoción, domínalas, inventa silencios y pausas, un tono intenso o aguado, siempre el justo, el adecuado. Ese es el verdadero arte de la palabra, hablar».

«¡Háblale!… A quién comprenda tus palabras».

Cuando pensaba en su abuela se daba cuenta de que su dolor todavía era denso, desesperado. Era como un canto sin música.

Sin embargo, su llanto no albergaba furia, solo resignación, naturaleza, desierto.

La vida era justa, o al menos eso pensaba ella. No tardaría en darse cuenta de su gran inocencia.

¿Amigos?

No, Najmah tampoco tenía amigos.

Para su pueblo, ella era considerada casi un ser sagrado y, salvo para escucharla, ninguno venía a buscarla para jugar o para compartir confidencias o travesuras.

Los niños entraban en su jaima con asiduidad, pero siempre acompañando a alguno de sus hermanos mayores. La miraban con curiosidad, agachaban la cabeza en su presencia a modo de respeto y se marchaban dejando una estela de polvo y risas por donde habían venido.

Najmah no añoraba aquellos juegos, como tampoco deseaba compartir con nadie sus ensoñaciones, ni su escaso tiempo libre; no era una niña sociable, aunque adorase contar historias.

Cuando su madre le daba un respiro, Najmah se alejaba del poblado y miraba el vasto desierto. También al cielo. Comparaba el azul oscuro del anochecer con los ojos de su abuela, y pensaba si el mar tendría el mismo color al caer la noche. ¿Y de día?, se preguntaba, ¿sería blanco como las nubes o dorado como el desierto? Nunca había visto el mar. Nunca había salido de los límites de Smara.

Fuera de la jaima, el mundo parecía extraño, mutante, atrayente, como los nimbos y sus formas, como el volar irregular de las aves, como el rastro violáceo de los atardeceres. En las contadas ocasiones que se escabullía de la vida del poblado, le gustaba crear, sentarse en las dunas, hundir las piernas dentro de ellas para refrescarse y esperar a que la noche y todas las estrellas de la gran noche africana la sorprendiesen.

Najmah buscaba en la tierra, sin saberlo, filosofía. Llamaba a gritos al espíritu del desierto.

Sí, llamaba a su abuela, la invocaba.

El desierto despertaba en ella un gran interés, porque siempre estaba en movimiento y, sin embargo, su silencio era abrumador. Aunque lejos de asustarla, la soledad del desierto se convertía en su segunda casa, en su jaima al aire libre. Le gustaba tocar su tierra, recorrerlo con la mirada, atesorar todas las palabras que le venían a la mente, y que después narraría a sus hermanos y a los otros niños de la hammada.

Najmah disfrutaba de la naturaleza, el atardecer la hechizaba, el paisaje cambiaba a medida que el sol se ponía, era como presenciar un ritual de arenas movedizas; el polvo del desierto mutaba de un color al otro, en una transición de rojos, amarillos y ocres que la deslumbraban.

Las dunas parecían más pequeñas cuando oscurecía; los pájaros cantaban con otro tono al ocaso y ella sentía que el frío iba hostigando sus huesos y que el gris se adueñaba, poco a poco, del

horizonte, de sus ropajes, de todo su cuerpo. La tierra ardiente, de pronto, desaparecía, helando su entorno, mostrando otro lenguaje mucho más duro. Pero ella siempre resistía y esperaba. Esperaba. Esperaba hasta que lo veía en el cielo pintado. Brillando. Hasta que le hacía guiño.

Solo entonces se permitía volver a casa. Venus era la señal convenida. Y cuando le mostraba su cara, Najmah le sonreía y le daba la bienvenida. El planeta Venus significaba mucho para ella.

Venus era su guía.

Había escuchado muchas historias sobre su nacimiento y el misterioso hilo de acontecimientos que aquella noche se sucedieron.

Todos la consideraban especial.

Especial.

¿Por qué tenía que ser especial? No quería serlo.

¿Por qué? ¿Por qué nadie era capaz de explicarle los motivos con sencillas palabras?

Najmah no lo entendía, y aquella veneración la enfermaba y la aislaba del mundo. ¿Por qué era ella la especial y no otra chiquilla del poblado?, ¿por qué no podía ser una niña más, una niña normal, ir a la escuela, jugar como los demás niños por la hammada, hacer travesuras? ¿No se daban cuenta de que le molestaba ser diferente al resto de los niños de la aldea?

LA MAESTRA DAISHAN

Un día de principios del mes de octubre, cuando pasaba ya la media tarde, la maestra del poblado, la señorita Daishan, se presentó en la jaima de Najmah, buscándola.

Deseaba charlar un rato con ella, y quería hacerlo a solas, eso fue, al menos, lo que le dijo a su madre. Aquellas dos mujeres, de pie, dentro de la jaima, se midieron por primera vez, se observaron detenidamente, durante un breve instante, y después se previnieron sin pronunciar palabra alguna. La madre de Najmah asintió duramente, solo una vez, y en su gesto, la niña intuyó mucho miedo, un miedo oscuro, casi atroz. La señorita Daishan, sin embargo, le sonrió sin llegar a despegar los labios. Sus labios arqueados hacia arriba eran un triunfo.

Najmah no podía saberlo entonces, pero aquellas dos mujeres desafiantes, enfrentadas entre velos dentro de la jaima, ya sabían de antemano que su visita les traería problemas. Ellas no eran dos desconocidas.

Najmah tampoco pudo imaginar hasta qué punto aquel encuentro, en apariencia inocente, le cambiaría la vida por completo.

Y un momento antes de salir de la jaima, Najmah miró a su madre. En su profunda mirada negra le pareció percibir un abismo, un gran vértigo.

Su madre se ensombrecía. Y Najmah dudó.

Por sus hermanos sabía que la maestra Daishan era una mujer alegre y desenfadada a la que todos los niños veneraban. Najmah y la maestra comenzaron a caminar y dirigieron sus lentos pasos hacía los límites del poblado; avanzaban en silencio, con cierto embarazo, arrastrando con cadencia la respiración ardiente del Sáhara. Daishan buscaba las palabras justas. Najmah solo se dejaba llevar.

Sin embargo, fue Najmah quien rompió el hielo.

—Permítame que le lleve a mi lugar favorito, no es nada especial, la verdad, pero algunas tardes, cuando puedo y me lo permite mamá, vengo caminando hasta aquí para ver el atardecer y el nacimiento de Venus. Allí podremos hablar más tranquilas.

—¡Claro, Najmah!, es una estupenda idea —contestó la maestra

sonriéndole y guiñando un ojo al mismo tiempo.

En cuanto llegaron, se instalaron entre dos grandes dunas que Najmah siempre elegía porque le permitían ver el poblado y al mismo tiempo le otorgaban la intimidad de no ser observada; la protegían del viento y de las miradas indiscretas de los pastores que volvían al consumar el día, con los rebaños. La arena del desierto les hacía cosquillas entre los dedos mientras la acariciaban, la cogían a puñados y la dejaban escapar, soltándola al viento.

Estuvieron unos minutos mirando el infinito, en silencio, vergonzosas la una de la otra. El horizonte parecía moverse, parecía invitarlas a conversar, a sincerarse.

Y de pronto, venciendo todos sus reparos, su intromisión en la vida de la niña, Daishan comenzó a hablar:

—Me han dicho los niños del poblado y tus propios hermanos también que cuentas historias mágicas y leyendas de África; que inventas cada día un cuento diferente y que tu imaginación y memoria son asombrosas. ¿Es cierto, pequeña? —le preguntó.

Najmah asintió en silencio.

—Pero entonces, dime Najmah, ¿por qué no asistes a la escuela?, ¡tan solo tienes diez años! Y con tus capacidades, estoy segura de que la lectura y la escritura te abrirían todo un mundo de conocimientos que hoy no puedes ni imaginar. Aprenderías mucho, mucho más de lo que crees, y podrías ponerlo en práctica en esas historias que narras. Ahí fuera hay un mundo enorme, Najmah. Si supieras escribir, podrías, también, recoger tus relatos, guardarlos, para que otros niños los leyeran después. Tus relatos les enseñarían de lo que es capaz un niño. ¿No te parece algo mágico? ¿Qué te parece? ¿Te animarías a aprender? Incluso, se me está ocurriendo que podrías escribir las leyendas de nuestro pueblo, esas que todavía hoy se transmiten de generación en generación a través de la palabra y que con el tiempo y la desidia, al final se acabarán perdiendo, como esta arena que resbala ahora entre nuestros dedos.

Daishan percibió, entonces, un brillo especial en la mirada de la niña, ¡estaba interesada!, ¡lo estaba consiguiendo! ¡Debía de insistir!

Sabía que aquella niña era especial, y que por ello la mantenían casi oculta a la comunidad, pero su deber era enseñar a todos los niños de la hammada y un sexto sentido le decía que el destino de Najmah estaba muy lejos de ser, el que su padre había pactado para ella, aquel lejano día de brillos dorados en el cielo.

—¿Qué significa para ti narrar una historia? —le preguntó entonces Daishan.

Y Najmah sonrió como solo el sol sabe hacerlo al alba y cerrando los ojos contestó:

—¡Todo!, ¡lo es todo! Verá, yo comienzo cada relato con una

idea, y a través de ella estiro el lenguaje y la repito, de esta forma llego hasta la última palabra sin apenas pensarlo. Creo, Daishan, que es un don, que el espíritu del desierto o el de las dunas, o quizá el propio Venus, me tienen poseída. ¿Y si fuera mi abuela la que habla por mí, la que narra a través de mis labios? Pero mi madre me necesita en casa, Daishan —acertó a decir, sin mucha convicción —. Soy su única hija y mi familia es muy numerosa, lo sabe bien. Mi madre no puede hacerlo todo sola. Tejer alfombras y tapices le ocupa casi todo su tiempo. No me permitirán asistir a la escuela. Conozco su respuesta incluso antes de formularles la pregunta —dijo con cierta desazón—. Aunque, ¡créame, señorita Daishan!, me gustaría mucho aprender a escribir y leer.

Daishan asintió gravemente y las dos se quedaron pensando, mirando de nuevo aquel horizonte danzante.

—¡Entiendo! —respondió Daishan, despacio, sin apremios, pronunciando cada una de sus sílabas.

—¿Y si…? —comenzó a preguntar en voz alta, y justo, un momento después calló. Pero prosiguió como hablando y reflexionando al mismo tiempo para ella misma—, ¡no!, ¡no!, ¡sería una locura! —remató sacudiendo la cabeza.

—¿Qué sería una locura? —quiso saber Najmah.

—Que quizá, podría enseñarte de otra manera, sin que tuvieras que asistir a la escuela —añadió, no con cierta aprensión, Daishan.

—¿Y cómo?, ¿cómo podría hacer eso?, ¿quizá acudiendo yo a tu casa? —le preguntó Najmah.

—No, no, eso sería imposible —respondió tristemente, Daishan —. La gente murmuraría y tendríamos muchos problemas, pero aquí… al atardecer. Sí, al atardecer podríamos encontrarnos. Casualidades de las dunas.

Daishan sonrió.

—Desde luego, ¡qué buena idea, Daishan!, ¡cómo no se me había ocurrido antes esta posibilidad! —dijo entusiasmada Najmah—. A partir de ahora nos encontraremos aquí mismo, justo al caer la tarde, cuando haya finalizado todas mis labores. Así mi madre no sospechará nada.

—Sí, y yo te enseñaré todo lo que pueda, Najmah, hasta donde llegue. ¡Será nuestro secreto!, ¡un pacto entre mujeres!, ¿de acuerdo? —Y le guiñó un ojo.

—¡De acuerdo!

Y las dos se dieron la mano sacudiéndola con fuerza.

—Estoy contenta, Najmah, ¡muy contenta! —dijo en voz baja Daishan mirando a la niña a los ojos. Su tono desprendía mucha emoción.

Y Najmah llorosa le soltó la mano y le abrazó.

—Yo también, Daishan. Muchas gracias.

La nueva alianza de Daishan y Najmah se selló con aquel largo abrazo, justo cuando despuntaba, en el cielo, el nacimiento de Venus.

Cuando Najmah regresó a la jaima, le contó a su madre la conversación con la maestra, eludiendo en el relato la parte final de la historia. Sabía que su madre no lo comprendería, y aunque la hubiese convencido, ella se lo contaría después a su padre y no deseaba cerrarse la puerta al saber cuando tan solo apenas, y durante un instante, acababa de abrirse. Su padre era un buen hombre, su madre siempre se lo decía, aunque en su tono arrastrase la pena; y ella le quería, le quería mucho, aunque fuese un hombre estricto, aunque sus ideas fueran tan ancestrales como el polvo del desierto. Para su padre, las mujeres no contaban, sencillamente su opinión valía algo menos que nada.

—¡Sumisión! —decía constantemente malhumorado cuando alguno de nosotros le levantaba la voz—. ¡Sumisión y respeto! —repetía como una retahíla—. ¡Esa es la verdadera sabiduría del desierto!

Y su madre siempre guardaba un silencio incómodo cuando estaba en su presencia, se anulaba para evitar problemas; en su boca se desdibujaba la sonrisa cuando le veía entrar en la jaima y sus ojos se mantenían siempre alerta, para servirle.

Padre era dentro de la jaima como un Dios. El servilismo al que nos sometía rozaba la esclavitud.

Por ello, y porque sabía la opinión que tenía acerca de los deberes de la mujer, no se le ocurrió ni por un momento desvelar que a partir de aquel día, Daishan le enseñaría a leer y a escribir.

La señorita Daishan conseguiría hacer de ella una mujer mayor, culta, sabia, una mujer completa, una mujer que no dependería nunca de ningún hombre, que no tendría miedo a mirar a los ojos, a amar de verdad. Sería especial, sí, lo sería. Estaba decidida a serlo de verdad.

Pero eso sucedería más adelante, cuando llegase el momento. Todavía era pronto. Todavía era solo una niña.

APRENDIENDO A VIVIR

La vida continuó en una apacible tranquilidad en la ciudad de Smara, mientras Najmah, cada tarde, entre las dunas del desierto, aprendía junto a Daishan a desmenuzar las palabras, a darles forma, a unirlas otra vez añadiéndoles sonido. Su voz sonaba diferente desde que había comenzado a leer. Para Najmah, la unión de la escritura y la lectura resultaban extraordinarias y no entendía cómo había tardado tanto en descubrirlas. Las palabras —ya se lo decía su abuela— podían llegar a ser realmente poderosas.

Eran su terapia.

Najmah resultó ser una alumna brillante y muy aplicada. Y muy pronto, las enseñanzas básicas de Daishan le fueron insuficientes y quiso saber más, geografía, matemáticas, historia. Todo conocimiento era escaso para el ansia de saber que mostraba la pequeña. Daishan le dejaba cuantos libros de lectura tenía o caían en sus manos y ella se los llevaba a escondidas entre la ropa y los leía cuando nadie la veía. Najmah era una auténtica esponja.

Rehacía las historias y les ponía otras voces, nuevos personajes, nuevos escenarios.

Así fue como comenzó a soñar con otros parajes, lejos de África, nuevos continentes, caras, vestidos, costumbres.

Y las historias que contaba cada noche a los niños, también tomaron un nuevo rumbo, un cariz diferente. Las aventuras de sus protagonistas parecía que ya no tenían límites.

También empezaron a interesarle las conversaciones de los mayores. De ellas, aprendía sobre su entorno, los problemas económicos que acuciaban a la hammada, las guerras cercanas o las necesidades de agua y alimento que su pueblo pasaba.

Su inocencia, hasta entonces inquebrantable, comenzaba a pasearse por una antesala de áspera realidad.

Una de las cosas que más le gustaba a Najmah era seguir de cerca la estela de las mujeres de la hammada. Ellas caminaban en un bullicioso enjambre de charlas, risas y llantos de chiquillos pegados a sus eternas *melhfas*.

Ellas eran la vida en la ciudad de Smara.

Las mujeres la habían levantado con su risa y sus cantos, con su trabajo diario, tejiendo enormes telares para construir las jaimas

donde después se habían refugiado con sus familias. Ellas eran el rito del té y las ollas en ebullición; ellas eran la fuerza, el sacrificio, y la educación; ellas arrastraban todo el miedo del destierro y el hambre, y sin embargo, habían sabido seguir adelante, intuyendo en cada rincón cómo hacerlo. Ellas, cuya sororidad sobrepasaba los límites del desierto y la sumisión hacia los hombres, eran las dueñas de Smara.

Mujeres saharauis, mujeres de sol. Luchadoras y al mismo tiempo cálidas como un desierto al atardecer.

Los días más celebrados en el campamento de Smara eran aquellos en los que llegaba la ayuda internacional. Esos días eran una gran fiesta.

Las caravanas por la paz se mezclaban entre ellos, y Najmah había comenzado a aprovechar sus estancias para observarles mejor, y más de cerca.

Les escuchaba con atención, y se empapaba de sus lenguas, distintas todas ellas. Pero la que más le gustaba era, sin dudarlo, la española.

Para su pueblo no era un idioma ajeno, de hecho, era su segunda lengua y no tardó en comenzar a entender y a decir alguna palabra en su compañía.

Aquella gente era maravillosa, pensaba Najmah. Y les ayudaban de verdad, sin pedir nada a cambio, con víveres, medicinas, juguetes, ropa, libros, todo lo que ellos creían que podía necesitar el pueblo saharaui. Aquellos voluntarios trabajaban con la amabilidad de los astros, iluminaban su camino, les daban la mano, les enseñaban. Y en cada visita les traían lo más importante, algo esperanza. Algo de luz. Algo del mundo.

Aunque a veces, ese algo —se lamentaba su gente— no llegase a ser suficiente.

Desde que Najmah había comenzado las lecciones con Daishan, los libros le habían abierto nuevos universos. Su mirada se había ensanchado. Su horizonte viajaba lejos de las dunas, y siempre quería saber más. Había descubierto, casi por casualidad, que le cautivaban los cooperantes, sobre todo las mujeres. Entre ellas aprendía muchas cosas, cosas diferentes a las que Daishan podía ofrecerle entre las dunas. Y por ese motivo, cuando su madre le daba permiso, se escapaba durante horas y les hacía compañía. Le gustaba seguirlas, aprender su lengua, sus gestos, sus costumbres. Les hacía miles de preguntas, aunque no siempre obtenía respuestas. Sin embargo, Najmah insistía, tenía la constancia de las hormigas, y el ritmo del desierto. A veces, cuando la dejaban, les tocaba sus rostros, parecían cincelados, pintados de cal, tan blancos, tan suaves. La enamoraban. No parecían reales.

Les preguntaba por qué sus teces, sus pómulos y frentes casi transparentes se enrojecían tan fácilmente y se cubrían, con un golpe de sol, de manchitas marrones.

Y ellas se reían, y en su risa, Najmah no vislumbraba ninguna malicia o burla, solo el encanto de las hadas de los cuentos, aquellas muchachas blancas que vivían en los bosques encantados, y de las que tanto le había hablado Daishan. Ella siempre las había comparado a las princesas del desierto, pero quizá se equivocara, quizá fuesen todavía más hermosas.

Aquellas princesas poseían la perfección del sol.

Las cooperantes le explicaban entonces a Najmah, que aquellas manchas marrones no eran mágicas, ni tampoco se las regalaba el sol. Le decían que se llamaban pecas, y que eran solo un exceso de melanina y una lata. Y Najmah comparaba las latas de la comida que abría su madre en la jaima con las pecas y no entendía nada.

Y entonces las muchachas volvían a reír y su risa se le contagiaba a ella también. Era una risa como de cascabeles.

En el campamento de ayuda internacional había mujeres rubias, doradas y otras más castañas, casi de madera de nogal, pero ninguna tenía el cabello negro como ella y su gran noche africana. Su ojos eran claros, algunos como el cielo, otros, sin embargo, parecían verdes, aunque dependían de la luz. Su color le recordaba a los árboles de los libros de Daishan, o al a hierba que ella nunca había visto de verdad en aquel paraje desolado por las arenas y los matorrales enanos, donde nada crecía con gala, ni fuerza.

En aquellos libros que Daishan le dejaba, había visto en fotografías árboles gigantescos, altos como edificios, otros repletos de flores o de frutos.

Aquellos libros eran sus ventanas al mundo. Su mirada hacia fuera. Su luz. La naturaleza le apasionaba.

Y las mujeres europeas, también. Y ellas se dejaban seducir. ¡Era imposible no encariñarse con Najmah!, una niña cuya naturalidad era la de las sombras. La facilidad de aprendizaje de aquella pequeña les asombraba.

Muy pronto, Najmah comenzó a hablar el español con soltura, también a decir algunas palabras en francés y en inglés. La limitación de su lengua se hizo intuición; hablar el idioma de los europeos le permitió conocerlos mejor, preguntarles de primera mano sobre los lugares de los que procedían. Ganarse su confianza.

Aquellas mujeres y hombres que les traían la ayuda humanitaria le narraban historias sobre los territorios donde llevaban el resto de la asistencia, otros parajes necesitados —como ellos— de atención y alimento. Le contaban cómo eran sus vidas en las grandes ciudades europeas, dónde vivían, si tenían familia, novios, hijos, gente a la

que añorar y escribir cada día.

La complicidad de Najmah en el campamento internacional fue cada día en aumento, entre ellos no se mostraba taciturna ni introvertida, como le sucedía con su gente. Entre ellos preguntaba sin parar, reía con sus ocurrencias, y, sobre todo, les observaba mucho, todo el tiempo que podía y le permitía la estrecha vigilancia de su madre y sus múltiples obligaciones. ¿Por qué los europeos llevaban esos vestidos tan incómodos y apretados?, se decía. ¿Por qué se envolvían en pantalones y camisas ajustadas, color arena del desierto?

Cuando escuchaba aquellas palabras en sus bocas: «arena del desierto», Najmah reía ante su incultura. ¿Acaso la arena del desierto podía tener algún color definido? Su desierto era tan cambiante que, a lo largo del día, sus ropajes bien podrían haber sido multicolores.

¿Por qué descubrían sus hombros con camisetas de tirantes y después se lamentaban al sentir en su piel una rojiza quemadura? ¿Por qué le tenían tanto miedo a la noche, a los animales, a los insectos y al calor?

Najmah les explicaba con paciencia cómo debían vestirse para soportar las altas temperaturas del desierto.

Les aseguraba que sus vestidos no eran los correctos, que quizá podían ser bonitos, quizá —aunque a ella le horrorizaban—, pero que desde luego no eran prácticos.

La humedad de su sudor hacía que sus prendas se pegaran demasiado al cuerpo y por eso no transpiraban bien. Tenían cercos de agua continuamente alrededor de las axilas, en la espalda, y en el pecho, y su aroma era agrio, como el de la leche cortada de las cabras del poblado. No había duda, sus ropas eran consecuencia de una mala elección. Pero aquellas mujeres tan blancas, tan listas, que tanto habían viajado y la escuchaban con paciencia y jamás se enfadaban con ella dijese lo que dijese, que le sonreían y le acariciaban su ensortijado cabello negro, luego no hacían nada para evitarlo.

Y eso la desesperaba.

El mundo de los mayores era un lugar extraño, esquivo. Y ella tan solo era una chiquilla, especial quizá, despierta, locuaz, pero una chiquilla, decían, sus modales siempre correctos, sus atenciones, sus breves caricias.

Nadie le hacía el menor caso.

De todo aquello que componía su pequeño mundo de extranjeros en el desierto, lo que más le sorprendía a Najmah, y al mismo tiempo la encandilaba, eran las relaciones que existían entre los hombres y las mujeres del campamento europeo. Se trataban con

jovialidad, con cariño, como si fuesen amigos o compañeros de juegos, una manada de verdad. A veces, les veía comportarse como niños, reñían, y justo después se reconciliaban y eso a Najmah le asombraba, le maravillaba.

El campamento europeo la enamoraba.

En su desierto la vida tenía otro ritmo, una cadencia dura de sobrellevar. Arisca, impenetrable. Los rostros de su gente parecían hechos de tormentas, de temporales y viento, de leyendas. Y sus miradas desprendían el fuego, también el rocío de los amaneceres.

La vida en Smara no era fácil, y Najmah lo sabía. La risa se reservaba para los acontecimientos más importantes y la jovialidad, la jovialidad, era tan solo cosa de niños y mujeres.

Mujeres.

Ellas eran las únicas criaturas del desierto que entendían de su dureza y no se dejaban amedrentar por el cierzo, ni por las penalidades. Ellas se envolvían de palabras y gestos, de cantos, e iban dejando una estela de luz y de color, por los polvorientos caminos de su gran desierto africano.

Los hombres y mujeres de su tierra no iban de la mano, no compartían confidencias, no existía entre su pueblo la palabra igualdad.

Sin embargo, aquella gente que venía de lugares tan lejanos y al mismo tiempo tan próximos a África, aquella gente de piel tan blanca, rubios, castaños, pelirrojos, con acentos diversos, que no tenían una historia común, ni leyendas que les unieran, se trataban —sin conocerse apenas— como iguales, con complicidad, de tú a tú, de una forma abierta y sencilla. No percibía miedo en los ojos de las mujeres europeas cuando un hombre se les acercaba; ninguna callaba cuando estaban en su presencia; ninguna bajaba la mirada en señal de sumisión y a menudo les veía reír juntos.

Aquella gente, toda aquella gente extranjera, tan diferente a su mundo negro y desértico, a su tez, a sus costumbres, a su cabello encrespado, a su mirada de noche africana, a su gran pobreza, a Najmah le hacía feliz. Valoraba su empeño, su dedicación, su tiempo para atender a poblados perdidos y tristes como el suyo, sumidos en aquella gran penuria y abandono.

Para Najmah, aquellos europeos malgastaban su vida favoreciendo otras ajenas. Y se preguntaba, entre las dunas, junto a Daishan al atardecer, durante sus lecciones, por qué había tanta diferencia entre ellos, por qué aquellas tribus blancas, a las que solo les separaban kilómetros de distancia, tenían libertad y ellos no.

¿No era África un continente comparable a Europa?

Preguntas y más preguntas le quemaban en la garganta y, apenas podía controlarse para no formularlas todas a la vez, en voz

alta durante el día. Sin embargo, cuando se encontraba con Daishan, salían a borbotones, salían sin descanso. Se liberaba. Su maestra era su tabla de salvación.

Y cuando, un día, los campamentos internacionales partían y se despedían hasta la próxima expedición, sufría. A algunos, Najmah sabía que nunca los volvería a ver. Otros, por fortuna, siempre repetían. Ya eran viejos conocidos de la hammada. Y aunque todos, voluntarios y nativos, conocían de antemano que era algo que iba a ocurrir, que era solo cuestión de días, no por eso dolía menos el adiós.

Su rastro, el eco de sus risas, su llanto incluso al partir, dejaba en Najmah un vacío enorme, tan grande que su alma lloraba durante días, siempre escondida en su fiel atalaya, en sus dunas del desierto africano.

Su maestra Daishan, ajena a su pena, disfrutaba con la niña como no le había sucedido con ningún otro alumno. Najmah era un ser especial.

Soñaba despierta en convertirla en maestra, en su ayudante. Necesitaba su voz y sus manos para ampliar la educación de los niños de la hammada. Había incluso pensado en que quizá, en un futuro no lejano, la sustituyese en su puesto. La relación entre ambas era de una complicidad asombrosa. Algo que no pasó desapercibido a la madre de Najmah. Inquieta, comenzó a no perderla de vista ni un minuto; observaba sus idas y venidas excesivas, el trajín que llevaba, su ilusión desbordante. ¡Estaba muy claro que su hija se traía algo entre manos fuera de la jaima!

Y un día la cerró el paso al salir y, sacando un libro que había encontrado rebuscando entre sus cosas, se lo mostró.

—¿Es esto tuyo, Najmah? —le preguntó muy seria—, sabiendo de antemano la respuesta.

La niña se quedó en silencio unos instantes y miró a su madre con mucha lástima. Con una pena hecha de palabras.

Y aquella lástima que vio en los ojos de su hija, le dolió más que cualquier mentira que pudiera llegar después.

Sin embargo, no hubo un después, no hubo ninguna mentira.

En su lugar, Najmah prendió el libro que su madre le mostraba y lo acarició con ternura. Su lomo estaba ya agrietado de tanto como lo había leído desde que Daishan se lo había regalado. Era su favorito.

Entonces Najmah se sentó en el suelo de la jaima, lo abrió por el centro y comenzó a leerle en voz alta a su madre.

Ya era hora de que su madre conociese toda la verdad de sus

salidas vespertinas. Ya era hora de que la escuchase, de que sintiera su pasión, de que, por primera vez, se sintiera orgullosa de ella.

Leyó:

«Todo nace de un encuentro…».

Y su madre, con la mirada aguada, se acomodó a su lado. La miraba muy seria, la escuchaba con el corazón encogido. Lloraba.

Lloraba mucho. Lloraba por todo el silencio.

Desde aquel día, su madre se unió a su aprendizaje haciéndola compañía, siendo su cómplice en los progresos que hacía, y aunque Najmah quiso enseñarle en más de una ocasión, ella se conformó con escucharle hablar, leerle en voz alta, narrarle historias veraces y otras inventadas, para su madre aquello era suficiente. Sabía que era una privilegiada.

Najmah, su dulce contadora de historias era el espíritu reencarnado de su abuela, de su madre, y le hablaba solo a ella. Ese era su gran secreto. Uno más que atesorar.

TIERRA DESMEMORIADA

El tiempo fue pasando y cuanto más y más aprendía Najmah, más orgullosa e intranquila se mostraba su madre. Sus meses se convirtieron en un suplicio de contradicciones.

—¡Debes de ser prudente, Najmah! —la reprendía continuamente su madre, cuando veía a la niña entusiasmarse demasiado con algún tema o alguna lectura.

Pero Najmah no la escuchaba, y en su lugar le hablaba de proyectos, fantaseaba con su futuro, decía que quería ir a la universidad, estudiar, formarse y convertirse en maestra como lo era su querida Daishan, y su madre sufría y le recordaba que ella era especial, que un «destino» muy superior a todo cuanto imaginaba le aguardaba.

Procuraba ser suave, sutil incluso en sus recomendaciones, no se atrevía a decirle la verdad a su hija.

Callaba, sí, porque sentía un dolor en el pecho que la hundía en la desesperanza, sobre todo cuando pensaba en que debía de dar a su única hija en matrimonio a un anciano.

Callaba, porque era lo que había hecho toda la vida, callar, callar, asentir, y aceptar lo que le imponían, por más injusto que le pareciera. Y se daba cuenta de que su niña valía mucho más que un tesoro enterrado en los límites del tiempo y que podía volar tan alto como quisiese, como las aves que surcaban el cielo ardiente del Sáhara, aunque estaba segura de que no iban a dejarla. No, en algún momento le cortarían sus alas, sus ilusiones, pero no sería ella, ella no podía ser, no quería ser su cuchillo. Tenían que ser los otros, ellos lo harían, ellos no dudarían. Ellos eran los que decidían. Y ella estaría allí cuando todo sucediera, y la reconfortaría con su abrazo más largo, como se le hizo a ella antes su madre, y a su madre su abuela. Y enseñaría a Najmah a ser una auténtica mujer del desierto. Y la ayudaría a encarar su devenir, a cuidar de sus hijos, a satisfacer a su marido, a conformarse con su vida de arena. Ella sería su espejo, su reflejo.

No tenía fuerzas para nada más que para ser su guía, su madre, un apoyo, el bastón que la sujetara cuando cayera. No podía enfrentarse al consejo, a su marido, deshacer un matrimonio ya pactado.

Y se preguntaba, se martilleaba la cabeza inquiriéndose, mientras tejía, ¿qué podría hacer por Najmah?, ¿cómo alejarla de esta sombra alargada, de este triste futuro que la aguarda, de este matrimonio concertado y sin sentido al que le abocaron las luces extrañas del gran cielo africano?

Pero nunca encontraba una respuesta.

Y para ahuyentar sus preocupaciones, un día le propuso a Najmah:

—¿Por qué no escribes? —le dijo.

—¡Ya escribo, madre! —le contestó Najmah.

—¡No, no me refiero a ese escribir, sino a escribir de verdad, Najmah, palabras que duren, que sobrevivan a los años, y a nosotros mismos, que narren la historia de nuestro pueblo, por ejemplo. Pero no la de este lamentable encierro de refugiados, sino la otra, la Historia en mayúsculas, la vida del desierto, de los saharauis. La abuela decía que nosotras las mujeres debíamos de ser las guardianas de la palabra en esta prisión del tiempo en la que estamos recluidas. Entonces yo no la entendía. Ahora lo veo claro. Esta vida sin movimiento nos está matando. Nos vuelve hostiles. Antes la mujer era el contrafuerte de la casa y, lo creas o no, construíamos nuestros propios hogares, cocinábamos, cosíamos vestidos, elaborábamos queso con la leche de los rebaños que el hombre pastoreaba.

»Cuando nos trajeron a este lugar, persuadiéndonos de que abandonáramos nuestro nómada existir y nos erigiéramos en poblaciones permanentes, nos lo quitaron todo, y sin poder alguno, sin estatus, nuestros maridos comenzaron a dominarnos. ¿Y ahora?, ¿cómo vamos a mostrar a nuestros hijos el mundo, nuestro entorno, si no podemos salir a él, si no tenemos una mirada que viva en el exterior?, ¿qué podemos responder ante vuestras preguntas, ante vuestras ansias de saber?

»Sabes, Najmah, por eso llegaron los telares, las alfombras y los tejidos tradicionales, suponían una forma de huir de la prisión, ¡esta prisión! —y señaló los telares de su propia jaima—, de volar un poco más allá, de recuperar algo, la iniciativa y el fruto del trabajo.

»Son tantas las historias que podrías contar. Tenemos tantas leyendas. Cuando yo era pequeña, Najmah, te enseñaban a orientarte con el sol y las estrellas, no había tiempos marcados, ni espacio cerrados.

»Todo lo que nos rodeaba era sencillo, naturaleza pura, tierra, roce. El aire tenía un aroma inconfundible, como a fuego de leña mezclado con polvo, con tormentas, con azul, con el incienso y el té de las jaimas.

»Los camellos te guiaban aunque estuvieses perdido; ellos

siempre sabían dónde encontrar algo de agua, parecía que tenían un sensor especial, nos regalaban su sombra cuando parábamos, su lomo para descansar.

»Recordar aquellas travesías del desierto y las largas caravanas me llena de nostalgia.

—Madre, para escribir todas esas historias necesitaría cuadernos, y me llevaría mucho tiempo hacerlo. Es una labor muy importante. ¿Y si padre se llegara a enterar? —le preguntó Najmah honrada por la confianza que su madre estaba depositando en ella.

Su madre pareció dudar. Sus ojos se velaron. No había pensado en ello. Si había cuadernos en la jaima, su padre tarde o temprano los encontraría.

—¡Está bien! —le dijo Najmah a su madre para no entristecerla —. Lo consultaré con Daishan, quizá ella quiera ayudarme. A lo mejor podría conseguirme cuadernos. Y una vez escritos, esconderlos en su casa.

—Eso estaría muy bien —dijo su madre—, es una buena idea. Una idea sensata.

—También puedo preguntar en el campamento internacional, a los voluntarios, quiero decir, seguro que ellos tienen cuadernos de sobra y me pueden prestar alguno. ¿Qué opinas?

—Que por intentarlo no pierdes nada —le sonrió su madre asintiendo.

—Pero, madre, ¿estás segura?, ¿no es un pensamiento algo alocado?, yo tan solo soy una niña todavía y aún me queda mucho por aprender —añadió Najmah prudente—. Quizá sería mejor hacerlo cuando sea algo más mayor. Me llevará mucho tiempo narrar nuestra Historia y no será una tarea fácil, necesitaré ayuda. Además si yo ocupo mi tiempo en escribir, ¿quién te ayudara en casa?

—Por eso no te preocupes, Najmah, ya se me ocurrirá algo.

No percibió, en aquel preciso momento Najmah, los ojos de acuarela de su madre, ni la pena profunda que sentía y le bombeaba por dentro de su pecho. No, la niña no podía verla llorar.

«¿Tiempo?», pensaba su madre, «¡mi pobre Najmah!, cada día que pasaba le quedaba menos tiempo».

Entusiasmada, Najmah corrió a ver a Daishan y le contó atropelladamente el proyecto que le había propuesto su madre. Y a ella se le iluminó la mirada:

—Ya te dije hace tiempo, cuando comenzamos a estudiar, que algún día podrías escribir tus propias historias, ¿ves como no me equivocaba, Najmah? ¡Mi dulce contadora de historias! Hasta tu madre confía en tus palabras, y eso que al principio dudabas de ella. Es una buena mujer, y te quiere. Yo te ayudaré a conseguir

papel —le aseguró encantada—. Y además podrás ir a preguntarle a los sabios y a los más ancianos del poblado, ellos sabrán mejor que nadie cuál es nuestra Historia. Pero debes tener paciencia y ser juiciosa —le recomendó Daishan—, recuerda que nadie debe saber en qué estás metida. Iremos al campamento de ayuda internacional y le pediremos más papel a Raquel, esa muchacha joven te estima mucho, se interesa por ti, lo leo en su mirada y quizá en el próximo envío de camiones pueda traernos cuadernos para llenarlos con miles de palabras.

—¡Sí, Raquel nos ayudará!, ¡iré a verla enseguida!

Y las dos, maestra y alumna se fundieron en un largo abrazo.

—Gracias, Daishan, gracias por haberme dado la oportunidad de aprender, por haber insistido, por estar siempre cerca de mí. Eres como una madre.

—Para mí, es todo un honor. No siempre se tiene de alumna a una encantadora de palabras.

Y así fue como Najmah comenzó a colmar hojas y hojas, que posteriormente Daishan corregía cuando tenía tiempo; fantaseaban con la ilusión de que la Historia de su pueblo estuviese escrita y, quizá algún día, fuese publicada. Sus nombres figurarían en la portada. Sus nombres.

Descuidó la ayuda diaria que prestaba en la jaima y su madre, paciente, comenzó a hacer todo el trabajo que su hija no hacía, fatigándose más de la cuenta. La labor de su hija la llenaba de orgullo y le parecía mucho más importante que aquellas labores insulsas del hogar o el tejido de los telares.

Al menos, le daría alas hasta el día de su matrimonio. ¡Estaba tan cerca! Cuando pensaba en ello, una punzada de dolor le lastimaba el pecho y su mirada se anegaba sin remedio, como la tierra en medio de un temporal de lluvia.

Najmah trabajaba a escondidas, y lo hacía con tanta madurez, con tanta seriedad y complicidad que asustaba. Estaba concienciada de que lo principal era que su padre desconociese sus quehaceres diarios y sus planes de futuro; había que mantenerle alejado de la jaima. Ya habría tiempo de explicaciones más adelante. ¡Le quedaba tanto tiempo para ser mayor!

Tenía que pasar desapercibida, no llamar la atención de los sabios, de su gente, de sus hermanos y mucho menos de su padre.

Su padre era su peor enemigo en aquel momento, sobre todo porque, a pesar de ser un hombre bueno y justo, despreciaba lo que ella más amaba, la escritura. No entendía por qué los niños perdían su tiempo en perfeccionar las letras, en darles significado; no comprendía del deseo de aprender sobre el exterior, sobre otros mundos, cuando todo lo que necesitan se encontraba en aquel basto

desierto: las estrellas, la noche, la luz de los amaneceres, su propia jaima. ¿Por qué su padre la trataba diferente al resto de sus hermanos?, se preguntaba, a veces, ¿por qué tenía ese empeño en mantenerla aislada de la hammada, del resto de los niños, de los juegos, de la escuela? ¿Por qué, sin embargo, la dejaba contar historias a los niños al anochecer?

Sí, su padre era su mayor adversario, sabía que se enfurecería con ella y con su madre si descubría su verdad, que haría, sin sentir el más mínimo remordimiento, que el consejo alejase a Daishan de la ciudad de Smara, de su lado. Su padre era su única limitación, su único miedo, el que pondría un punto y final a todos sus sueños. Lo sabía. Por eso Najmah le huía, esquivaba su compañía, le alejaba de su vida.

Durante muchos días, Najmah salió de la jaima y comenzó a preguntar a los más ancianos. Le interesaban las historias de sus antepasados, las que hablaban de desierto, de caravanas, de camellos. A nadie le extrañó su desmedida curiosidad; no en vano, ella era la elegida y todo el poblado conocía su gran afición por las leyendas. Najmah era una contadora de historias y los niños la adoraban y aprendían mucho con ella, siempre al despuntar la noche, siempre al nacer el planeta Venus en la gran noche africana.

La vida de los saharauis debía ser transmitida, ¿por qué no podía hacerlo aquella chiquilla despierta y viva?

Cada anciano le narraba lo que sabía, lo que había escuchado, lo que le habían contado. Todos participaron con orgullo.

Najmah no tomaba notas, los testimonios los registraba en su memoria y en cuanto llegaba a casa, al resguardo de las miradas curiosas, junto a su madre, escribía y escribía sin parar, con la mejor caligrafía que podía.

◆◆◆

«Durante siglos nuestro pueblo vagó con sus caravanas por el desierto en busca de agua. Éramos moradores del desierto, hijos de las estrellas, del cielo raso, del azul que impregnaba nuestras retinas y nuestra piel. Pero hoy, la vida sedentaria, esta suerte de caja en la que estamos bloqueados, nos ha impuesto cambios. Nuestros hábitos y costumbres centenarias se están perdiendo».

—¡Madre!, hoy me ha contado Saleh, el cabrero, una leyenda saharaui muy extraña, ¿quieres que te la cuente? —y sin esperar ninguna respuesta comenzaba a hablar. Sabía que su madre era feliz escuchándola narrar:

«Cuentan que en tiempos ya muy remotos, cuando las caravanas de camellos cruzaban sedientas el desierto en busca de pastos, agua y sus dueños mercancías para comprar y vender, una madre se

acercó a su hijo. Acababa de cumplir los trece años. Le habían cortado la cresta que lucía orgulloso desde niño. Su tribu le consideraba, por tanto, un hombre, y debía estar preparado para acometer las más largas y duras travesías del desierto. Su madre preparaba su montura con tristeza, sabiendo que su pequeño ya no volvería a ser el mismo y que le esperaban duras pruebas por superar en aquel árido desierto.

Antes de partir, le tomó de la mano con cariño y le dijo:

—Querido hijo mío, me alegro de que seas ya un hombre como tu hermano mayor y como tu padre, aunque me entristece mucho separarme de ti. Antes de partir, escucha lo que tu madre tiene que decirte:

»Cuando el cansancio no te permita continuar, ¡no lo digas!, y avanza un paso más; cuando la sed devore tus entrañas y tu voz quede velada por la sequedad y la ausencia de saliva, ¡no lo digas!, sonríe a tu prójimo y traga la nada contigo. Pero cuando en tu caminar percibas tan solo una pequeña piedra rozándote, dentro de tus zapatos, entonces, solo entonces, detén tu devenir y verás como la caravana aguardará paciente hasta que la despojes de tu lento transitar, ¿lo recordarás querido hijo mío?

—Sí, madre —le contestó su hijo—, jamás lo olvidaré. Ni tampoco a usted. Es la mujer más sabia que conozco.

Y su madre conmovida le beso en la frente.

—No soy sabia, hijo mío, solo una hija del desierto.»

BRAHIM

De entre todos los niños que formaban su pequeño mundo vespertino de historias contadas en voz alta, había uno en particular que para ella era muy especial y le había tomado cariño.

Se llamaba Brahim.

Brahim cuidaba de los camellos y pasaba sus largas tardes custodiando los corrales o llevando el rebaño a pasear entre las dunas del desierto.

En el lento transcurrir de sus jornadas pastoriles, siempre le acompañaban unas hojas, un lapicero y algunas pinturas de colores.

Le gustaba dibujar y aunque el paisaje del desierto, en ocasiones, le resultaba muy monótono, él siempre coloreaba algo distinto, un atardecer rojo, las formas que hacían las dunas en la arena, sus camellos, las manos… ¡Y a Najmah!

Sí, a Brahim lo que más le gustaba era pintar a Najmah, retratarla cuando contaba historias.

Y de ella tenía multitud de bocetos que atesoraba en una carpeta azul ya desteñida por el sol, ocultos a los ojos del mundo.

Najmah quería mucho a Brahim y no solo porque era un niño alegre y bueno, aunque a veces resultara algo tímido, taciturno y muy poco locuaz, sino porque le recordaba demasiado a ella.

Brahim se pasaba el día rehuyendo la compañía de los otros niños de la hammada. Le gustaba la soledad y no soportaba cómo se burlaba la gente de él. No lo hacían a la cara, pero él sabía que lo despreciaban. Salvo Najmah.

Najmah era diferente, ella le miraba con dulzura y siempre parecía como si las historias que narraba se las contase solo a él. O al menos eso sentía.

Brahim tenía la cara deformada, y no porque hubiese tenido ningún accidente, simplemente hacía nacido así, deforme. Con el tiempo, lejos de mejorar su aspecto, había empeorado al crecer, y su rostro se había convertido en un amasijo de rasgos imprecisos, en pura asimetría. Su físico desagradaba a su gente, y él lo sabía.

Las miradas de compasión y repulsión se sucedían por toda la hammada. Ni siquiera su padre era capaz de hablarle sin mirar hacia otro lado.

Brahim sufría.

Solo su madre le profesaba el amor incondicional que otros le negaban, y Najmah, que le miraba a los ojos y le sonreía cada vez que sus palabras hilvanaban una nueva historia.

Él la adoraba, sus ojos, su boca, su cabello largo y rizado, tan menudo que parecía una bola de algodón.

Cuando ella hablaba, el mundo y su inquina desaparecían. Sus fábulas eran capaces de diluir su figura en la atmósfera nocturna de la jaima. Y si alguno se hubiera fijado en su mirada, habría descubierto el goce íntimo que sentía al escucharla.

Los poemas que Najmah creaba era lo que más le gustaba a Brahim, y los atesoraba en su memoria para después recitarlos mientras pastoreaba.

Algunas veces habían coincidido de vuelta al poblado, cuando ya había anochecido y Venus brillaba con fuerza, en la gran noche africana.

Durante aquellos breves encuentros de regreso a la hammada, habían conversado rompiendo el silencio, la magia del desierto y la oscuridad estrellada.

A su lado se sentía querido.

Y era cierto, Najmah quería a aquel muchacho, y no porque fuese un repudiado, o porque le inspirara lástima, sino porque con él se sentía segura, a gusto, casi comprendida. Eran dos bichos raros dentro de su querida hammada.

Así que cuando Daishan le sugirió compartir las lecciones que recibía cada día en las dunas con él, con Brahim, no le pareció una mala idea.

Quería ayudarle, y en la escuela, Brahim sufría la tiranía y el despotismo del resto de los niños de la hammada, que se burlaban despiadadamente de él. Había tenido que dejar de asistir a las lecciones de Daishan porque llegaba a casa golpeado, con la tarea rota, con la ropa descosida y una tristeza que desarmaba. Su madre habló con Daishan y le pidió, no, le rogó, que Brahim continuara con ella, de alguna forma, la que ella dispusiera, pero en otro lugar.

—Yo creo que podemos confiar en él, Najmah —le aseguró Daishan—. Necesita un amigo y creo que tú podrías ser para él un buen apoyo. Los niños de la escuela no le entienden, le desprecian, tú lo sabes bien —añadió Daishan una tarde con tristeza.

—Sí, y yo lo he visto con mis propios ojos. Cuando vienen los niños a escuchar los cuentos a mi jaima, le dan patadas, le quitan el sitio, le empujan sin sentido, y al final siempre se pone en un rincón, alejado, acurrucado como un gorrión desvalido.

—Tenemos que ayudarle, Najmah.

—Que así sea —sonrió la niña a su maestra.

Así fue como comenzaron a compartir muchas horas juntos,

horas de vuelta a los corrales y del pastoreo, horas de puestas de sol entre las dunas, horas de escritura, de lecturas, del mundo, de poesía, de dibujo, de debates, horas de silencios bañados tan solo con la tenue luz del planeta Venus y de la luna.

Solían aguardar la llegada del anochecer para volver a las jaimas, haciendo tiempo para despedirse de Venus.

Cuando lo veían brillar en el cielo extenso, nítido e inconfundible de la gran noche africana, solo entonces se alzaban y tornaban a casa acompañados de suspiros y del mañana.

Un día, mientras esperaban el nacimiento de Venus, Najmah le confesó que escribía sobre su pueblo, en cuadernos que los amigos del campamento de ayuda internacional le proporcionaban cada vez que venían con víveres y que después Daishan corregía con suma paciencia.

Aquella revelación hizo brillar los ojos de Brahim con elevado interés.

—Me gustaría, algún día —prosiguió la niña—, reunir todas las historias de nuestro pueblo, sus tradiciones, sus leyendas y publicarlas en un libro. Quisiera que el mundo entero nos conociera. Que conociera nuestra verdad. Bastarían unas pocas pinceladas para que imaginasen a los moradores de estas tierras, a nuestros ancestros, a nosotros mismos. Pronto nuestro pueblo, si no lo remediamos, quedará desvanecido en la nada, Brahim, desaparecerá entre la arena del desierto y de cuando en cuando, llegarán a Europa o a América, historias del desierto, vientos del sur, el canto de los africanos y nadie sabrá de dónde han partido realmente. No deseo que tengan una idea equivocada de nosotros, porque ser saharaui es un motivo de orgullo. Y creo, Brahim, que Venus me eligió para algo, quizá escribir sea mi destino —concluyó apasionada Najmah.

A Brahim le impresionó la confesión de Najmah, y no sólo porque había confiado en él, sino porque le entusiasmaban las historias sobre su pueblo, y cuando las escuchaba, no podía dejar de pensar que quizá su malformación tenía también algún sentido, quizá debía salvar a su pueblo u honrarlo de algún modo para que no le temiesen o le repudiasen sólo por su aspecto. Ansiaba convertirse en un sabio y por ello estudiaba mucho, leía y pintaba; sí, sobre todo pintaba todo el tiempo, todo lo que le rodeaba, todo lo que le permitían sus exiguas pinturas.

—Najmah, ¿por qué no me permites leer lo que escribes? Yo podría dar forma a tus textos con dibujos —le pidió con dulzura—. Así sería una obra completa, una auténtica obra saharaui. Pasaje e ilustraciones.

Najmah le sonrió radiante de alegría.

—¿Lo harías? —le preguntó.

—Me encantaría, sería un honor para mí —asintió Brahim, con un brillo intenso en la mirada.

Y, sin darse cuenta de lo que hacía, Najmah se abalanzó sobre Brahim estrechándole en un fuerte abrazo. Después le dio un beso muy sonoro en la mejilla.

—¡Lo sabía!, ¡lo sabía!, estaba convencida de que podía confiar en ti, estaba segura de que Venus te había puesto en mi camino por algún motivo —le dijo ilusionada ante la idea de hacer algo juntos — y ahora entiendo el porqué. Adoro tus dibujos, cada trazo tiene alma, el alma del desierto.

—Gracias, Najmah —le dijo Brahim turbado.

—¿Por qué gracias?, soy yo quien debo agradecerte a ti tu compañía, tu fidelidad y, sobre todo, tu talento. Desde que estudiamos juntos me siento mucho menos sola y aprendo más rápido —le sonrió con dulzura.

Lo que no pudo percibir Najmah en aquel momento, justo después de aquel espontáneo abrazo, justo después de aquel beso en la mejilla, o de su desenvuelta familiaridad fue que Brahim estaba tan azorado que apenas podía sostenerle la mirada. Y ya de vuelta a la hammada, Najmah le dijo muy seria:

—Brahim, recuerda que todo lo que hemos hablado debe permanecer en secreto. No se lo puedes contar a nadie, ni siquiera a tu madre. Bueno, a tu madre, si confías mucho en ella, sí. De nuestro silencio dependerá que yo pueda seguir escribiendo y compartiendo las dunas contigo, ¿lo entiendes, verdad?

—Claro, Najmah, será nuestro secreto. Por nada del mundo podría hacer algo que te hiciese daño. Tú eres mi única amiga.

Sin embargo, desde aquel día, comenzó a irradiar en los ojos de Brahim un nuevo fulgor, el destello de un amor juvenil, nuevo, puro, sencillo e incondicional, como el desierto del Sáhara. Traicionero y cruel como sus grandes tempestades y sus miedos.

Ambos niños se pusieron a trabajar duro, codo con codo, con discreción, con la ayuda de cómplices que sellaban el silencio de sus actos y les prestaban todo su apoyo, además de pinturas, lienzos, cuadernos, libros y muchos, muchos lapiceros.

EN EL DESIERTO

Hasta que llegó aquel maldito día en el desierto, próximo a su cumpleaños.

Doce años.

Najmah celebraba sus doce años. Y se sentía mayor. Su cuerpo había comenzado a experimentar ciertos cambios, mínimos, imperceptibles para los demás. Pero para ella no, ella se conocía, y se daba cuenta de que pronto se haría una mujer. Su madre había comenzado a mostrarse inquieta semanas atrás. Estaba rara, incisiva, le insistía continuamente en que debía prestar más atención a las labores de la jaima; la recriminaba que estuviera siempre ausente, siempre en sus cuadernos, siempre con tantos pájaros en la cabeza. Estaba malhumorada todo el tiempo, cansada y lo pagaba con ella.

Y un día, para su sorpresa, le dijo:

—¡Ha llegado el momento, Najmah! ¡Debes comenzar a prepararte para llevar un hogar! Estás a punto de ser una mujer y ya has aprendido bastante con Daishan. Tus escritos, de momento, tendrán que esperar.

—Pero, madre, ¿por qué me dices eso ahora? Pero si apenas acabo de comenzar a escribir en limpio. He estado meses recogiendo información, dedicándome a nuestra historia, preguntando aquí y allá, leyendo, lo que me pediste que hiciera. Todo esto fue idea tuya, por si lo has olvidado. La narración de nuestro pueblo me llevará tiempo. No puedo hacerlo en un día. Además estos cuentos son lo único que tengo, lo único que me hace feliz, lo único que me permite soportar este encierro de tela. ¡No puedes dejarme sin ellos! —le imploró con los ojos arrasados—. ¿Por qué me pides que lo haga?, ¿qué puede haber más importante?, ¿llevar una jaima? ¿Tener una familia? Pero si todavía no he cumplido los doce años, ya aprenderé. Solo necesito mirarte, imitarte, con eso me bastará para crear mi propio hogar. Si estás cansada te ayudaré más, le dedicaré menos horas al estudio. Pero, ¡por favor madre, mamá!, permíteme seguir acudiendo a mis citas con Daishan, no me encierres en la jaima, ¡me moriría!, —gimoteaba Najmah en un monólogo incesante, queriendo convencerla.

—Cuando nos hacemos mayores y dejamos atrás la niñez, dejamos también atrás la inocencia. Hay ciertas cosas que no se pueden aplazar. Y no está bien visto que salgas todas las tardes, y retornes del desierto con Brahim cuando ya es de noche cerrada. La gente habla de vosotros en el poblado, comienzan a murmurar sobre vuestra extraña relación, sobre vuestra amistad, y tu padre comienza a hacerme preguntas. No deseo enfrentarme a él, Najmah.

»No podría. ¿Lo entiendes?

Su madre le hablaba, pero ella ya no podía escucharla. No quería escucharla. Su pena la ensordecía.

Y esa misma pena, a punto de cumplir los doce años, se hizo honda y se transformó en dolor, un dolor que le mordía el estómago por las mañanas, que le producía vértigos y llanto al anochecer.

Najmah tenía un terrible presentimiento.

Era cierto que la relación con su querido amigo Brahim se había vuelto un poco extraña y que había dado un giro inesperado.

Lo compartían todo como buenos camaradas y se reían con las ocurrencias que el día les regalaba. Brahim era su único amigo, su mejor amigo. Había dejado de verle malforme y, en ocasiones, en sus ojos le parecía vislumbrar un destello verde que la envolvía.

Ese destello le hacía feliz.

Intuía que Brahim la amaba, pero ignoraba aquel sentimiento como ignoraba tantas otras cosas que sucedían a su alrededor, en la hammada. Najmah era experta en anular todo aquello que podía dañarla, o alejarla de lo que más quería. Y lo hacía con la misma sencillez con la que se cambiaba de ropa o narraba un cuento. La naturalidad era su aliada y así seguiría siéndolo.

Si le dejaban.

Un día, sin querer, escuchó a sus padres charlar en la jaima. Hablaban en voz baja, casi en un susurro y eso llamó su atención más que cualquier otra cosa.

Escondida entre los telares se propuso descubrir qué se traían entre manos, ¿qué tramaban? Su inocente mirada escrutó los labios de su padre, los desenredó. Hacía ya tiempo que Najmah había aprendido a leer en la distancia, a leer los gestos, a leer las palabras no pronunciadas.

Y cuando entendió lo que decían, sus palabras paralizaron el ambiente de la jaima. El anciano Abraham Mulad iba a ir a visitarles en breve, para comprobar cómo se encontraba su futura esposa. Así que, le sugería a su madre: «Antes de que suceda el encuentro y para que la visita resulte del agrado de Abraham, deberíamos prepararnos, acondicionar la jaima y, lo más importante, preparar a Najmah».

A Najmah se le heló la sangre.

¿Preparar?, ¿su padre había dicho las palabras: «futura esposa»?, ¿a quién se refería?, ¿a ella?

¿Cómo era posible que hablasen de ella?, ¡pero si solo tenía doce años!, ¡bueno ni siquiera los había cumplido todavía! Sus sentidos comenzaron a inquietarse, a agitarse de tal forma que casi la descubren escuchando a escondidas.

Se reprendió y obligó a permanecer quieta, callada, pero su mente no paraba de hacerse preguntas y de darse respuestas atropelladas, equivocadas, o ¿quizá eran certeras?: ¿Era ella?, estaba claro que era ella, era la única mujer de la familia, no podían hablar de otra persona y eso solo podía significar una cosa, ¡la iban a entregar en matrimonio! ¡Como una mercancía! ¿Tenían derecho a hacerlo?, ¿y su infancia?, ¿y sus estudios?, ¿y su futuro?

Najmah había soñado tanto con ser maestra…

¿Su futuro marido la dejaría enseñar?, ¿y escribir?, ¿y seguir contando historias?

Había escuchado historias de niñas del poblado, niñas que se habían casado sin amor, que eran intercambiadas por un camello, cabras o simples piezas de tela. Algunas habían sido afortunadas y también habían recibido una pulsera de plata para el tobillo que mostraban ufanas al resto de las muchachas de la hammada, como si de una piedra preciosa se tratara. Pero eso solo eran historias, quizá ya pasadas, que iban de boca en boca, que murmuraban las mujeres. No las tenía ninguna fe. Eran sucesos sin conexión alguna con ella. Cosas de otros tiempos, aunque a lo mejor se equivocaba.

Sí, estaba claro que se equivocaba.

Nunca habría podido ni imaginar que a ella también le llegaría aquel momento. Vivía tan inmersa en su propio mundo interior y en la riqueza que había en él, que no se había dado cuenta de que detrás de ella, y a los lados, había otras vidas muy diferentes, cargadas de intereses, de tradiciones, de pactos.

Desde su mirada todavía infantil, su tierra, su propia gente, comenzó a antojársele cruel.

Y fría, como el desierto durante la gran noche africana.

¿Por qué el destino de las niñas debía de ser casarse?, ¿por qué había que convertirlas en mujeres antes de lo debido?, ¿dónde se iría su sonrisa virgen?, ¿su inocencia?, ¿sus historias?, ¿sus sueños? ¿Por qué consentían que su mirada quedara velada para siempre?, ¿por qué decidían por ella?, ¿y el amor?, ¿no significaba nada el amor, enamorarse, ser correspondido?, ¿quiénes eran sus padres para hacer o deshacer vidas ajenas?, ¿por qué pactaban contratos a oscuras bajo los telares de las jaimas, entre nubes de humo áspero y vasitos de té azucarado?

Pactos, pactos, pactos rubricados bajo el honor.

Pactos de palabras y hombres.

Pactos sobre otras existencias foráneas. Pactos siempre sobre nosotras, sobre las mujeres.

Aquel día, Najmah no volvió a dormir a la jaima.

Odiaba a su padre con toda su alma. Pero también a su madre por haber consentido con su silencio, por haber callado, por haberle ocultado la verdad durante años, pero, sobre todo, por haberle dejado alimentar sus sueños.

Corrió hacia el desierto sin parar, y lo hizo sola, sin mirar atrás. Quería huir, escapar a su destino, esconderse de un futuro marido al que ella no amaba ni podría amar nunca, al que solo conocía de vista y ya de lejos le repugnaba.

Aquel hombre tenía mucho peso en la ciudad de Smara, pero podía ser su abuelo. Además estaba cargado de hijos, tenía cuatro, de dos esposas diferentes. Entonces pensó en ellas y se le encogió el corazón, ¿cómo la mirarían aquellas mujeres?, ¿con pena?, ¿con desesperación?, ¿con hastío y rencor? ¿Cómo la tratarían?, ¿como a una hija más?, ¿como a una intrusa?

Caminó penosamente durante todo el día, arrastrando su tristeza, bajo un sol ardiente. Su fuga no tenía sentido y lo sabía. Pronto sus débiles piernas se quedaron inertes de cansancio, le temblaban; la sed la devoraba y había cometido la torpeza de salir de su casa precipitadamente, sin llevarse nada, ni siquiera algo de agua o un bocado para acortar y hacer más leves las horas.

Al final, rendida, se tumbó en la arena, se cubrió la cabeza con un pañuelo y esperó. La arena quemaba, y sus ropajes le ardían. Pero, poco a poco, a medida que fueron pasando las horas más calientes del día, su alrededor se tornó tibio y comenzó a sentirse a gusto.

Najmah sabía que vendrían a por ella, que no tardarían en encontrarla, tan solo era cuestión de ser paciente, de esperar.

Esperar.

Esperar, esperaría toda la vida, porque no deseaba volver al poblado. Y por primera vez en su corta vida deseó morir, deseo que una tormenta de arena la enterrara, la hiciera desaparecer.

Pero el cielo estaba raso, y aquella era, sin duda alguna, una absurda idea, algo inútil. Se cubrió los ojos, y al hacerlo vio a su padre. Su rostro. Sus labios. Y recordó entonces sus extrañas palabras:

«Nuestra Najmah será la estrella que iluminará el porvenir de la ciudad de Smara».

Vendrían a buscarla.

Sí, ¡claro que vendrían!

Y miró a lo lejos, al confín del desierto, oteó en las cuatro

direcciones, al norte, al sur, al oeste y al este.

Nada. Eso fue lo que encontró, nada.

No se escuchaba nada. No se veía a nadie. Todo parecía quieto, muerto. Salvo el tiempo.

Las horas seguían pasando, avanzaban hacia la noche.

Entonces la tierra comenzó a enfriarse. A Najmah le temblaban las manos. Se las frotó con vigor. Decidió ponerse de pie, caminar haciendo grandes círculos, sin alejarse demasiado y mientras lo hacía se peinaba con los dedos su cabello enmarañado cubierto de arena y se entretenía en cada uno de sus rizos.

Cuando se cansó se sentó de nuevo en la arena e hizo inventario de lo que llevaba rebuscando entre sus bolsillos. Solo encontró un dátil duro y seco, y algunas hojas arrugadas de un cuaderno pequeño con anotaciones sin importancia en los lados.

Se comió el dátil despacio, chupándolo, como si fuese un caramelo, y al finalizarlo sintió la sed de siete camellos y un hambre atroz, un hambre que le cruzó voraz de arriba a abajo retorciéndole el estómago. Gimió.

Y sintiéndose indefensa, Najmah volvió a cerrar los ojos. «Es mejor que no te duermas, Najmah», le repetía su propia voz interior, «es mejor que no te tumbes», «que no cierres los ojos», «¡despierta perezosa, podrían venir animales!», «sigue caminando, ¡venga, sigue caminando!, haz círculos, haz algo, ¡muévete!».

Pero Najamh estaba demasiado cansada, y ya no podía dar ni un paso más. Al tumbarse en la arena, se quedó al instante dormida. Aquella noche fue muy negra, no salió la luna, tampoco consiguió ver a su querido planeta Venus.

Sin embargo, no tardaron en dar con ella. Las voces en la lejanía pronunciando su nombre la despertaron.

Sabía que sucedería así. Su pueblo tenía la habilidad de los desiertos, orientarse en plena noche cerrada, o a la luz del día, para ellos era algo sencillo. Aquel mar de arena, formaba parte de su ancestral genética.

Y ellos, siguieron, sencillamente el rastro, el rastro que Najmah había ido dejando con sus huellas.

Con el frío ya del crepúsculo la recogieron y la envolvieron en una manta de lana. Le dieron agua tibia, la montaron en un camello y la llevaron de nuevo de vuelta a la ciudad de Smara, a su hogar, que ya no sabía si lo era de verdad, a su jaima, un morada oscura que ya nunca más percibiría con cariño. Y hasta su madre.

Najmah estaba exhausta, dolorida. La cabeza le estallaba por el calor que había recibido y tragaba con dificultad su propia saliva; sus lágrimas, ya secas, habían dejado un surco grisáceo marcándole el rostro, pero ya no brotaban, ya no podían hacerlo, había llorado

tanto que solo le quedaba el silencio de su propio lamento.

Era su padre quién, acompañado de otros hombres del poblado, había salido a buscarla.

Eran ellos quienes la habían encontrado siguiendo su estela. Pero ni cuando la había recogido del suelo, ni cuando la había envuelto en aquella manta de lana, ni durante todo el largo trayecto de vuelta a casa, le había dirigido una sola palabra, tampoco abrazado o consolado, o simplemente preguntado el porqué de su repentina huida.

Su padre era un hombre extraño, reflexivo, justo, cerrado —como aquella noche oscura del desierto africano—, severo en extremo. En el poblado todos le reverenciaban, le respetaban. Nuestra familia también lo hacía, pero además le temíamos. Sí, y Najmah más que nadie. Más incluso que su propia madre. ¿Qué podía esperar de él aquella noche?, ¿qué ocurriría cuando cruzase la puerta imaginaria de la jaima?

Su madre permanecía inquieta y alerta en un rincón, con la mirada hundida en la alfombra que la recogía, retorciendo entre los dedos los filamentos de una de sus esquinas.

Su padre, después de mirarla en silencio y fijamente durante largo tiempo, un tiempo que a Najmah se le antojó eterno, porque iba acompañado de un sigilo cargado de desaire, comenzó a hablar.

Y lo hizo reprendiéndola ásperamente por su escapada, como nunca hasta entonces se había dirigido a ella y después, ya más calmado, comenzó a narrarle una historia en la que la protagonista, sin lugar a duda, solo podía ser una persona, ella, Najmah.

—Luces en el cielo, una señal, un bebé recién nacido elegido para ser la estrella y la guía en la vejez del sabio Abraham…

»Najmah, ese sería tu nombre. Un nombre sabiamente elegido.

»Najmah, estrella. Najmah, luz. Najmah, guía.

»Los más instruidos de la tribu lo decidieron aquella noche.

»Fuiste bendecida con su palabra.

»Pudo haber sido la casualidad, la fatalidad o la propia providencia, nadie lo supo entonces, como nadie lo sabe ahora, pero el destino quiso que fuera así.

»Y así ha de ser, querida.

»Mientras aquella noche se producía tu alumbramiento, un anillo dorado irradiaba el planeta Venus, lo marcaba.

»Venus dispersaba destellos rotos en el inmenso cielo estrellado de la gran noche africana y aquello no le pasó desapercibido a la tribu que lo miraba, desde el desierto, con curiosidad.

»Fue una señal, dijeron entonces. Parecía como si a su alrededor estuviese sucediendo algún fenómeno extraño.

»¿Y si nos estaba anunciando algo?

»Debatieron durante horas, buscando alguna explicación lógica, cuerda, observando aquella rareza en el cielo con atención. Y entonces sucedió algo, Najmah.

»Sí, sucedió.

»Llegaste al mundo, y lo hiciste con tanta fuerza, con tal llanto, que desgarraste la magia de la noche. Fue muy especial para todos, fue una noche inolvidable.

»Los sabios estaban convencidos de que no podías ser una criatura normal. Y debatían que si el destino te había llevado hasta aquella noche de luces, no quedaba más remedio que convertirte en guía de nuestro pueblo.

»Pero, había un problema, Najmah».

—¿Y cuál fue, padre?

—Eras una mujer. Y por este motivo, se decidió que, cuando cumplieses los trece años de edad, contraerías matrimonio con el anciano Abraham Mulad, guía espiritual de nuestra hammada. Él sería el encargado de enseñarte, de mostrarte tu camino, Najmah. Y ese momento ha llegado. Según nuestras sagradas leyes del Islam, una mujer no puede permanecer soltera, Najmah; la mujer que no tiene hijos, no tiene nada. Nuestra religión musulmana así nos lo dice. Cuando te cases, todos tus pecados quedarán perdonados y comenzarás una nueva vida. Nuestra sociedad es patriarcal, tenemos nuestras propias tradiciones, nuestra cultura y vínculos familiares, que abordamos con cautela. Desde hace siglos nuestras hijas se han casado a edades tempranas, entre los ocho y los diez años, la mayoría de las veces las niñas todavía no tenían ni siquiera la primera menstruación, pero esto no les impedía mantener relaciones sexuales con sus maridos.

»Najmah, tú ya eres una mujer, lo quieras o no. Te he visto cómo actúas, cómo te responsabilizas de tus hermanos, cómo ayudas a tu madre, cómo aprendías de tu abuela. Eres una niña despierta y educada. Sabes bien cómo dirigir un hogar, y eso que apenas has cumplido los doce años.

»Estoy seguro de que aceptarás con sabiduría tu destino. Estás prometida, y lo estás desde el día de tu nacimiento, por eso llevas colgada de tu muñeca una *rashma*; este hilo de algodón significa mucho más de lo que crees.

»En un año te desposarás, Najmah. Ese fue el gran pacto de aquella noche de luces. Pocos meses son los que te faltan para alcanzar la verdadera edad adulta del desierto, la edad en la que formarás y comenzarás a ver crecer a tu propia familia.

»Debes observar a tu madre, aprender de ella. Es cierto, y no me mires así Najmah, con tanta pena, que la práctica ancestral de casamientos pactados ha ido cambiando, y evolucionando en

nuestro pueblo, es cierto que las bodas concertadas han sido sustituidas por uniones más o menos deseadas, pero tu caso es diferente, Najmah. Tú, hija mía, eres especial, y lo sabes, eres hija de las luces, eres una excepción. Tú serás nuestra guía en el desierto, y alumbrarás el camino ya anciano de Abraham. Y nuestro pueblo saharaui te aclamará por ello, seguirá cada uno de tus pasos.

»Abraham Mulad así lo entendió hace años.

»Y así lo aceptamos nosotros.

»Debemos sentirnos honrados, Najmah, colmados de gracia. Abraham cuidará de ti, te convertirá en una mujer plena».

Najmah escuchaba a su padre, con una pueril añoranza y la cara encendida de rabia.

¿Intentaba convencerla?, ¿hacerla comprender algo imposible?

De pronto, su jaima se había convertido en un lugar hostil y muy gris, pese a todo el colorido de sus telares. Su jaima sería un confinamiento forzado hasta sus trece años. Un año de vida. El final de sus sueños.

Y sus ojos se anegaron de lágrimas.

La voz contenida de su padre se le antojo áspera, hiriente, monótona. Quería que callara.

La tristeza de su madre era contagiosa.

El ambiente asfixiante la consumía. No deseaba estar allí, seguir escuchando. Las palabras de su padre solo confirmaban su desdicha, su huida. Y entonces fue cuando añoró la tormenta. ¡Si el desierto la hubiese enterrado! ¡Si la sed la hubiese matado!

Lo que no podía ni siquiera imaginar Najmah es que las sorpresas, tan solo, acababan de comenzar.

¿A QUIÉN PODÍA SUPLICARLE?

A los acontecimientos sucedidos aquel día en el desierto, se unieron, en las semanas siguientes, nuevas prohibiciones para Najmah. Reglas que le impuso su padre, órdenes sin sentido, que debió acatar dócilmente, para evitar problemas y el llanto constante de su madre en la jaima, aunque al hacerlo, su corazón se quebró y sufrió.

Su padre le impidió volver a estar cerca o a solas con Brahim, esa fue la primera de sus desdichas, la que más dolor le causó. Después le anunció que pronto, en cuanto tuviese la menstruación y fuera una estrenada mujer, alguien que no especificó, tendría que practicarle una intervención que exigía su futuro marido. A su padre se le había estremecido la voz al decirlo en voz alta y Najmah se dio cuenta de ello enseguida. Sabía que le incomodaba hablar de mujeres, y de cosas de mujeres, como él llamaba a la menstruación. Le explicó con mínimas palabras, y lo más escuetamente que pudo, que aunque era una práctica habitual en África, en el campamento de refugiados de la ciudad de Smara ya casi no se hacía, salvo alguna excepción. Y ella era, ella sería esa excepción.

Najmah no entendió bien qué significaban esas palabras, pero por la cara de susto que puso su madre y su expresión dolorida —ya que sus manos se frotaban enérgicamente los ojos y cabeceaba de un lado al otro en señal de negación—, dedujo que no podía ser nada bueno.

Así que cuando su padre se hubo marchado de la jaima, decidió abordar a su madre y preguntarle abiertamente.

—¿Madre, de qué intervención hablaba padre?, ¿qué me tienen que hacer? —le preguntó Najmah.

Su madre la miró y le acarició el rostro. Pero tan solo dijo una palabra, solo una.

—Ablación.

Y cerró los ojos ocultándole la mirada.

Conocía la palabra, la había oído susurrar a otras niñas, Daishan también la había nombrado de pasada, pero nadie hablaba de ello en voz alta, era un tema tabú, de los muchos que reinaban en su querida hammada. Sin embargo, sabía que era una intervención dolorosa aunque no conocía los detalles, ni tampoco cuál era su fin.

Su mundo se vino abajo. ¿Por qué, de pronto, todo le resultaba tan intenso, tan humillante?

—¿Qué es la ablación, madre?, ¡explíquemelo para que yo pueda entenderlo! —le rogó.

—Cuando llegué el momento, Namah, ¡te lo explicaré cuando llegué el momento! —la respondió preocupada—. Aunque desearía, por tu bien, y porque te quiero mucho, mi pequeña niña, mi luz, que jamás llegue ese instante —dijo dando por concluida la conversación.

◆◆◆

A partir de aquel día, todo cuanto había rodeado a Najmah, su querida maestra Daishan, su mejor amigo Brahim, el campamento internacional, Raquel, sus escritos, sus cuadernos, las lecturas, el estudio, quedó reducido a cenizas, a nada.

La ilusión dejó de ser su compañera y se volvió todavía más introvertida de lo que ya era. Se dedicaba a las labores de la jaima, a ser la sombra de su madre. Dejó de reír, pero tampoco lloraba, ni gritaba, ni salía a ver los atardeceres a las dunas, ni esperaba la salida de Venus, pasaba los días en una imperturbable pasividad, en un mundo lejano, donde ya nadie podía llegar. Ni siquiera su madre.

Durante los primeros meses, su padre permaneció vigilante, la observaba, la seguía, mientras su madre se afanaba en enseñarle cuanto podía, en mantenerla ocupada para que, al menos, no pensara en su desdichado porvenir. Sufría por su hija.

Le mostró el día a día, el devenir de las mujeres de la hammada. La enseñó a rezar al punto de la mañana, a amasar bien el pan, a preparar el ritual del té para los invitados y la ceremonia que lo acogía; le enseñó a cocinar con mínimos recursos, a acarrear el agua en pesados bidones hasta la jaima; le hizo comprender el carácter hospitalario de su pueblo y el porqué de que aunque tuvieran poco alimento, ella siempre cocinara más raciones, por si acaso.

Un invitado siempre era un tesoro.

Le mostró la gran sensibilidad de la que era capaz su gente, la ayuda que debía de prestar incondicionalmente y en cualquier momento, el apoyo era algo incuestionable para los saharauis. Cuando había algún enfermo, cuando alguien necesitaba algún cuidado, la hammada se volcaba.

Su madre era el mejor ejemplo que podía tener, y de ella bebía Najmah todos los días. Su madre, como su abuela habían sido auténticas saharauis, sumisas, silenciosas, obedientes, trabajadoras.

Su madre siempre callaba.

Y lo seguiría haciendo.

No era la primera vez que otros habían decidido por ella, ni tampoco una novedad, conocía bien la sensación que sentía Najmah, y, sin embargo, nunca había estado a favor de aquel matrimonio concertado al albor de su alumbramiento, pactado de antemano por aquel grupo de ancianos. Como tampoco aceptaba la ablación de Najmah, ni entendía el porqué de su exigencia. Su futuro marido no tenía derecho a pedirles algo así. Era una práctica que hacía tiempo que había caído en desuso en el pueblo saharaui.

Cuando su marido le dio la noticia la dejó sin habla durante días. No supo qué decir, cómo reaccionar. ¿Cómo negarse?, ¿podía hacerlo?, ¿sería capaz de alzar la voz?, ¿de contradecirle?, ¿de convencerle? ¿Por qué su marido había aceptado hacer algo así?, ¿qué sentido tenía?, ¿por qué querían someterla todavía más?, ¿no era suficiente?

Recordaba las palabras pronunciadas en alto en aquella jaima, su boca, sus contornos, el redondeo de cada sílaba, ¡le sonaban a ecos lejanos!:

«Apenas tenga la primera menstruación».

Y deseó con todas sus fuerzas que aquel momento pasase de largo, que no llegase nunca. Cerraba los ojos desesperadamente cuando pensaba en ello y apretaba los puños con fuerza, recordando, buscando un atisbo de coraje para decirle a su marido: ¡No!, con voz clara y firme; ¡No, no lo consentiré!, ¡esta vez no!

¡No!

Pero en cuanto aparecía su marido en la jaima, desaparecía tras el velo de la sumisión más necesaria y se guarecía en aquel silencio de tumba.

Najmah sabía que su madre la apoyaba, sí, lo sabía, pero eso no bastaba, porque lo hacía amparada en aquel sigilo cómodo e ineficiente, de mañanas junto a ella. Y eso a ella, no iba a salvarle de un matrimonio concertado ni tampoco del dolor. Y los días iban pasando en una sucesión de copias. La jaima de Najmah cada día estaba más desolada. Mientras comían se miraban sin acertar a decir ni una sola palabra; escondían la cara en los platos, o se miraban de reojo, y en contadas ocasiones se les escapaba una risita tonta, un gesto, un guiño, o una patada, y entonces, cuando esto sucedía, se llevaban un buen pescozón de su padre.

Sus hermanos no entendían bien lo que estaba sucediendo con Najmah, pero sí sabían y perfectamente, cuándo era conveniente callar o disimular en su hogar, cuándo su padre estaba de mal o de buen humor, cuándo su madre no podía con el desconsuelo de la vida.

Najmah no les prestaba atención, no se daba cuenta del desconcierto que provocaba, de la preocupación de sus padres, absorta en su plato, en sus propios pensamientos, removía el contenido sin encontrar un solo motivo para comerlo. El apetito y sus ganas de vivir habían volado lejos, entre las dunas del desierto donde le hubiese gustado perderse, evaporarse, el día que se escapó.

Tampoco había vuelto a contar historias al anochecer a los niños de la hammada.

Y ellos habían dejado de pronunciar su nombre.

No había vuelto a coger ningún libro, ni cuaderno. La lectura le era esquiva. El sonido maravilloso del papel en sus manos le parecía una quimera, una utopía de la cual debía desembarazarse cuanto antes.

Además, aunque hubiese querido volver a su vida anterior, tampoco hubiese podido, su madre le había escondido los textos, los libretas, los borradores, todo. La había hecho despertar de golpe.

Najmah miraba con compasión a su madre y se preguntaba por la maternidad, ¿acaso era un motivo de regocijo?, ¿de felicidad? Madre no aparentaba dichosa. Su universo, sus hijos, cada día estaban más alejados de ella. Ya no podía retenerlos.

La tensión de la jaima y de sus rostros, solo se disipaba cuando su padre se levantaba y se marchaba con paso rápido, huyendo de un hogar que le era claramente hostil.

Sin embargo, sabía que su padre no cedería jamás. Era su honor, su dignidad, su palabra dada, lo que estaba en juego, un compromiso sellado, algo mucho más poderoso que el amor que le pudiese profesar a su propia familia.

Pero los días fueron pasando y la tensión se fue diluyendo como el generoso azúcar que endulzaba el té de cada jornada y cuando su padre bajó la guardia, y comenzó a salir más a menudo, a tenerla menos vigilada, su madre le dio permiso, de nuevo, para ausentarse de la jaima, con mucha prudencia.

Le animó a volver a ver a Daishan a escondidas, y a Brahim, a que disfrutase de nuevo de los atardeceres del desierto, de las estrellas de la gran noche africana y, sobre todo, la alentó a volver a sus escrituras. Abrió un cofre y, entre telas de colores, le mostró sus cuadernos primorosamente envueltos y guardados.

—Todavía te queda mucho por hacer, hija mía —le dijo acariciándola el rostro—, y aún te quedan por delante algunos meses hasta tu matrimonio. ¡Aprovéchalos, Najmah!

Su madre la miraba con tanto amor que desarmaba.

¡Su madre!

Su madre cuya bondad enmarcaba la palabra, era incapaz de enfrentarse con nadie, y menos con su padre. Su mera presencia la

atenazaba de tal forma que la anulaba como persona, como mujer.

Nunca podría contar con ella.

No, jamás, nunca la defendería, ni le apoyaría, ni alzaría la voz en favor de la justicia, en favor de ella, su única hija. Su madre se limitaba a gritar a solas, cuando nadie la oía, se quejaba de lo injusta que era la vida con Najmah, con las mujeres como ella, pero no hacía nada, no le ponía ningún remedio.

Sin embargo, Najmah se cuestionaba su entorno como nunca lo había hecho. Cientos de preguntas la incomodaban, ¿por qué las tradiciones de su pueblo sometían a las mujeres?; ¿por qué decían honrarlas cuando no les dejaban hacer lo más básico, decidir?

Su mundo debía de cambiar, pero ¿cómo conseguirlo?

Najmah era solo una niña, y no le correspondía transformar la realidad. Tampoco enfrentarse a ella.

Cada día que pasaba estaba más asustada.

¿Qué podía hacer en medio de tantos silencios, con aquel ruidoso y entramado mundo de jaimas y costumbres saharauis ancestrales como el desierto y los siglos? ¿Tendría alguna oportunidad para cambiar su destino?

Lo dudaba. Además estaba su madre. Siempre su madre. Y Najmah la quería tanto que no podía verla sufrir. Y menos por ella.

Por eso un día, decidió que aceptaría lo que viniese. Sí, y lo aceptaría con coraje, con fuerza. Y después callaría, como lo habían hecho su madre y su abuela antes que ella, y también todas las mujeres saharauis, aunque le quemase la garganta por dentro, aunque su voz se rompiera.

Decidió que ya no haría más preguntas. Dejaría de quejarse, obedecería sumisamente y se mordería los labios para no decir en voz alta lo que realmente sentía.

Sí, eso haría. Lo que sentía no era importante. No, en aquel momento.

Por ello, y siguiendo los consejos de su madre, volvió a frecuentar a Daishan, aunque lo hizo sin ilusiones y a modo de despedida, también con un cierto resquemor hacia ella por haberla alentado a volar cuando de sobra sabía que sus alas estaban cortadas desde el día de su nacimiento.

Y también volvió a escribir, aunque sin pretensiones, su caligrafía lo notaba.

Najmah cerró su mente al futuro, aquel con el que había soñado, y se conformó.

Y comenzó a odiar a Venus, al que había idolatrado desde pequeña y, aunque todavía esperaba su nacimiento en el cielo postrada entre las dunas del desierto, apenas lo veía salir en el firmamento, le gritaba, alto, con toda la rabia contenida durante el

día. «¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué me has hecho esto?, ¿por qué brillaste de forma especial en la gran noche africana?».

Y después de gritar lloraba.

¿A quién podía suplicarle que su vida fuera de otra manera?, ¿quién querría escucharla?

El vasto desierto la miraba postrado, fatigado, mudo.

El viento gemía a su alrededor, uniéndose quizá, a su lamento, a su propio dolor.

En el primer reencuentro que Najmah mantuvo con Daishan pasearon por las calles polvorientas de la hammada y hablaron de muchas cosas: de sus ausencias, de la huida, de su futuro, de su madre, de su padre, del viejo Abraham y su próximo enlace, de su querido amigo y compañero Brahim.

—¿Por qué nunca me contaste nada? —le preguntó, con cierto tono de reproche Najmah.

—No me correspondía a mí decírtelo, Najmah, debes comprenderlo. Yo solo soy una maestra que ha intentado hacerte crecer y sobre todo creer en ti misma. No soy ninguna heroína, ¿sabes? Yo también tengo mi propia historia…

—¿Y cuál es?, ¿por qué nunca me hablas de ti?, ¿por qué no tienes familia?, ¿por qué me elegiste a mí y te volcaste?, ¿de entre todos los niños de la hammada por qué fui yo?, ¡dímelo! —le increpó Najmah.

Y entristecida continuó:

—Me habría resultado mucho más fácil aceptar mi destino sin palabras, sin estudios, sin un saber al que aferrarme, sin alas, sin sueños. Ahora estoy rota.

—Lo siento, Najmah —dijo Daishan llorando—. Nunca quise hacerte daño, debes creerme.

—Te creo, Daishan. Y también te quiero. No lamento las horas pasadas contigo, solo lamento no poder seguir a tu lado.

—No me gusta remover el pasado, Najmah. Ni hablar de mí. Me atormentan muchas cosas. Pero te contaré algo que no sabes:

»Yo no me casé porque mis padres murieron antes de haber concertado mi matrimonio. Casarse así era lo más habitual y lo sigue siendo todavía en muchos lugares del mundo, incluso aquí. Pero como era muy buena estudiante y deseaba continuar con mi formación, mi maestra me apoyó para ir a la universidad. Yo, en realidad, no les interesaba, no tenía futuro, ni dote, ni interés alguno como mujer. Esto me generó un estigma que nunca pude quitarme. También me condenó a no tener descendientes, ¡mis propios hijos!, ¡cómo me hubiese gustado tener mis propios hijos!

»Por eso, cada día, me vuelco con todos vosotros, mis alumnos sois para mí como mi familia perdida.

»Nuestro pueblo nunca ha visto con buenos ojos a las mujeres solteras. Y su mala opinión se debe a que no conciben que una mujer adulta pueda valerse por sí misma, sin la protección y la sumisión necesaria hacia un hombre. Para ellos las mujeres somos seres débiles, fácilmente moldeables; buscan nuestra compañía como una fuente: sí, Najmah, la fuente de la maternidad. ¡Hijos!

»No me mires así. Los hijos son nuestro futuro, el bien más preciado que puede tener una familia. Son nuestra estirpe, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, un proyecto de vida. Los hijos, para los saharauis, son una bendición. Y aunque no tengamos nada, aunque nuestro pueblo se muera de hambre y dependamos de la ayuda humanitaria para vivir, seguiremos teniendo hijos. Los hijos son el maná de nuestro pueblo».

Daishan estaba emocionada, pero continuó hablando:

—Una vez, hace ya mucho tiempo, tuve que presenciar y soportar en mis propias carnes algo realmente humillante. Acababa de ponerme al frente de la escuela como maestra y estaba feliz. Una tarde convocaron a todas las mujeres solteras de la hammada a asistir a un encuentro en una gran jaima. Mi sorpresa, querida Najmah, fue mayúscula al llegar allí. Había un grupo de soldados combatientes, todos ellos solteros también. Nos hicieron formar dos filas, en un lado pusieron a los hombres y en el otro, a las mujeres, de forma que quedamos enfrentados los unos contra los otros. Nos conminaron a quitarnos ligeramente la *melhfa* para poder ser observadas mejor por aquellos hombres. Nosotras dudamos y nos mirábamos sin comprender, ¿qué era lo que estaba ocurriendo allí? Pero insistieron y al final accedimos a hacerlo.

»¿A qué nos enfrentábamos?

»Fue entonces cuando escuchamos aquellas horribles palabras; los hombres debían elegir, de entre todas nosotras, a su futura mujer. ¡Fue algo tan denigrante, Najmah!, ¡no te lo puedes ni imaginar!, ¡nunca he podido olvidarlo!

—¿Y qué pasó? —preguntó Najmah.

—Mientras aquellos hombres nos miraban como si fuésemos mercancía, un hombre nos recordaba nuestro lugar en el mundo, nuestro deber para con la «Revolución». ¿Podíamos quejarnos sin ser acusadas de traición?, ¿podíamos oponernos a ser la esposa de un glorioso combatiente que daba, cada día, su vida por su patria, por nuestro pueblo?, ¿podíamos encarar un destino solitario y no agradecer que nos desposasen con un cierto estatus?

»Como ves, Najmah, casarse para aquellos hombres era motivo de honor, todo ventajas. Y nosotras, bueno, nosotras éramos muy afortunadas.

»Pese a la sorpresa inicial y a lo grotesco de la situación, las

mujeres que allí estábamos reunidas callamos y, avergonzadas, rehuimos como pudimos las miradas que aquellos hombres nos dirigían.

»Pero lo más sorprendente, Najmah, fue que ninguna hizo nada, no nos rebelamos, todas aceptábamos nuestra suerte, la decisión que cambiaría la vida de muchas mujeres solteras de la hammada.

»Tu madre fue una de ellas.

—¿Mi madre? —preguntó incrédula Najmah.

—¡Sí!, tu madre, Najmah. Y en cuanto a mí, te preguntarás qué me ocurrió, ¿verdad?

»Sencillamente, Najmah, que tuve suerte, mucha suerte o ninguna, según se mire, siempre hay dos formas de encarar las cosas. Cuando llegó mi turno, quedaban todavía seis hombres por elegir. Y solo cuatro mujeres enfrente de ellos. Ninguno me eligió a mí. Me miraban, movían la cabeza con lástima, y pasaban de largo.

»¿Te lo puedes creer, Najmah? Tuve la inmensa estrella de no ser distinguida con el honor de ser la esposa de aquellos combatientes.

—¿Por qué ninguno te eligió, Daishan?, ¡tú eres muy bonita!

—Debo reconocerte que como mujer, al principio, me dolió un poquito, sí, no te lo voy a negar, pero también era hasta cierto punto comprensible, Najmah. Yo no era como las demás, era la maestra, tenía estudios, y recuerda lo que te he contado, era huérfana, lo que significaba que no tenía dote alguna que aportar al matrimonio. Aquella sensación, unida al malestar de sentirme apartada e incluso fea, me duró tan solo unos minutos, los mismos que tardé en salir de la jaima y en darme cuenta de que era libre.

»Comprendí enseguida que si no hubiese sido agraviada, habría tenido que aceptar a un hombre en mi vida sin amarle, sin conocerle, como le sucedió a tu madre.

»Y entonces fue, cuando recuperé la conciencia y mi vida volvió a ser solo mía; y tomé una decisión importante que he mantenido hasta hoy: jamás me casaría.

»No deseaba que nadie pudiera usurparme la libertad.

»La sumisión era un precio demasiado alto de soportar, al menos para mí. Y renuncié a todo por llegar ser un alma independiente, por tener mi propia identidad.

»Sí, Najmah, renuncié a tener lo que más quería en el mundo, una familia. Y un enorme vacío ocupó lo que antes habían sido ilusiones. Comencé a detestar el polvo del desierto, a sus gentes, la hipocresía que arrastraban sus miserables vidas, nuestra cultura, el calor asfixiante de esta tierra.

»Pero mis niños, mis alumnos, me devolvieron la alegría; llenaban cada día con su risa todo mi desánimo y, gracias a ellos, a

vosotros, superé la gran desolación que corroía mi alma. Por eso llevo años dedicándome en cuerpo y alma a formar a los niños. He fomentado la idea de que estoy yerma, de que no puedo engendrar hijo alguno, y me han dejado en paz. Es una gran mentira, lo sé, pero no me importa, ¿sabes, Najmah?, no me importa que se rumoree sobre mí, que se difamen medias verdades o mentiras completas. Casi lo prefiero, te diré que incluso las aliento. Además me he hecho mayor, ya no les intereso. Tampoco he sido una mujer muy agraciada; mi belleza radica en el saber, en la paciencia, en darme a los demás. Cada uno recibe un don. Tú eres una contadora de historias y yo seré maestra hasta mi muerte. Es mejor así. Nuestro futuro es nuestra memoria».

La confesión de Daishan dejó a Najmah sin palabras. Inmersa en su propia existencia, no se había preocupado nunca, o preguntado siquiera, por qué su querida maestra no tenía familia, esposo, hijos o padres a quién cuidar.

La pena que reflejaba en su rostro, en aquel momento del relato, le pareció profunda y llena de oscuridad, cicatrices imborrables, como las noches en torno a los campamentos de refugiados saharauis.

—No te engañes, Najmah —continuó—, ni me mires con angustia, soy muy afortunada pese a todo y no deseo ver en tus ojos lástima alguna por mi situación, pues yo no la siento por mí misma. La renuncia me ha hecho libre, algo que, por desgracia, tú no vas a poder ser. Tu historia, aunque trágica, no es diferente a la de otras niñas de familias saharauis que, como tú, han llegado al punto de maduración, a la edad adulta. Pese a que sois todavía unas niñas, a los hombres les da igual. Los matrimonios son convenidos desde hace generaciones, se propician y se fomentan en el propio seno del hogar. Aunque cada vez se hacen con menos frecuencia, eso también es cierto. Parece que el amor está comenzando a ganar terreno incluso en el desierto.

»Has vivido ajena a todo tu mundo, inmersa en una vida fácil, una vida que creías solo tuya, de ensueños, de letras, de historias contadas, de infancia, y es mejor que haya sido así. Has sido feliz. Pero, a veces sucede que somos consideradas una propiedad Najmah, y nuestras vidas, entonces, son decididas sin consultarnos. ¿Sabes lo que les ocurre a las mujeres que no desean seguir casadas con sus maridos? Primero las castigan enviándolas a hacer ladrillos de adobe y si persisten en su actitud, las envían a la cárcel, y al final, a estas mujeres hostigadas no les queda más remedio que aceptar su destino y volver a casa. En el mejor de los casos, su marido las reconoce y se reconcilian; en el peor, él busca otra mujer porque es legítimo y se casa con ella. El divorcio solo existe para los

hombres y ellos lo usan cómo y cuándo les conviene. Poligamia encubierta, Najmah, así se llama. Obra del patriarcado de los hombres. Hay que agachar la cabeza. Hay que aceptarlo. Tenemos muy poca voz para levantarla.

◆◆◆

Aquel día, Najmah volvió a casa más cabizbaja de la cuenta. Había pasado de puntillas una infancia que cada día se le antojaba más lejana; las palabras de Daishan le habían dejado un sabor amargo. Por fin, alguien había sido capaz de hablarle de la realidad, de decirle las cosas claras, como eran, aunque fuesen humillantes. Aunque aquello poco o nada la reconfortaba.

Envuelta en un silencioso letargo deshacía la distancia entre la jaima de Daishan y la suya. Iba distraída, pensando en las palabras que había escuchado, por eso no percibió que Brahim la seguía.

Brahim llevaba en cada mano las cintas de los dos camellos que sacaba a pasear por la tarde. Se disponía a salir de la hammada cuando vio a Najmah torcer la esquina, un poco más adelante de donde él se encontraba.

La reconoció enseguida y eso que hacía meses que no coincidían en el poblado, aunque la notó cambiada, más alta, más seria, quizá más mayor.

Durante semanas preguntó por ella sin descanso, a la maestra Daishan, a los otros niños que antes acudían puntuales a los cuentos nocturnos de Najmah, a sus propios hermanos, pero nadie supo decirle con certeza qué había ocurrido realmente el día que la encontraron sola en el desierto. El día de su huida.

¿Por qué se habría marchado sola tan lejos?, se preguntaba sin cesar Brahim. Tenía que haberle sucedido algo.

Al principio, cuando Najmah dejó de asistir a sus encuentros entre las dunas, a las lecciones de Daishan, o a la salida de Venus, pensó que quizá estaría enferma, o que le habrían castigado por su escapada. Pensó que su ausencia sería algo pasajero. Sin embargo, a medida que su alejamiento se hacía de plomo y se prolongaba en el tiempo sin remedio, fue cuando sintió un vértigo enorme.

La soledad.

Hasta entonces Brahim no se había sentido nunca realmente solo. Pero sin Najmah estaba perdido. Sin Najmah ya no quería vivir. Sin su amiga del alma se volvió loco de pena y se encerró en su jaima.

Y los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses y cuando fue evidente que Najmah no volvería, comenzó a aceptar su ausencia.

Sin embargo, había tantos interrogantes que le devoraban:

¿Habría tenido algo que ver con su huida?, ¿habría dicho algo, hecho algo que la había disgustado?, ¿se habría dado cuenta Najmah de que la amaba?, ¿habría sido por él?

Y un día, después de hacerse millones de preguntas y de esperarla diariamente en las dunas, después de mirar su jaima en la distancia y de rezar para que saliese, después de esperarla como nadie la había esperado nunca, desistió.

Y se sintió dolido, muy dolido, y en lo más profundo de su ser defraudado por su abandono.

Para Brahim, Najmah había sido más que una aliada, más que una compañera de dunas, atardeceres y enseñanzas. Más que una amiga íntima, ella había sido su única y verdadera amiga en aquel campamento inhóspito donde ser un niño deformado era motivo de repudia hasta para su propia familia.

Brahim soportó como pudo la distancia y el silencio perpetuo de Najmah y perdió la ilusión por vivir, por aprender, incluso hasta por pintar.

Su madre preocupada por su tristeza intentó averiguar por su cuenta qué estaba ocurriendo en la jaima de Najmah.

Y preguntó por la hammada a las vecinas.

¿Qué le estaba ocurriendo a la niña?

Y un día descubrió algo interesante, seguramente tan solo era una verdad a medias, pero estaba convencida de que aquello bastaría para sacar a Brahim de su gran desolación. Quizá así entendería que el silencio de su querida amiga Najmah no tenía nada que ver con él, tampoco con ella.

Regresó alborotada y llamó a gritos a Brahim:

—¡Brahim, tengo noticias de Najmah!

Y él se acercó corriendo hasta su madre. La miraba expectante. Su madre se sentó junto a él, le acarició su rostro irregular y le contó todo lo que había conseguido averiguar sobre la desventura de Najmah en el desierto y el resto de los días.

—Querido hijo, el motivo de la huida de Najmah nadie parece saberlo con certeza, aunque la gente habla. Se comenta que huyó al enterarse de que iba a ser desposada por Abraham. No lo sé, pero el caso es que, su huida le ha ocasionado muchos problemas. Fue su madre, alertada por su tardanza al atardecer la que dio la voz de alarma, y su propio padre, junto con otros hombres de la hammada, quienes salieron a buscarla. Y no fue hasta el albor, hasta que ya casi amanecía en el horizonte, que por fin dieron con ella. La encontraron tumbada de lado, sola, desvalida, deshidratada y muy fría. Unas horas más y podría haber muerto.

»Dicen que su padre, mientras la buscaban por el desierto, estaba loco de desesperación. La llamaba a gritos, rezaba sin parar,

le imploraba a Venus que los guiase. Sin embargo, cuando la encontraron y la recogió del suelo todavía viva, su rostro se tensó y no pronunció ni una sola palabra.

»La consecuencia de aquel día fue el retiro. Pero no un retiro voluntario, sino lejano, incomunicado, dentro de la hammada, dentro de en su propio hogar.

»Dicen que la están preparando para su boda con Abraham, que su padre le ha prohibido salir y la tiene vigilada, y lo que más me duele de todo, lo que me parece más injusto es que no la dejan acercarse a ti, Brahim.

»Las mujeres comentan que Najmah está sumida en una gran melancolía, que no come, que llora todo el tiempo, e imagino que para ella tiene que estar siendo muy duro, ya no le permiten asistir a las clases de Daishan, ni a las dunas, ya no puede estar contigo, y supongo que ya no la permiten tampoco escribir, ni leer».

—Su padre nunca supo que lo hacía. Si la vigila ahora más de cerca, será por otros motivos.

—Sí, supongo que tendrá que ver con su próximo casamiento. Dicen que no tardará en celebrarse.

A Brahim la noticia lo dejó helado, y eso que sabía y desde hacía mucho tiempo que aquel momento tendría que llegar. Todo el mundo en la ciudad de Smara conocía que el líder espiritual Abraham contraería matrimonio cuando llegase el momento con la niña de las luces. Con Najmah.

Pero la certeza de que su único amor iba a ser desposada, la certeza de que no podría hablarle nunca más, de que no podría acercarse a ella, le lastimó en lo más profundo del corazón. Y se preguntaba, día y noche, sin darse apenas tregua: ¿Cómo podía ayudarla?, ¿qué debía de hacer?, ¿esperaba Najmah que hiciera algo?

Echaba tanto de menos a su compañera de dunas que no podía soportarlo. Su bella contadora de historias ya no reiría más en el desierto junto a él, ya no volverían de noche salpicando arena, ya no saludarían a Venus al salir, ya no reconocería más el silencio de la noche y su propia agitación, o el deseo de que la noche pasara volando para poder volver a verla otra vez.

¿Y su aroma?, ya no volvería a percibirlo.

Su aroma.

Su aroma era maravilloso, su pelo emanaba un perfume a flores, a té negro, a incienso. Sus manos dibujaban en el aire lo que luego él, más tarde, reflejaba en el papel.

Así que Brahim, más solo que nunca, se refugió en sus pinturas, y se aisló del mundo, como Najmah.

Sus trazos gruesos en el papel describían el rostro de Najmah, su

pelo, su sonrisa, sus lágrimas de impotencia. Y pintaba compulsivamente sus historias, las que ella le había regalado en aquellos atardeceres entre las dunas del desierto, las que ella le había pedido que ilustrase.

Si ella no podía salir ni ver la luz, entonces él tampoco lo haría.

Y aquel día, cuando la vio pasar, envuelta hasta los pies en un manto de tela azul con florecillas amarillas, la alegría íntima de poder volver a verla, de hablarle tan solo unos instantes, de cogerle la mano de nuevo, de mirar sus profundos ojos negros se hizo más fuerte que su prudencia y la siguió, corriendo, sin percibir la estela de sorpresa que él, el niño deformado dejaba a su paso entre la gente del poblado, que no tardó en formar corrillos para comentar lo sucedido:

—Sí, sí, Brahim corriendo entre las calles polvorientas —decían algunos—, y con los dos camellos asidos de las manos.

—Sí, Brahim iba gritándola, llamándola, suplicándola que se parase unos instantes.

—Quizá estén enamorados.

—No puede ser, todos sabemos que sería un amor imposible. Esa niña es preciosa. Y él. Él… bueno; además su matrimonio ya ha sido pactado.

Brahim, olvidó por un momento todos sus resentimientos, sus silencios y corrió más rápido para alcanzarla.

—¡Espera! —le dijo—, ¡Najmah, no te vayas!, ¡espérame, por favor!

Najmah le escuchó y el estómago se le encogió. ¡Era Brahim!, ¡su querido amigo! Aceleró el paso. ¡No quería que la viese!, le daba pena su propio rostro.

—¡Por favor, Najmah, detente!, ¡aguarda!, ¡dame un minuto!

Entonces Najmah se paró y al girarse se encontró con la escena de Brahim corriendo hacia ella con los dos camellos al trote a su vera, uno a la izquierda, el otro a la derecha.

Su visión le devolvió la sonrisa por unos instantes, y le empequeñeció la mirada.

¡Qué recuerdos más inesperados le devolvía Brahim!, ¡qué sensible era su querido amigo!

Brahim mantenía la misma dulzura en sus ojos, la misma que ella conocía tan bien y aquel gesto tan suyo que adoraba, el hoyuelo en la mejilla derecha al sonreír.

Le sonrió y el corazón comenzó a latirle con fuerza al verle aproximarse.

¿Era posible que quisiera a aquel muchacho? Se lo había preguntado tantas veces. Y siempre se había dado la misma respuesta: ¡No!, no, aquello no podía ser amor. Era solo amistad, era

cariño, ¿pena?, no, tampoco. Najmah no sentía por Brahim ninguna pena. Pero aquel muchacho la conocía como ninguna otra persona en la hammada, ni siquiera su madre o Daishan habían sido capaces de acercarse tanto a ella. De mirar su alma.

Solo Brahim sabía leerle el corazón. Y tenía miedo. Dudaba. ¿Y si era amor de verdad y no cariño lo que sentía por aquel muchacho que todo el mundo rechazaba por su fealdad? ¿Y si se estaba engañando?

Si algo sabía Najmah era que hubiera preferido mil veces desposarse con Brahim antes que con aquel anciano sabio de la hammada.

Brahim no le asqueaba. Brahim era su amigo, su confidente, su pintor. Brahim era sus ojos, ¿su corazón?

¿Podía Najmah hacer algo con aquel sentimiento inocente?, ¿acaso evitarlo? Hacía meses que sabía que crecía dentro de ella, y que era imparable.

Desde aquel abrazo.

Sí, fue aquel abrazo impulsivo y el rostro sonrojado de Brahim en aquella gran noche africana, lo que le hizo abrir los ojos, y comprender el amor que Brahim sentía por ella.

Y entonces, deseó sentir lo mismo que él, ver su relación desde otra óptica. Si aquel muchacho la amaba, y ella era feliz con él como con ninguna otra persona de la hammada, ¿por qué no podía ella corresponderle?, ¿por qué le pesaba lo que la gente opinara?, ¿qué dirían su madre, o su padre al enterarse?

¿Por qué un sentimiento que había nacido de una forma tan casual, del compañerismo, de la noche y las estrellas, de las dunas y los atardeceres, de los cuentos, debía de ser malo?, ¿por qué tenía que callarlo?, ¿o evitarlo?

En aquel momento, cuando Najmah comenzó a darse cuenta de lo que sentía por Brahim, ni siquiera intuía lo que llegaría meses después. Y simplemente dejó que sucediera, que siguiera su curso, como un río que nace y no puede evitar seguir creciendo hasta hacerse fuerte, hasta llegar al mar.

La amistad con Brahim les unió; las letras y los dibujos, sus dos grandes pasiones, les hicieron inseparables.

Pero luego llegó aquella maldita conversación, y después su huida sin sentido hacia el desierto. Una fuga que no sirvió para nada. ¡Qué poco había pensado!

¿Qué había conseguido con aquella estupidez?

Aislarse. Ser infeliz, que le alejaran de lo que más quería, Brahim, Daishan, el desierto y sus dunas, los atardeceres y el nacimiento de Venus.

Sí, eso había conseguido. El gran premio, nada.

Y ahora, después de meses sin verle, de añorarle, de llamarle sin alzar la voz, le tenía ahí, corriendo hacia ella, entre dos camellos.

¿Sería capaz Brahim de intuir su velada alegría, su pálpito, su pena profunda?

Y justo después, desoyendo todos los consejos, le abrazó muy fuerte y se sintió feliz, y al mismo tiempo desolada. Inmersa en su ancha tristeza, en su larga y agónica espera para ser desposada por aquel anciano, se había olvidado de que también los demás sufrían su ausencia.

Brahim, su querido Brahim, su amigo fiel, con su rostro deformado y la mirada más verde y limpia que había visto en su vida, lloraba. También él había padecido su aislamiento, su largo silencio.

Él era el reflejo vivo de un caparazón herido, roto, lastimado por aquella incomunicación de meses, por aquella incomprensión de vida y tradiciones.

Najmah siguió abrazándole.

También ella lloraba afligida.

—¡Perdóname, Brahim, perdóname! —le dijo suspirando.

—¡No tengo nada que perdonarte, Najmah!, ¡tú no has tenido la culpa!

—¡Sí, la tuve! —gritó Najmah golpeándole el pecho. ¡Sí, la tuve! —dijo más calmada sollozando—. Si no hubiese huido. Si lo hubiese pensado antes.

Brahim la abrazaba con fuerza, y al mismo tiempo escondía su rostro. No quería que Najmah lo viese así. Su gesto cuando lloraba se desfiguraba de tal forma que parecía aún más grotesco de lo habitual, como si fuese un animal acorralado.

Brahim sintió en su cuerpo toda la nostalgia que Najmah encerraba bajo las abundantes capas de tela, y la unió a la suya.

Y se sitió triste porque sabía que ya no podría llevarse más la estela de la risa de Najmah pegada a su piel. Y porque su aroma a especias, aquel que tanto le gustaba, aquel que amaba más que a nada en el mundo, ya no estaba.

Con el corazón quebrado, se dio cuenta de que Najmah, su Najmah, se había evaporado. Y se preguntó si debajo de aquella coraza, seguiría latiendo su amiga. Su gran amor.

Los camellos esperaban, escondían entre sus sombras el reencuentro de los dos amigos.

—¿Por qué? —le preguntó Brahim, acariciando con suavidad la mejilla caliente de Najmah.

Najmah le miró apenada y Brahim entendió sin palabras que bajo aquel rostro transformado, afilado y gélido como las noches del desierto y sus brumas al amanecer, a Najmah ya solo le quedaba

un enorme vacío y un adiós.

—Lo siento, Brahim, lo siento tanto, pero mi vida ya no me pertenece —le dijo, antes de volverse y desaparecer de nuevo, entre las calles polvorientas de la hammada—. ¡Es mejor que me olvides, Brahim!, —aulló apesadumbrada.

—¡No te vayas, Najmah!, ¡vuelve!, —tembló—. ¡Vuelve! —repitió sollozando.

—¿Cómo podría olvidarte, Najmah?, ¡dime!, ¿cómo podría? —le gritó a la nada.

Tardaría varios meses en volver a verla, meses en los que la añoró hasta dolerle los huesos, meses en los que la pintó de mil maneras posibles, todas en las que podía recordarla, meses de larga espera.

Y cuando por fin pudo hablar con ella, tan solo lo hizo para despedirla. En su corazón sabía que se iba.

Fue el adiós más triste de toda su vida. Fue un adiós sin palabras, un adiós de signos, de miradas.

Un adiós que también ilustraría meses, incluso años después, revestido con su historia.

UNA MELHFA PARA NAJMAH

Llevaba siete meses de encierro.

Y siete meses fue el tiempo justo que tardó Najmah en recibir otra visita inesperada, la menstruación.

Una nueva pena que la sumió en una profunda y enfermiza desesperación.

Al enterarse, la reacción de su padre no se hizo esperar, y aquella misma semana y ante la mirada atónita de su madre y de ella misma, le trajo un paquete envuelto que depositó, sin excesivas ceremonias, en sus manos.

Najmah rasgó el papel con curiosidad.

En su interior había una *melhfa*, una túnica larga hasta los pies de color negra. La conocía bien, era la vestimenta con la que las mujeres saharauis demostraban al mundo que habían pasado de niñas a mujeres; era una tela de una sola pieza, que cubriría también su rostro si era necesario, y que a partir de aquel día tendría que ponerse encima de su ropa normal, encima de sus vestidos todavía entallados de niña.

Su madre le enseñó con paciencia a colocársela, le dijo que no era obligatorio que llevase la cara tapada, pero le recomendó hacerlo cuando pasase delante de los hombres, para así evitar cualquier problema.

Aquella *melhfa* le molestaba, le hacía sudar, le impedía moverse con normalidad.

La detestó desde el primer día que se la puso, la detestó nada más verla en el paquete. ¿Por qué debía cubrir un cuerpo como el suyo, apagado e infantil?

Todavía no tenía curvas evidentes, sus senos apenas habían florecido, sus caderas eran completamente rectas. Su cuerpo de mujer era una ilusión muy lejana. ¿Cómo era posible que nadie lo entendiese?, ¿por qué no la escuchaban?

Frustrada Najmah apretaba los puños en señal de crispación. Odiaba a las personas mayores que venían de visita a la jaima, sus voces agudas y chillonas, sus silencios cuando ella entraba en escena; sus susurros de pronto intencionados cuando se marchaba, su mal disimulado interés, la hipocresía que sentían por su infelicidad.

Temía explotar; temía que su silencio, hasta aquel momento obediente y discreto, se rompiese en cualquier instante; temía gritarle al mundo, a su familia, a los falsos amigos que les acompañaban, las frases encolerizadas que le quemaban en la garganta. Temía que toda su frustración saliese en forma de palabras, de aullidos y sobre todo temía que aflorase lo más imprevisible de su carácter ya preadolescente, cada día más indómito y salvaje.

Najmah se temía a sí misma.

Una mañana, su madre la llevó hasta una jaima, situada en los límites del campamento, en los confines entre el árido desierto y la hammada. Jamás había estado allí.

La estancia primera, justo en la entrada, estaba cubierta de telares de colores que emanaban un aroma extraño, entre repulsivo y dulzón, pero Najmah no supo identificar a qué correspondía aquel olor. Instintivamente, sin embargo, se tapó con la *melhfa* la nariz.

Su madre le indicó que tomara asiento en el suelo mientras esperaban a que les atendiesen.

Y Najmah obedeció.

Sin embargo, su madre con el gesto áspero y la cabeza altiva permaneció de pie todo el tiempo; parecía preocupada. Y nerviosa. Su pie se movía con rapidez, golpeando una y otra vez la puntera contra en suelo.

De pronto, la voz grave de una mujer resonó en la jaima, pronunciando en alto el nombre de su madre. Y las dos dieron un respingo. Se miraron.

Pero Najmah no supo entender sus ojos.

Y antes de poder preguntarle, desapareció en la penumbra de aquel extraño lugar, dejándola sola.

Próximas a Najmah había dos muchachas de la misma edad que ella, o quizá eran algo mayores, no estaba del todo segura, pero lo que estaba claro era que no las conocía y eso la extrañó porque pensaba que conocía a todas las muchachas del poblado. Parecían hermanas. Estaban sentadas con las piernas cruzadas, como ella, y sus caras reflejaban una angustia sin límites. Bajo la *melhfa* se intuía que tenían las manos entrelazadas, ¿estarían rezando? ¿Por qué estaban tan asustadas?, se preguntaba Najmah.

No entendía bien qué habían ido a hacer allí, ni de quién era aquella jaima en la que se encontraban, pero los últimos meses habían sido una locura tal que ya nada parecía sorprenderla.

Aunque se equivocaba.

Todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

En cuanto tuvo la ocasión, Najmah les preguntó a aquellas dos chicas en un susurro, para que no la escuchase su madre:

—¿Sabéis qué lugar es este? —dijo.

Y ellas la miraron sorprendidas.

—Es la jaima de la anciana curandera Raisa. ¿No habías venido nunca por aquí?, es una mujer muy conocida en el desierto, entre nuestra gente. Dicen de ella que puede hacer milagros con solo tocarte —respondió una de las muchachas, la que parecía algo mayor.

—¿Y vosotras vivís en Smara?, no me suenan vuestras caras, creo que nunca nos habíamos encontrado antes —preguntó Najmah.

—No, venimos de muy lejos. Estamos pasando unos días en la casa de nuestros primos, y teníamos pendiente una visita a la anciana Raisa —respondió la más joven, sin añadir nada más. Y de pronto, en su rostro se dibujó una gran pena, y un silencio de dunas y desierto al atardecer.

—¿Sois hermanas?, ¿os parecéis mucho? —siguió preguntando Najmah, por hacer algo, para ahuyentar su gran inquietud.

—¡Sí! —afirmaron sin añadir nada más.

¿Por qué se habían callado de repente? ¿Por qué su silencio sonaba tan fuerte?, ¿era miedo? ¿A qué estaban esperando aquellas muchachas realmente?, ¿y ella?

Najmah tenía ganas de llorar, se sentía sola, desubicada y miraba hacia todos los lados intentando descubrir el verdadero motivo por el que su madre la había llevado hasta aquel siniestro lugar. ¿Quizá querían prepararla para el día de su boda?, ¡sí!, pensó. Eso debía de ser.

Y en aquel mismo instante, la muchacha que parecía algo mayor fue requerida por aquella voz tan grave:

—¡Jasmine!, ¡ya puedes venir! —se escuchó.

Y la muchacha temblorosa desapareció en la habitación contigua, siguiendo los pasos que previamente había tomado su madre.

Entonces llegó el susurro. Fue leve, casi mínimo. Fue doloroso:

—Ablación.

Y a Najmah se le cortó la respiración y comenzaron a sudarle las manos.

—¿Ablación? —repitió en alto confirmando.

Y la muchacha se llevó el dedo índice a los labios y asintió en callada.

Silencio. Y una corriente fría. Las dos temblaban.

Lo había escuchado bien, no era una equivocación y comenzó a preocuparse de verdad.

No sabía exactamente en qué consistía aquella intervención, porque nadie se lo había explicado, pero lo que sí sabía, y con certeza, era que no era algo bueno, sino más bien doloroso; algunas

niñas del poblado hablaban de ello, inventaban historias o conocían algún caso ya lejano. Tan solo eran historias, algunas algo macabras, que ella había escuchado de pasada y a las que nunca había prestado especial atención. Decían que había chiquillas que se morían después, y otras que nunca se habían recuperado.

¿Recuperado?, ¿de qué?

Y de pronto recordó aquellas palabras que su padre había pronunciado meses atrás:

«Serás sometida a una intervención».

¿Era eso?, ¡por eso estaban ahí!

Najmah se retorcía las manos, nerviosa.

No paraba de darle vueltas a lo que estaba sucediendo detrás de la cortina. Pero le tranquilizaba saber que su madre estaba allí, con ella, ¿acaso tenía motivos para desconfiar?, ¡su madre la quería!, ¡su madre la protegería!, ¿por qué tardaba tanto?, ¿qué hacía?

Su madre le había prometido que le explicaría, cuando llegase el momento, en que consistiría aquello de la «intervención», pero ya estaban allí, y aquella muchacha le había hablado de ablación, y ella temblaba de miedo al pensar que…

Tan solo unos segundos después, su madre apareció entre las sombras de la jaima. Su presencia, de pronto, sobresaltó a Najmah. Detrás de ella, acompañándola, había una mujer con una mirada glacial, un cuerpo robusto, encorvado, envejecido y unas manos de hierro, que parecían garfios y agarraron a Najmah fuertemente del brazo levantándola del suelo.

—¡Así que tú eres Najmah!, —asintió al verla—, ¡te has convertido en toda una mujer! Yo te traje a este mundo, ¿lo sabías? Esa noche sucedieron cosas muy extrañas en el cielo. Tu nacimiento fue una premonición. Bien, muchacha, basta de conversación, ¡ha llegado tu turno!, ¡entra! —le dijo, y acompañó sus palabras con un leve empujón hacia la habitación contigua a la entrada.

La estancia estaba muy oscura. Y el perfume que emanaba era extraño, nauseabundo, intenso, carnal, una mezcla de inciensos y productos de limpieza, de sangre y ungüentos con aroma a hierbabuena.

Najmah pudo percibir el peligro antes de sentirlo. Aquella mujer, la anciana Raisa, volvió a sujetarla por el brazo y la condujo hasta una camilla que había colocada justo en el centro de la habitación. No le hacía daño, pero le apretaba demasiado y le clavaba las uñas. Su mano estaba tan fría.

Y Najmah tiritó.

La anciana Raisa le miró a los ojos.

—¡Tranquila, Najmah! —le dijo y después añadió mirando muy seria a su madre—. Antes de hacerle nada, tengo que reconocerla y

avisaros de que estas prácticas han dejado de ser comunes en nuestros campamentos. Si lo hacemos, será bajo vuestra responsabilidad. Entiendo que este caso es algo excepcional, y lo acepto, como me sucede con otras muchachas que vienen de lejos, pero no quisiera problemas. Hay riesgos, ¿lo sabes, verdad? —le preguntó directamente a su madre.

—Sí, conozco los riesgos, ¿o acaso no lo recuerda? Antes no ponía tantas pegas, Raisa —le recriminó su madre.

—Antes, no vivíamos aquí. Nuestras leyes eran otras. Eran las leyes del desierto. Además estamos hablando de Najmah, de la luz, ella es muy importante para la ciudad de Smara, para nuestra hammada. Najmah es un símbolo para nuestro pueblo, una señal.

Su madre asintió, pero ya no añadió nada más. Y Raisa la tumbó en la camilla.

Entonces Najmah sintió de pronto un pánico enorme, y un impulso. Dio un fuerte tirón, y saltó de la camilla poniéndose en pie.

Su madre la miró con desaprobación.

La anciana, sin embargo, con interés.

Entonces Najmah las encaró, a las dos, y aunque por dentro estaba muerta de miedo, no dudó; no sabía con certeza a qué se enfrentaba, pero el aspecto de aquella mujer le dolía de antemano, era fuerte, desabrido y fiero.

Era una superviviente aquella anciana.

Una superviviente en un mundo hostil; un mundo que había ido cambiando; un mundo que seguía perteneciéndoles a ellos, a los hombres y a su palabra dada. ¿Por qué ellos decidían sobre nuestras vidas?, ¿sobre nuestros cuerpos?

Había riesgos, eso había dicho Raisa. Había riesgo y seguro dolor. ¿Cómo una mujer que la había visto nacer, que había ayudado a su madre en su alumbramiento iba a hacerle daño?, ¿qué sentido tenía?, ¿y su madre?, ¿cómo era posible que su madre, la mujer a la que más amaba en el mundo, lo permitiera?

Entonces Najmah notó que algo crecía en su interior, y era como una corriente de ira fría; apretó los dientes con rabia y les gritó enfrentándolas:

—¡A mí no vais a tocarme!

Y sus palabras sonaron tan firmes, sonaron tan altas y claras, que las dos mujeres se miraron, retrocedieron, dudaron. Ninguna de las dos mujeres podía creerse lo que estaba sucediendo.

Nadie, en todos aquellos años de vida ejerciendo de curandera, se había enfrentado a la anciana Raisa de aquel modo. Y en la mirada de su madre, al principio hubo sorpresa, y justo después enfado. Sin embargo, en la mirada de la anciana solo encontró

admiración.

Estaba claro que aquella muchacha, que todavía era una niña, no sería nada dócil. Y con el tiempo, pensaron las dos mujeres al mismo tiempo y sin decirlo en alto, se convertiría en una mujer con un coraje muy especial.

Najmah tampoco sabía de dónde había brotado su seguridad, ni el arrojo para enfrentarse con aquella mujer cubierta de velos, pero continuó, y esta vez fue a su madre a la que, gritándole, le dijo:

—No sé qué es una ablación, madre, no te has molestado ni en explicármelo, pero te puedo asegurar que a mí no me la va a hacer nadie, ni hoy ni nunca. —Y lo dijo levantándoles el puño cerrado, tenso, violento, en señal de amenaza, como si fuese un aviso.

Y escapó de allí corriendo, con toda la velocidad que la *melhfa* le permitió. No pudieron detenerla.

En su huida Najmah corría sin rumbo fijo por las calles polvorientas de la ciudad de Smara. Buscaba un lugar seguro para refugiarse. Pero, en aquel abandonado desierto, ¿acaso existía?

Su corazón le pedía a gritos acudir junto a Brahim, abrazarle, pero no quería poner en peligro a su querido amigo, así que sus largas zancadas la llevaron hasta el hogar de su maestra.

Cuando alcanzó la puerta de su jaima, el cielo ya estaba oscureciendo y los contornos de las dunas habían comenzado a desdibujarse en la nada.

Daishan recibió asustada a Najmah:

—¡Najmah!, pero ¿qué te sucede?, ¿ha pasado algo?

Pero la niña no acertaba a unir palabras, balbuceaba y sollozaba negando con la cabeza.

Entonces Daishan la abrazó con fuerza y la acogió sin preguntarle nada más. La condujo de la mano, la instaló en una habitación adyacente al ingreso y le pidió tranquilidad, calma.

Pero Najmah no la escuchaba, no podía.

Su desconsuelo no tenía tregua.

Entonces Daishan prudente, la dejó desahogarse. Y mientras Najmah se iba sosegando poco a poco, recostada entre varios almohadones que había repartidos por el suelo de la estancia, Daishan preparó un té muy azucarado.

Lo hizo sin perderla de vista, tarareando una canción que su madre le cantaba de niña cuando estaba triste.

Y cuando el silencio llegó, le habló, con dulzura, con esa serenidad que solo las maestras son capaces de dominar después de años de experiencia con los niños, hasta que consiguió apaciguarla del todo.

—¡Mi querida Najmah!, ¿qué ha pasado?, ¿cuál es la razón de ese llanto tan amargo?

Najmah nunca había estado en el interior de la jaima de su maestra. Sus encuentros siempre se habían producido entre las dunas. Pero le gustaba estar allí. Le gustaba conocer más a fondo a su maestra.

Su hogar era acogedor, aunque mucho más pequeño que el de Najmah, y sin duda lo que más le había sorprendido era el aroma.

¿A qué olía aquella jaima?

Era una fragancia inesperada, desconocida, muy atrayente. Se fijó que por el suelo había repartidas vasijas llenas de un grano negro y duro y unas barritas alargadas marrones. Las cogió y se las llevó a la nariz.

Los bastones, sin duda, eran canela en rama, los reconoció al instante, alguna vez había visto a su madre usarlos, aunque en la hammada no se encontraban fácilmente, pero las bolitas negras, ¿qué eran?

Desprendían un aroma extraordinario.

—Es café —escuchó decir a Daishan—, esas bolitas pequeñas y negras que ves. Café. Me lo trae Raquel siempre que viene. En una ocasión estuve en su tienda y tenía un cuenco repleto de ellas. Su aroma me enamoró. Cuando le pregunté por ellas, se sorprendió tanto de que no las conociera, que me las regaló al instante. Tienen un aroma peculiar, ¿verdad?

Najmah asintió.

—Desde entonces, cada vez que vuelve con los campamentos de ayuda internacional, me trae un saquito mezclado con ambos aromas, y yo los guardó como si fueran un tesoro —concluyó sonriente—. ¿Sabes?, esas bolitas negras de café, si se muelen bien, después puedes hacer con ellas una bebida muy rica. Raquel me la hizo un día. Era intensa y muy fuerte, pero aguada, me gustó.

—Café —recordó Najmah en voz alta.

—¡Eso es, café! —le guiñó un ojo Daishan—. ¡Bien!, ¡el té ya casi está listo!

Pero Najmah no tenía ganas de beber ningún té.

Y continuó escrutando la jaima, interesada en la vida de su maestra. ¡La quería tanto!, ¡la conocía tan poco!

Sentía curiosidad por Daishan, por su forma de vida, tan diferente al resto de las mujeres de la hammada.

Las telas que recubrían las paredes y los pocos objetos que la decoraban le conferían un aspecto familiar. Le gustó, era mejor que estar en casa.

El ruido que hacía mientras vertía el té parecía el ritmo de una canción ya aprendida.

Entonces Najmah pensó en su madre, y las lágrimas siguieron deslizándose suavemente por sus mejillas. Su madre. ¿Estaría

preocupada?, ¿enfadada?, ¿avergonzada?

La afrenta que acababa de hacerle sentir sería difícil de olvidar. Para un saharaui el respeto hacia sus padres era el pilar básico de la educación, el pilar sobre el que se apoyaban todos los principios. Su ritmo. Su vida.

Y sintió mucha pena. Y esa pena siguió cayendo monótona, mojándola, como una lluvia fina, incesante, salada, un lamento que le entonaba la boca, que le alimentaba, que caía en su alma y le llegaba muy adentro.

Daishan le ofreció una pequeña y caliente taza de té.

Najmah la cogió y le reconfortó el primer sorbo caliente. Después, la apoyó en el suelo y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué te ha sucedido, Najmah? —le preguntó entonces Daishan.

—¡Oh, Daishan!, hoy, mamá me ha llevado hasta la lejana jaima de Raisa. ¿La conoces?

—¡Claro, pequeña!, ¡quién no conoce a la anciana Raisa! —le respondió—. Fue ella quien te trajo al mundo. ¿No lo sabías?

—Me lo dijo ella. Pero yo nunca la había visto, o al menos no la recordaba.

—¿Y qué ha ocurrido?

—En su jaima había dos muchachas, hermanas, algo mayores que yo esperando en la entrada, sentadas. Se parecían mucho. Al mirarlas sentí que tenían miedo y me lo contagiaron a mí enseguida. Yo nunca las había visto, no eran de la hammada, y al preguntarles me dijeron que estaban de visita en casa de unos primos. Como no sabía a qué habíamos ido a aquel lugar, les pregunté y una de ellas me susurro una palabra que me hizo temblar de miedo.

—¿Y qué palabra dijo? —preguntó Daishan interesada en la historia de Najmah.

—Ablación.

Los ojos de Daishan se abrieron como platos por la sorpresa y se cubrió boca con la mano ahogando un pequeño grito.

—¡No puede ser! —dijo.

—No sé si iba a ser o no, Daishan, no sé si solo querían mirarme, y hacerlo otro día, pero la idea de estar allí, con aquella anciana de manos gélidas, de no saber a qué me enfrentaba, me hizo tiritar como una hoja al viento. Y bueno, el caso es que, tenía tantas dudas, tanta desconfianza, que me volví loca. Y me enfrenté a la anciana Raisa, y a mi madre, y les dije que no me pondrían ni un solo dedo encima, ni ahora, ni nunca. Y escapé de allí corriendo. No sabía a dónde ir, Daishan. Solo te tengo a ti. Solo confío en ti. Pero

ahora siento que quizá te estoy poniendo en peligro, y no quiero comprometerte, Daishan. En realidad, no puedes ayudarme. Ellos harán lo que quieran conmigo porque no tengo adonde ir.

—¡Has hecho bien en venir, Najmah! —le dijo Daishan—. Intentaré hablar con tu madre, hacerla entrar en razón.

—¡No es culpa suya!, ¡ni tampoco de papá! Escuché que se lo había pedido el viejo Abraham. ¡Oh, por favor, Daishan, aconséjame!, ¿qué podría hacer? —le imploró llorando Najmah.

—¡Pequeña Najmah!, ¡no sufras más!, algo se nos ocurrirá.

Daishan le recostó en su lecho con dulzura y le tapó con una colcha muy fina.

—Debes descansar, Najmah, y sobre todo tranquilizarte. Estás viviendo demasiadas emociones para ser tan pequeña. Y todavía no estás preparada.

—Pero ese es justo el problema, Daishan —dijo cabizbaja Najmah—, que ellos ya no me ven como a una niña.

Daishan se puso en pie y entonces Najmah le agarró del vestido.

—¡No te vayas!, ¡no te vayas!, por favor, quédate conmigo, Daishan. Aquí, a mi lado. ¡Tengo tanto miedo!

Daishan asintió y permaneció a su lado, en silencio, hasta que en su mirada lavada dejaron de danzar las lágrimas. Solo entonces comenzó a hablarle.

—Querida Najmah, la vida de las mujeres en el desierto es muy dura, supongo que ya te habrás comenzado a dar cuenta por ti misma, —le dijo acariciándole la mejilla.

—Daishan, ¿tú sabes qué es la ablación?

—Mi querida niña, ¡claro que lo sé!

—¿Y por qué no me lo cuentas?

—Verás, no es fácil hablar de ello. La ablación consiste en una mutilación.

—¿Una mutilación?, ¿qué es eso?, nunca había escuchado esa palabra.

—Bueno, es como cortar algo. En este caso una parte del cuerpo de la mujer.

—¿Cuál?

Daishan tragó saliva.

—El genital.

Najmah ahogó un gritó de terror.

—Es una práctica muy dañina y si quieres mi opinión no tiene ningún sentido, pero la opinión de una mujer en este desierto árido y patriarcal, manejado por hombres, vale poco, vale menos que nada. Déjame que te cuente una historia. Yo tenía más o menos tu edad cuando perdí a mis padres; aquello supuso para mí un gran trauma, un duro golpe que mi querida Latifah, mi mejor amiga y

compañera desde la infancia me ayudó a superar. Al poco tiempo de morir mis padres, me trasladé a vivir con ellos. La familia de Latifah se convirtió en la mía. Me querían y yo aprendí a quererlos y respetarlos. Me acogieron como una hija más, y para mí aquello fue muy especial. Sin embargo, todo se torció cuando un día Latifah fue sometida a la ablación. Habían pactado su matrimonio, como te sucede a ti ahora, y de la misma manera el futuro marido exigió a los padres aquella intervención. En aquella época era una práctica muy común. Sus motivos fueron escuchados y respetados por los padres de Latifah; quería mantener a Latifah virgen hasta el matrimonio, que no fuera una mujer promiscua. Querían que le desapareciera su deseo sexual. Como ves, algo absurdo, nosotras solo éramos dos chiquillas. Sus padres aceptaron, aunque debo decir en su favor, que al menos la madre dudó hasta el final; pero como bien sabes, el peso del hombre siempre ha prevalecido en la ley del desierto, y más su palabra. Y así, con aquella imposición, marcaron a la pobre Latifah. Me pidió que la acompañase y fuimos a ver a la anciana Raisa, que por aquel entonces, puedo asegurarte que no era tan vieja como la has visto tú hoy. No es culpa de Raisa, Najmah, alguien tiene que hacerlo. Y ella es buena en lo que hace, la mejor en muchos kilómetros a la redonda. Aunque a veces las cosas se complican. Y los sabios también se equivocan. Los sabios son humanos.

»La ablación es una tradición muy arraigada en África, es un pacto silenciado, casi un grito. Se practica cada día, en algunos lugares más que en otros, a escondidas. Es un rito tan real como la tierra ardiente del desierto, pero del que no se habla abiertamente. Un tabú más, de los muchos que ha guardado celosamente nuestra gente. Y de hecho aquí, en nuestros campamentos, yo pensaba que ya no se practicaba. Quizá esté equivocada. La verdad es que todo esto es muy extraño y confuso para mí.

—¿Y se puede morir?, a veces he escuchado contar... —quiso saber más Najmah.

—Algunas veces sí, los sabios dicen que es porque son frágiles. Y en el desierto no se puede ser frágil. Morir es una forma natural de seleccionar a los más fuertes.

Najmah se estremeció.

—Pero volvamos a la historia. Latifah y yo íbamos de la mano dándonos ánimos cuando nos adentramos en la jaima de Raisa.

»Allí, todo estaba muy oscuro, poco ventilado, cubierto de telas. El aroma que recuerdo de aquel lugar, al que nunca he vuelto a ir, era nauseabundo».

—A mí también me lo ha parecido hoy —añadió Najmah, interrumpiéndola de nuevo.

Daishan asintió y continuó:

—En una bandeja vimos un barreño con agua y una bandeja con unas cuchillas de afeitar. El agua estaba rosada. No sabíamos bien a qué nos enfrentábamos, pero cuando la sentaron en aquella silla, Latifah me apretó fuerte la mano. Yo quise infundirle valor, darle fuerza, pero me temblaban tanto las piernas que no podía ni hablar, ni moverme. Dolía mirarla. Entonces Raisa le abrió las piernas con cuidado y cogió entre sus dedos una de aquellas sucias cuchillas que habíamos visto sobre la bandeja. Y yo lancé un grito de terror. Un minuto después me sacaron de la estancia a empujones dos mujeres. Sin contemplaciones. Pese a los ruegos y súplicas de mi querida amiga Latifah no me dejaron volver a su lado. Al final, se enfrentó a todo aquello completamente sola.

»Latifah fue muy valiente. Fue todo lo que yo no fui.

»Yo tuve que conformarme con oírla gritar desde fuera y sentí mucho vértigo. Aún lo siento todavía. A veces, en mis noches de insomnio pienso en ella, en el aullido desgarrador que escuché, en la ira que yo sentía por dentro, por haberla dejado sola.

»Me he sentido culpable todos los días de mi vida. Y lo seguiré haciendo. No pude ayudarla, fui una cobarde.

—Quizá fuese mejor así. No hubiese servido de nada verlo.

—Puede ser, Najmah. Pero cuando entré y vi aquella escena, tuve que apartar la mirada de nuevo. Sus piernas estaban cubiertas por telas ensangrentadas. Y vomité sin poder reprimirme en medio de aquella estancia, con un dolor tan agudo que me traspasó el estómago. No entendía lo que le habían hecho a mi querida amiga.

—¿Y qué pasó después?, —preguntó Najamh.

—Que Latifah no se casó nunca.

—¿Nunca?

—Nunca. Murió una semana después por las hemorragias. No fueron capaces de controlarlas.

—¡Pobre Latifah!

—Sí, pobre. Ese día, el día que murió, cuando cerró los ojos, débil como una flor marchita, yo me hice una promesa.

—¿Y cuál fue?

—Que jamás, nunca, me dejaría someter a tal monstruosidad. ¿Sabes, Najmah?, la ablación no es algo que suceda solo en África, por desgracia, afecta a millones de mujeres y niñas menores de catorce años en un total de veintiocho países en el mundo.

—¿Y cómo sabes eso?

—Me lo contó Raquel, un día que hablábamos sobre el tema. Y me dejo leer un informe muy interesante. Fíjate, incluso me dijo que hay un día internacional que lo denuncia, se llama el día de la «Tolerancia Cero con la Mutilación Infantil». Estos ritos son

ancestrales como el desierto, Najmah. Se hacen al amparo de las tradiciones. Si la mujer acepta la ablación es porque no le queda otro remedio, sino lo hiciese correría el riesgo de ser marginada o excluida de la sociedad a la que pertenece.

Lo que le ocurrió a Latifah no fue un hecho aislado. Las niñas que sobreviven a esta intervención arrastran secuelas toda la vida.

—Pero, si es algo tan malo y se sabe, ¿por qué siguen haciéndonoslo? ¿Y por qué nosotras lo consentimos?

—La anciana Raisa te daría una respuesta convincente a eso que me preguntas. Pero supongo que sigue existiendo, como tantas otras cosas en África, por dominación. Mientras lo amparen los padres, los maridos lo exijan, y la mujer acepte y calle, no se acabará nunca. Pero son ellos los verdaderos culpables de que ocurra. Palabra, honor, posesión, sumisión. Los grandes preceptos del desierto, preceptos que no sirven para nada, porque en ninguno de ellos hay un verdadero amor.

—¿Y por qué no se prohíbe? —preguntó Najmah.

—La ablación ya está prohibida, querida Najmah, por leyes y decretos internacionales. Hace muchos años que está prohibida. Pero aun así, ¡fíjate!, se hace.

—¿Crees Daishan que he hecho bien?, ¡tengo tanto miedo!

—Mi pequeña contadora de historias, luz del desierto, quiero que sepas que aplaudo tu atrevimiento. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—Sí, pero vendrán a buscarme. Y entonces, ¿qué ocurrirá?, ¿qué me ocurrirá?, ¿y a ti?

—Que tendremos problemas, eso sin dudarlo. No se puede desobedecer las leyes del desierto y quedar impune.

—¡Oh, no, no he debido venir hasta aquí, te he puesto en peligro, Daishan!

—Lo sé, pero ha merecido la pena, ¿no crees? —le dijo Daishan guiñándole un ojo.

Y Najmah le abrazó con todas sus fuerzas.

Aún estaban conversando, Daishan y Najmah, cuando apareció, de pronto, en la puerta de la jaima su madre con el rostro desencajado.

Y saltándose todas las reglas de educación y protocolo propias de la tierra, entró bruscamente buscando a Najmah.

—¡Najmah!, ¿está aquí?

—Sí, mamá. Aquí estoy —dijo Najham con la voz tranquila y segura—. Y no me iré contigo hasta que me prometas una cosa.

—Pero ¿qué estás diciendo?, ¡sal ahora mismo!, ¡tu padre está como loco buscándote por toda la hammada! Ha ido a casa de Brahim, y su madre le ha dicho que igual te encontrabas aquí. ¡Oh, Najmah!, mira que eres insensata. ¿Te das cuenta de lo que has

hecho? Ahora se va a enterar de todo. Nos has puesto en riesgo, ¿no te das cuenta?, ¡sal, por favor!, que no te vea aquí.

—¡Pero, mamá!

—¡Sal!

—¡Prométeme entonces que harás lo posible para ayudarme! Mamá, por favor, acepto mi destino, seré la mujer de un hombre mayor, me casaré sin amor, obedeceré vuestros pactos al amparo de las luces estrelladas, pero no me pidas que me ponga en manos de esa mujer solo para satisfacer el ego de un hombre que desea someterme. No pongas en riesgo mi vida. No me causes dolor, no puedo entender que me quieras y al mismo tiempo te importe tan poco que sufra.

—Pero ¿acaso sabías lo que íbamos a hacer? Ni siquiera me has dejado explicártelo. Había hablado con Raisa, pensábamos intervenir sin dañar ningún tejido, solo para hacer ver, para no comprometer la palabra dada por tu padre, para obedecer la exigencia de tu futuro esposo y así dejarle tranquilo —explotó su madre.

—Lo siento mamá, pero te equivocas una vez más. No voy a hacer ver ni a satisfacer las exigencias de nadie. Mi cuerpo es mío, solo mío, ¿te enteras? —gritó—, y si no lo aceptas, iré a pedir ayuda al campamento internacional, ¿sabías que es una práctica prohibida por ley? —la amenazó Najmah, con tono firme, mucho más del que realmente sentían sus piernas tambaleantes.

La noche había caído sobre la ciudad de Smara y la jaima de Daishan había oscurecido de pronto.

Sin embargo, las mujeres se medían en tinieblas, y madre e hija se miraban con tal intensidad que arañaba. Se estaban retando.

Daishan estaba sobrecogida por la escena.

Pasaron unos minutos, eternos minutos y al final fue la madre de Najmah quién rompió el sigilo y solo dijo:

—Debes volver a casa, Najmah. Tu padre te está buscando, está como loco, y no creo que tarde en encontrarte —dijo arrastrando mucho sus palabras, como si le pesaran—. Yo siempre haría lo posible, lo que fuera por ti, hija mía, por ti y por el resto de tus hermanos, pero no es algo tan sencillo como tú lo ves. No, no lo es, y no puedo prometerte nada. Nunca he deseado este infierno, ni este ni ningún otro para ti, créeme. Yo no busqué aquel matrimonio concertado, simplemente sucedió al albor de tu alumbramiento. Mi querida Najmah, ahora lo ves todo muy negro, porque eres joven y tenías otros sueños, pero el negro, con el tiempo, se convertirá en gris, y el gris pasará al beige, puede que incluso al blanco. No sufras antes de lo debido.

»Yo, de niña, también sufrí la ablación, de hecho la sufríamos la

mayoría de las niñas del poblado. Todavía hoy siento sus secuelas. Por eso no quería dañarte. Había hablado con Raisa, y estábamos de acuerdo. Pronunció aquellas palabras para asustarte, esa era la idea, hacerte creer que todo había sido de verdad.

»Cuanto menos supieras, menor riesgo correrías.

»Estabas en buenas manos, Raisa es la mejor curandera de la zona. Viene gente desde muy lejos solo para verla. Tiene remedios para todo. Es una mujer sabia. Y ya que estamos de confesiones, te diré que mi matrimonio también fue pactado. La verdad es que nunca he hablado de ello, ni se lo he contado a nadie, fue algo tan triste, que me ha avergonzado toda la vida —y miró a Daishan al decirlo—. Bueno, ahora ya no importa demasiado».

—¡Sí que importa, mamá!, ¡a mí me importa! —dijo Najmah llorando.

Su madre le acarició el rostro. Y después la abrazó con fuerza.

—¡Puede ser, Najmah!, pero te lo contaré otro día, hoy estoy muy cansada. Demasiadas emociones para un solo día.

—Ese otro día no llegará, mamá. Y tú lo sabes, ¡es ahora!, ¡ahora o nunca! — la animó Najamh a seguir.

—Has de saber que, como te sucede a ti, también otros decidieron por mí hace ya mucho tiempo. Pero, Najmah, al final no fue tan grave. Tú padre resultó ser un buen hombre, justo, y hoy tenemos una bonita familia. ¿No lo crees así?

—Sí, mamá. Pero tú temes a papá, lo leo en tus ojos cada vez que entra. Te conviertes en una sombra en su presencia. Y yo siempre me he preguntado si realmente lo quieres. ¿Le quieres, mamá?

—Bueno, yo, ¿quién soy yo para querer o no querer?, ¿acaso le importa a alguien lo que yo piense o quiera?, ¿lo que yo sienta o crea?, ¿alguien querría escucharme? No. Me eligieron como a una mercancía. Aquellos soldados que luchaban en el frente necesitaban una mujer, una familia, algo de paz. Eran combatientes, peleaban por todos nosotros, por el pueblo, por recuperar nuestra tierra, nuestra patria. No tenían tiempo para juegos, tampoco para enamorar a ninguna mujer. Nos dijeron que era un honor desposarles. Y yo lo creí, tenía que serlo. ¿Tenía otra opción? Nunca me planteé si debía amarlo, Najmah, como tú haces ahora. Simplemente lo acepté y eso fue suficiente. Con el tiempo llegaron los hijos, vosotros y teneros junto a mí me hizo una mujer dichosa. Tu padre ha sido un hombre razonable, cordial, humano, amable. Lo es todavía. Nos ha cuidado. ¿Se puede pedir algo más a la vida?

—¡Claro que se puede, mamá!

—Te equivocas, Najmah, y vuelves a hacerlo. Nuestro pueblo no le importa a nadie ahí fuera. Este desierto perdido, seco y ardiente,

al que solo vienen los de fuera en misión humanitaria, está olvidado. Por eso, nos burlamos de las leyes internacionales cada día.

»Nuestro pueblo es una sombra en medio de este gran desierto, un problema enquistado y difícil de solucionar, porque ninguno sabe mirar en la dirección correcta.

»Quizá si fuésemos un pueblo libre… Pero nosotras, las mujeres, no tenemos voz, no decidimos. No, al menos, de momento. Por eso, y para sobrevivir, hay que estar cobijadas en la seguridad de una jaima, bajo la sombra de un hombre. ¿Es que todavía no te has dado cuenta?».

—¡Pero podemos hacer que las cosas cambien! —dijo, con vehemencia Daishan, interrumpiendo la conversación de madre e hija—. ¡Unidas, tendrían que escucharnos!

La madre de Najmah la miró por primera vez y dijo con tristeza:

—Utopías, Daishan, ¡cuánta fantasía arrastran tus palabras! Quizá eso te sirva para enseñar, pero ahí fuera está la vida real. El polvo, las lágrimas de este desierto intratable.

»¡Vámonos, Najmah! —dijo mirando a su hija—, no te busques más problemas de los que ya tienes, ¡vuelve a casa conmigo! La vida de Daishan ya es bastante difícil para que tú la consumas más.

»Te agradezco todo tu apoyo, Daishan —y le posó una mano sobre su hombro con cariño—. Le has enseñado muy bien. Y has conseguido lo más importante».

—¿Qué?, ¿pero si no he logrado nada? —desesperaba Daishan.

—Te equivocas, Daishan. Has logrado que fuese libre, que soñase.

Daishan lloraba.

—Pero ya no puedes hacer nada más por ella. Y tú lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Bien, ¡es hora de irnos!

Los pesados pies de su madre se arrastraron hasta la entrada, y Najmah la siguió temblando, entre gruesas lágrimas que rodaban por su cara.

Esa fue la última vez que vio a Daishan.

Ni siquiera pudo despedirse de ella.

Daishan desapareció sin dejar rastro. Y nadie supo con certeza qué le había ocurrido. Y si alguien lo supo, lo silenció.

En su jaima, que pronto fue ocupada por otro maestro, solo quedaron las vasijas de barro repletas de café y canela repartidas por el suelo.

Ni rastro de los libros que Najmah había leído, ni rastro del calor o del aroma que había enamorado a Najmah.

Najmah preguntó por ella a los niños de la escuela y a sus

hermanos, pero todos se encogieron de hombros y se conformaron con el nuevo maestro. Era un muchacho joven y serio. Un muchacho que nada tenía que ver con su querida maestra. Su mirada no tenía alma.

Y Daishan, simplemente, cayó en el olvido en la hammada. Aunque no para Najmah.

Preocupada por ella, comenzó a indagar.

Daishan había guardado sus cuadernos, los tenía escondidos en su jaima, pero allí ya no quedaba nada. ¿Qué habría sido de ellos?, ¿se los habría llevado con ella?, pero ¿dónde estaba? Y sobre todo, ¿cómo era posible que no se hubiese despedido de ella?

Algo le ocurría, lo sabía, lo presentía.

Y armándose de valor, un día es escabulló de la jaima y se acercó a ver a Brahim.

Necesitaba ayuda y solo podía contar con él.

—¡Najmah! —exclamó sorprendido al verla en la puerta de su jaima—. ¡Salam!, ¡qué alegría volver a verte, querida Najmah!

—¡La paz sea contigo, querido Brahim!, para mí también es una alegría.

Y se cogieron de las manos.

—¿Ya te permiten salir?, ¿verme? —le preguntó con un tono esperanzado.

—No, Brahim. ¡Ojalá!, pero en mi casa todo sigue igual, o peor.

—Entiendo —añadió entristecido.

—Tengo poco tiempo, Brahim, me he escapado solo un momento, necesito pedirte ayuda.

—¿Qué sucede?, ¿cómo puedo ayudarte?, ¡dime!

—¿Sabes algo de Daishan?, ¡ha desaparecido!, y estoy muy preocupada por ella. Además era ella quién guardaba los cuadernos que escribíamos y ahora temo que hayan desaparecido, que los hayan destruido.

—Vino a verme.

—¿Cuándo?

—Antes de marcharse. Y me trajo esto.

Y Brahim señaló con el dedo índice una mesa. Encima de ella estaban los cuadernos.

—¡Menos mal que están a salvo!

—Sí y te alegrará saber que estoy trabajando en ellos.

—Me encantaría verlos algún día.

—Te los enseñaré, aunque aún queda mucho por hacer, por ilustrar, por escribir.

—No creo que yo pueda volver a escribir. Tendrás que hacerlo tú por mí —dijo Najmah entristecida.

—No sería lo mismo.

—¿Y si vino a despedirse de ti, por qué no se acercó a verme a mí también?

—En realidad no vino a despedirse, Najmah. Creo que tenía miedo. Me dijo que pensaba que algo podía ocurrirle y que, a lo mejor, desaparecía un tiempo. También me dijo que no podía permitir que nuestro trabajo se perdiera y por eso me imploró que lo conservara, que pintara, que escondiera nuestro secreto.

—¿Entonces no sabes dónde está?

—Me temo que no. A los tres días de su visita ya no vino a las dunas. Desapareció. Le pregunté a mi madre y me dijo que se rumoreaba por la hammada, que la habían trasladado a otro campamento, a otra escuela. Pero nadie lo sabe con certeza. Su jaima apareció vacía y de ella no quedó ni rastro, ni siquiera una nota.

Apesadumbrada, Najmah se quedó unos instantes pensando en Daishan. Podía ver su rostro, casi tocarlo, ¡la sentía tan cerca! De pronto saboreó aquel primer sorbo de té azucarado que le preparó en su jaima. La vio hablar, reír, intentar explicarle su mundo con aquellas frases sencillas.

Y fue, por unos instantes, recordando sus palabras, su calma, sus enseñanzas, como si la tuviera allí, a su lado. Había sido ella la causante de su marcha, ahora lo comprendía. Su imprudencia la había puesto en peligro y por eso la habían castigado. Pero el castigo había tomado más direcciones, Najmah era una de ellas. Y Brahim.

Brahim, su querido amigo.

Desolada, le sonrío con tristeza. ¿Por qué siempre lo estropeaba todo?

—Sin Daishan ya nada será lo mismo —le dijo antes de marcharse.

—Hace muchos meses que nada es lo mismo, Najmah.

Najmah asintió abatida en silencio.

Y entendió. Brahim tenía razón.

—¡*Selama*! ¡Adiós, Brahim!, ¿algún día me enseñarás en qué has convertido nuestro trabajo?

—Algún día, ¡*Im cha Alah*!, será tuyo, Najmah. Cuando llegue el momento, y esté terminado. Cuando el peligro haya pasado.

—No sé si ese momento llegará. En mis manos nada parece ir bien.

Y mientras Najmah se alejaba con el corazón empequeñecido de dolor, Brahim lloraba en las sombras. ¡Najmah, su querida Najmah!, ¿por qué debían de alejarle de la única persona que era capaz de aceptarle y amarle como era? ¿Volvería a verla algún día?

NADA ES IGUAL

A partir de aquel día, Najmah ya no fue la misma. Aunque hacía tiempo que no lo era.

Su madre no volvió a tocar el tema de la ablación, ni el del matrimonio, y su padre parecía haberse olvidado de su existencia.

Apenas se dirigían la palabra.

Y así, la luz de los ojos de Najmah que un día había brillado con pasión, se fue apagando poco a poco ocultando un profundo resentimiento por la pérdida de sus grandes ilusiones: la falta de poemas y lecturas, la renuncia a ser contadora de historias, sus paseos hasta el desierto al atardecer, la ausencia de la amistad de Brahim y la desaparición de Daishan.

Su infancia se quedó reducida a recuerdos.

Lejanos recuerdos. Los mejores recuerdos.

Y un día, sin avisar, Abraham Mulad, su futuro esposo, se presentó en su jaima.

Najmah se encontraba sola. Faltaban pocos días para la celebración de su decimotercer cumpleaños. También, jornadas contadas para su futura boda.

Al principio no le reconoció; hacía tiempo que no lo veía y los años habían dejado huella en él, tanto como iban dejando en Najmah. Su cuerpo había cambiado en las últimas semanas, se había entretenido creando formas. Suaves, redondeadas. Su belleza, pese a estar cubierta de velos, ya se intuía claramente.

Najmah, apenas sabía nada de aquel hombre sabio que pronto la desposaría, y en las pocas ocasiones que se habían encontrado, durante la infancia, siempre en la jaima, y en presencia de otros adultos y sus padres, solo habían intercambiado o cruzado alguna tímida mirada.

Aquel hombre la intimidaba.

Para Najmah, Abraham era un hombre importante, cuya presencia honraba la humilde jaima de su familia y por el que su padre profesaba una verdadera admiración. Sabía, por su padre, que había sido un hombre de armas y luchas incesantes en su juventud; que poseía el don de palabra. También que tenía varios hijos ya mayores y dos mujeres.

Najmah sería la tercera.

Las piernas de Najmah comenzaron a palpitar cuando atravesó la puerta de la jaima entrando en su oscuridad.

Abraham Mulad parecía acumular cientos de años bajo el *daraá* —túnica que empleaban los hombres saharauis—. Y la repulsión que sintió por él nada más verle fue inmensa; sus manos y la cara estaban ajadas, envejecidas y arrugadas por horas a la intemperie bajo el sol ardiente del Sáhara.

Tenía su mejilla izquierda cruzada por cicatrices pequeñas y una grande, bien marcada, profunda, cerca de su ojo derecho que le daba un aspecto triste.

Najmah quiso imaginarle luchando, quiso intuirle de joven, apuesto, fuerte. Pero no pudo. ¿Cómo iba a poder amar a un hombre que podía ser su abuelo?

Abraham le sonrió ajeno a sus pensamientos, casi orgulloso, y al hacerlo, en su boca ancha se hicieron evidentes todas las ausencias. Le faltaban varios dientes en los laterales. Y el resto estaban ya amarillentos.

A Najmah le subió una arcada hasta la garganta.

Entonces Abraham, se inclinó levemente con el cuerpo hacia delante, en señal de respeto, y dijo:

—¡*Salam*!

—¡*Salam*! —respondió Najmah, inclinándose también.

—¿Tus padres no están, querida Najmah? —preguntó cortés.

—Acaban de salir, justo en este momento, pero no tardarán en volver.

—¡De acuerdo!, —asintió el anciano Abraham conforme—. Bueno, no importa, en realidad he venido a verte a ti. Supongo que sabes quién soy, ¿verdad?

—Sí —respondió escuetamente Najmah.

—¡Bien!, entonces no hace falta que me presente. Si te parece esperaré a tus padres aquí. Así nos vamos conociendo un poco.

Najmah intuyó por su mirada que la situación le agradaba y se encogió. Tenía miedo.

Abraham la recorrió de arriba abajo con un gesto aprobatorio y un brillo carnal en la mirada. Y se acercó.

Najmah temblaba.

Cuando su aliento le rozó el oído, un aliento fétido, parecido al humo de mil cigarrillos rancios, a toda una vida de desierto, se estremeció.

—Eres muy joven todavía Najmah, e inocente, pero no me tengas miedo, Najmah. Yo cuidaré de ti, y tú lo harás de mí. Soy muy afortunado. He tenido una vida plena, colmada de hijos y amor, y ahora en la vejez agradezco a *Alah* cada día que aquellas luces brillaran en el cielo de la gran noche africana. Tú serás mi

guía, pequeña Najmah —le dijo cogiéndola suavemente por la barbilla.

Najmah se agitó ante su mínimo contacto, pero estaba paralizada, hipnotizada ante él, ante la visión espectral del que sería su esposo en tan solo unos días.

Su juventud, su niñez todavía, estaba poblada de historias fantásticas y de leyendas de princesas, pero todo eso quedaría marchito, sepultado bajo el peso de Abraham.

¿Cómo podía imaginarse siendo amada por un hombre así?, ¿y besada? Aquella boca ya había malgastado todos sus besos en otros labios.

¿Llegaría a amarle alguna vez?

¡No, no era posible que el futuro no se conmoviese ante ella! ¿Dónde estaba ahora su Venus?, ¿su guía?, ¿por qué había dejado de iluminarla en aquellos días tan cenicientos?, ¿por qué ya no se sentía especial?

Abraham percibió su mirada oscura, sus dudas, sus cientos de preguntas, quizá el desdén que escupía desde su altiva juventud y, con cierta aspereza, de pronto, le cogió un seno entre la ropa y apretó.

—Bien, me reconforta saber que ya eres casi una mujer —dijo con ironía pellizcándola. Y después su mano bajó y se paseó por su vientre.

—Tú me darás un hijo varón, Najmah, y será el último de mi descendencia, mi favorito.

Y asintió despacio mientras Najmah se encogía ligeramente e intentaba protegerse el cuerpo cruzando los brazos delante del pecho.

—Eres vergonzosa, ¡me gusta!—añadió Abraham—. Y tienes miedo, lo leo en tus ojos, pero conmigo, Najmah, no tienes nada que temer. ¡Yo cuidaré de ti!, ¡te enseñaré cómo debes darme placer! ¡Te mostraré el amor!

—¡Yo, yo no sé si podré amarle alguna vez! —le dijo de pronto Najmah, casi sin pensarlo—. ¡Y tampoco quiero casarme! —añadió obstinada.

Abraham, sorprendido, se quedó mirándola. ¿Cómo osaba repudiarle aquella chiquilla impertinente?

Enfadado le dijo en tono imperativo:

—¡Desnúdate! Quiero verte antes de irme.

Y Najmah palideció, no estaba preparada para todo aquello. Madre no le había contado nada sobre las relaciones entre un hombre y una mujer, y aunque a veces escuchaba jadeos entrecortados y silenciosos tras la cortina, no imaginaba lo que ocurría realmente al otro lado.

Además, Abraham no podía pedirle aquello, todavía no estaban casados, no tenía ningún derecho sobre ella, aquello era una afrenta a su honor.

—¡Desnúdate! —le repitió Abraham de nuevo, y en su tono de voz pudo percibir cierta irritación ante las dudas de la chiquilla, ante su desobediencia.

—¡No! —le dijo temblando—. ¡No lo haré!

—Pues entonces lo haré yo.

Najmah se plegó estremecida.

Pero Abraham no dudó y comenzó a despojarle de la *melhfa* con cierta maestría. No la hacía daño.

Najmah seguía sus manos, las miraban expectantes y al mismo tiempo rezaba para que su madre llegase a tiempo.

Fue entonces cuando descubrió, por primera vez y en su propio cuerpo, el gran poder de la mujer.

Abraham vibraba de emoción ante su desnudo. Aquello era pura seducción.

La *melhfa* la había escondido, protegido, le había dado más formas de las que realmente tenía y, despojada de ella, Abraham tan solo encontró un cuerpo infantil e incipientemente redondeado, y un vestido de niña color carmesí.

Le vio dudar, descolocado, ralentizar sus movimientos, volverse torpe.

Entonces comenzó a desabrocharle el vestido desde abajo, despacio, y mientras lo hacía le acariciaba la pierna, la rodilla, el muslo. Y rehuía su mirada, mientas asentía con la boca ligeramente abierta.

Y de pronto, la puerta de la jaima se abrió y penetró en la oscuridad toda la luz brillante del desierto, y con ella su madre que llegaba cargada con una gran vasija llena de agua, y que, sin remedio, al ver la escena, cayó estrepitosamente en la entrada mojándolo todo.

Su madre ahogó un pequeño grito y Abraham, azorado, agachó la cabeza avergonzado y se levantó veloz, sin mirar a Najmah, sin mirar a su madre, sin gritos, sin excusas, sin advertencias. Y escapó precipitadamente de la jaima, sin hacer grandes aspavientos, con la discreción propia de un gran jefe.

Su madre se acercó despacio, en silencio, entristecida.

Se abrazaron. No pronunció ni una sola palabra.

Y aquel sigilo sumiso, cobarde, aquella careta tan suya que significaba, «aquí, por fortuna, no ha pasado nada», fue lo que Najmah más odió. Sí, la odió, porque no era capaz de ponerle frases al dolor, al miedo, o al asco, ¿por qué su madre no alzaba la voz? ¿Por qué estaba hecha de silencios tan largos?

¿Qué era lo que temía tanto?, ¿a quién?

ESTRELLAS FUGACES

Algunos días, al finalizar la jornada, recogida la familia y mientras sus hermanos ya dormían, Najmah, a hurtadillas, se permitía salir de la jaima unos instantes.

Se sentaba en el polvoriento camino y miraba las estrellas salir. ¡Cómo echaba de menos sus dunas! ¡La arena fina!

¡Sus atardeceres!

¡También a Brahim!, ¡y a Daishan!

Allí, en su propio hogar, en su jaima se sentía como en una jaula, encerrada entre telares de colores.

Olvidada del mundo.

Como cada noche, Najmah buscaba a Venus y le saludaba. Habían vuelto a ser amigos.

Una noche su madre se acercó hasta ella y se sentó a su lado. Posó su rostro en el hombro de Najmah y, alzando su mirada hacia el firmamento estrellado y oscuro, la dijo:

—No desearía ver a una estrella dejar de brillar en el cielo. Cada una ocupa su lugar en el cosmos, pero, ¿sabes, Najmah?, siempre ha habido estrellas fugaces.

Sus ojos brillaban.

Najmah la miró sin comprender, interrogante. Y su madre prosiguió:

—Deja que sea tu propia luz la que ilumine tu camino, Najmah. Y escucha a tu corazón. Él te guiará. Te ayudará a buscar tu felicidad. Y yo estaré orgullosa de ti hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, —concluyó.

Aquella noche su madre se despidió de ella con un mensaje. Con un grito silencioso, un clamor amargo y sincero. Su madre le pedía que peleara, y le mostraba las armas, sus propias manos.

—Gracias, madre —le dijo Najmah—, gracias por todo tu amor —añadió conteniéndose las lágrimas.

Y su madre asintió.

—¡*Shukran*!, ¡gracias a ti, mi querida Najmah! Tú eres quien me ha mostrado el verdadero sentido de la palabra sueño.

No hizo falta añadir nada más; los mudos pasos de su madre, rendidos y tristes se perdieron en el interior de la jaima. Pero su mensaje caló en Najmah, tan profundo como el agua de un sediento

en medio del desierto, y desde aquel momento, noche y día, Najmah solo tuvo un pensamiento: ¿cómo escapar? Porque estaba claro que tenía que huir del campamento si no quería casarse.

Aunque apenas le quedaban días.

El tiempo apremiaba.

Abandonar a los suyos era la única opción, lo había pensado bien, una y otra vez. Debía renunciar a su madre, a su casa, a sus hermanos y a la tierra que la había visto nacer; debía renunciar a esa mano segura que su madre le tendía cuando dormía, porque ya no sentiría su calor, ni la respiración próxima de sus seres queridos por la noche; debía de renunciar a sus estrellas, a la arena del desierto, al calor sofocante que en el fondo adoraba; debía renunciar al amor que sentía hacia Brahim, porque marcharse significaba resignarse, perderle, decirle un adiós definitivo, algo que de todas formas ya había ocurrido hacía meses.

Sabía que casada tampoco tendría ninguna posibilidad de volver a verle. Ya no podría leerle sus poemas en voz alta, ni mirarle mientras pintaba, ni deleitarse con sus pinturas o sus trazos irregulares. Nunca podría acariciarle el rostro, ni volvería a mirar sus extraños ojos verdes.

Y si se iba, tampoco volvería a ver a Daishan, ¿y si regresaba a Smara? Su ausencia le había llenado de incertidumbres. Si Daishan había sido castigada, ¿qué le ocurriría a ella si las cosas no salían bien?

Su huida era arriesgada.

Si partía, no volvería a disfrutar del nacimiento de Venus entre las dunas, ni quizá a ver su querido desierto.

¿Nacería Venus de la misma forma en otro lugar?

Estaba segura de que el color de sus estrellas brillaba de forma especial en la gran noche africana.

Y mientras pensaba en ello, sucedió. Como si de una señal del destino se tratase. En el horizonte, todavía lejanos, aparecieron los convoyes de ayuda humanitaria, llenos de esperanza, llenos de víveres, llenos de posibilidades para huir y alejarse de allí.

No había otra salida.

Así que planeó con detalle su fuga. Y no se lo dijo a nadie. El rostro siempre tiene dos caras, y durante aquellos días sofocantes y absurdos, Najmah dejó ver a los suyos los dos opuestos que en ella convivían, la dulzura y su gran amargura. También el perfil de una anticipada partida.

En el convoy de la ayuda internacional estaba segura de que llegaría una voluntaria que Najmah conocía muy de cerca, su querida amiga Raquel. Ella la ayudaría, ya lo había hecho en otras ocasiones aunque con cosas menores, pero el corazón le susurraba,

le indicaba su dirección.

Estaba convencida de que Raquel entendería su pena y le pondría remedio.

Raquel, siempre que volvía a los campamentos de Tinfud, lo primero que hacía era ir a ver a Najmah.

Adoraba a aquella chiquilla, le traía cuadernos para sus historias, pinturas a Brahim y bolígrafos para escribir.

Conocía bien la afición de la niña por las historias y en alguna ocasión habían compartido tardes entre palabras y cuentos. Tardes entre las dunas.

Najmah le contaba las historias de su pueblo y del desierto y Raquel la escuchaba embelesada. Aquella niña tenía alma de narradora.

Y algún día, sería una gran escritora.

Con Raquel, Najmah había perfeccionado su español.

Durante las largas ausencias de los voluntarios del campamento de ayuda internacional, las dos se habían hecho la firme promesa de mantener correspondencia. Y se escribían largas cartas y en ellas se contaban muchas cosas, todo lo que les ocurría en su día a día, como si fuese un diario.

Raquel la mimaba, y cuando volvía al campamento, siempre le traía un regalo, que Najmah guardaba celosamente, lejos de la mirada reprobatoria de su padre y de los curiosos y torpes dedos de sus hermanos.

A veces había sido un libro, otras un cuaderno especial de notas; en una ocasión, fue una pluma y sus recambios, un neceser repleto de pinturas para la cara y laca de uñas que no hubiera osado ponerse jamás, ni siquiera para jugar; y tantos otros regalos occidentales carentes de utilidad alguna en el caliente desierto del Sáhara, pero que a Najmah le gustaba atesorar, y no solo por la belleza de sus colores, o por el aroma que desprendían, lo novedoso, o la sorpresa, sino porque eran regalos solo para ella. Y eso no era algo muy habitual.

En ocasiones, en aquellas largas cartas, Raquel le había hablado de su ciudad. Vivía en un lugar donde el mar dominaba el horizonte.

¡El mar!

Najmah nunca había visto el mar, pero por lo que le habían contado, era como el vasto desierto. Suaves dunas azuladas que se encrespaban entre espumas blancas, olas las llamaban.

Había escuchado su rumor en una caracola, incesante, continuo, apaciguador. Raquel le había dicho que inducía al sueño, pero que algunas veces, también daba algo miedo.

—¿Miedo? —recordaba que le había preguntado.

—Un miedo atroz, Najmah. Cuando hay tormenta, las aguas se vuelven grises, como el cielo, y se revuelven agitándose con furor. Entonces el ruido puede llegar a ser ensordecedor. Las olas se elevan formando muros de agua que después se estrellan contra el malecón, o contra las rocas. Es muy espectacular. Como el desierto.

—Sí, creo que se parecen. Raquel, ¿alguna vez has visto una tormenta de arena?

—No, todavía no.

—Eso sí que da miedo.

—Estoy segura —le había dicho su amiga revolviéndole el cabello.

Najmah pensaba en aquella conversación, pensaba en Raquel, pensaba que solo ella podría ayudarle.

Raquel la comprendería, la ayudaría, la llevaría a ver el mar. ¿Podría superar en belleza al silencio resplandeciente de las dunas del desierto?, ¿a sus cielos nocturnos cuajados de estrellas brillantes?

¡El mar!

Tenía el anhelo de ver el mar.

Y la certeza de que sería el mar quien la recogiese.

Raquel era una mujer joven y entusiasta, y siempre mostraba mucho interés en conocer la cultura y las gentes que formaban parte de la hammada.

No estaba casada, y cuando volvía a su tierra después de sus largos viajes de ayuda internacional, se ocupaba de trabajar con grupos de terapia y ayuda al inmigrante. Y en la misma asociación para la que trabajaba, de tanto en tanto, pedían voluntarios para distribuir ayuda en los territorios más necesitados. Raquel siempre se apuntaba; admiraba el desierto y sus costumbres, adoraba a aquella niña de rasgos suaves y cabello rizado, aquellos ojos negros que siempre la estaban preguntando y que querían saber más y más.

Adoraba su sombra pegada al costado.

Raquel siempre volvía, y volvía por Najmah. Había llegado a encariñarse de verdad con ella. Quería a aquella niña, más de lo que era capaz de reconocer.

Y en cada retorno, durante los últimos meses, había percibido que la niña ya no estaba bien.

Su tristeza era cada vez mayor, y su risa se había ido apagando, al mismo ritmo que sus preguntas y su necesidad de saber.

Además tampoco iba a verla tanto como antes, cada vez se acercaba menos hasta el campamento internacional, y eso la tenía muy preocupaba. Estaba claro que algo sucedía.

Y cuando había intentado preguntarle a Daishan, su maestra, con la que le unía una gran amistad, el porqué Najmah había

perdido el interés por saber, por aprender, por preguntarle, incluso por escribirle, la maestra se mostraba recelosa, no le aclaraba nada y cambiaba de tema.

Ocultaban algo.

Y a Raquel le intranquilizaba. Desde su última visita, no había dejado de pensar en la chiquilla. Y durante los largos meses de ausencia, no había recibido ninguna carta suya, pese a que ella le había mandado docenas de postales, con cuentos y poemas, e incluso con algún dibujo para que pintase Brahim.

Por eso, cuando estaban llegando a la ciudad de Smara, Raquel sintió una ligera aprensión. Su regreso a los campamentos de Tinfud siempre era una fiesta de niños alrededor de los camiones, de voces chillonas reclamando algo para jugar o entretenerse, niños que le robaban el alma, descalzos, sonrientes, felices. Metían sus manitas entre los bolsillos de sus ropas y les dejaba hacer. Adrede, colocaba caramelos para ellos, antes de su llegada.

Sus bolsillos estaban llenos de vida en aquel lugar.

Y Najmah siempre había estado entre aquellos niños que la recibían. También Brahim y, en ocasiones hasta la maestra del poblado, Daishan. Pero aquel día, sus ausencias se hicieron notar nada más llegar.

Najmah vio a Raquel a lo lejos desde el patio de su jaima. Ese día, las nubes de polvo de los camiones internacionales le dieron la clave. Raquel era su única posibilidad para huir. Lo sabía. Pero debía ser paciente. Primero tenía que convencerla.

Apenas descargaron y montaron las tiendas, el campamento internacional se puso en marcha.

Los cooperantes le pasaban la ayuda humanitaria a la Media Luna Roja Saharaui, y estos eran quienes se encargaban, después, de repartir todos los materiales, comida, medicamentos, ropa, combustibles y ayuda necesaria entre su gente.

La población debía recibir la ayuda para sobrevivir alrededor de un mes. Por persona se daba un kilo de lentejas, uno de alubias, uno de azúcar, nueve de harina y un litro de aceite. La cooperación internacional no ejercía demasiado control, delegaban y eso producía, en ocasiones, muchos problemas, a veces carestías, o abusos. Pero la asistencia, aunque escasa, de alguna forma les alcanzaba y les permitía vivir mejor, y en esta tarea se afanaban los cooperantes.

Raquel entre ellos.

Cuando todo estuvo listo, Raquel se dirigió al poblado. Estaba alarmada por la ausencia de Najmah.

La hammada ardía de agitación aquel día. Coincidente con su llegada, se estaba celebrando una boda. Los festejos del matrimonio

siempre habían llamado su atención, era una práctica ancestral y muy diferente a todo cuanto ella conocía.

Como el desierto. Como África.

Cada ritual tenía su ritmo.

Sus gentes le contaban que la fiesta había cambiado mucho en los nuevos tiempos y que las bodas ya no eran concertadas por los familiares.

Otras voces, sin embargo, clamaban lo contrario.

¿A quién creer?

En una ocasión habían sido invitados a participar todos los cooperantes en un matrimonio y la magia de la fiesta la había seducido.

Para los saharauis el casamiento era muy especial, era uno de los grandes acontecimientos sociales en la vida de la comunidad y los festejos duraban entre tres y cuatro días.

La ceremonia comenzaba siempre con el mismo ritual: dos mujeres del comité de justicia, el novio, la novia y el *Kadi*, debían encontrarse en el lugar donde la boda se celebraría un poco más tarde, allí se solicitaban los consentimientos de ambos y se leían pasajes del Corán.

Los gritos de alegría «ezkhari» de los invitados eran escuchados por toda la hammada un poco después.

Los recordaba bien, aquella muestra de entusiasmo le había producido escalofríos. Entonces, la novia se retiraba a su tienda y se vestía con un traje blanco y negro. Era el momento del cortejo más hermoso de cuanto recordaba; las manos de ella habían comenzado a ser maquilladas con henna y los adornos que lucía formaban una corona de trazos anaranjados en figuras geométricas.

Al anochecer, los amigos, vecinos y toda la familia de los novios se reunían dentro de la tienda donde se había celebrado la boda. Allí el té estaba preparado.

Té negro.

Había observado embelesada el rito.

Para los saharauis era casi un culto, una forma de agasajar a los invitados y, aunque eran un pueblo pobre y nómada, el té nunca faltaba en ningún hogar, como tampoco los utensilios con que prepararlo. Eran tan apreciados que formaban parte del ajuar.

En una ocasión, mientras visitaba a Najmah, su madre le había hablado del ritual del té. Allí, sentada, había observado las tres rondas de té. El primer vaso —le había explicado—, debía ser amargo como la vida; el segundo, dulce como el amor, y el tercero, suave como la muerte.

En las bodas también se bebía té y, mientras se charlaba animadamente, su aroma mezclado con el incienso quemado

ambientaba toda la estancia.

Allí reunidas, sus gentes cantaban y bailaban.

La retirada del primer invitado marcaba el inicio del repliegue y, amigos y familiares, poco a poco, iban desapareciendo, dejando por fin solos a los novios.

Pero la fiesta todavía no había finalizado.

Los festejos seguían al día siguiente; la novia debía esconderse en alguna jaima y todo el mundo participaba en el juego inocente de encontrarla; unos ayudaban al novio a buscarla, mientras otros la escondían haciendo interminable el juego de la seducción. Al final, la celebración se remataba con una gran fiesta, en la que, entre todos los invitados, se preparaba la futura tienda donde la pareja viviría ya convertida en marido y mujer. Era todo un espectáculo, una cultura diferente abriéndose paso a la modernidad.

Raquel se mezclaba con naturalidad entre ellos; había adquirido la costumbre de llevar ropas anchas, siguiendo el consejo de Najmah, y un pañuelo en la cabeza que le tapaba su larga y dorada cabellera.

Participaba de cuantos festejos le permitían en la hammada y de las cooperantes, ella era la que más relación e interés había mostrado por su mundo.

Raquel siempre estaba dispuesta a comprenderlo todo.

Y mientras se dirigía a la jaima de Najmah, para presentar a la familia sus respetos —algo que hacía en cada uno de sus viajes— y de paso poder ver a la niña, Raquel paseó entre los alegres invitados, saludando a unos y otros con una inclinación de cabeza y una palabra que ya conocía muy bien: ¡*Salam*!Estaba segura de que Najmah estaría contenta, le había traído unos cuadernos con hojas recicladas de colores y un precioso regalo sorpresa que había comprado, un poco por impulso, antes de salir del aeropuerto.

Pero al entrar en la jaima, se sintió algo descolocada. Su pequeña amiga Najmah estaba enfundada en una *melhfa*. La incredulidad, mal disimulada, le dejó sin palabras durante un buen rato, atónita ante su visión. Por suerte, había mucha gente de visita en su jaima e intentó sonreír como en otras ocasiones, con la misma alegría y naturalidad que todos conocían de ella.

Los hermanos de Najmah la saludaron ruidosamente, y desaparecieron con la misma rapidez con la que habían llegado, continuando con su pequeño griterío fuera de la tienda. Se iban cargados de caramelos que la española les había llevado y que seguro que después mostrarían orgullosos a sus amigos de la hammada.

Cuando por fin se quedaron a solas, la madre de Najmah le agasajó, como siempre había hecho, con un té de hierbabuena.

Raquel adoraba aquel té.

Y fue en aquel momento, aprovechando que la madre de Najmah estaba ocupada, cuando Raquel se acercó hasta Najmah y la cogió de las manos. Las apretó con fuerza y buscó su mirada cómplice, su sonrisa.

¡Amaba tanto a aquella chiquilla!

Pero se dio cuenta de que Najmah la rehuía.

¿Qué le estaba pasando a su pequeña Najmah? ¿Dónde estaba su alegría, la chispa siempre encendida de su mirada? ¿Cuándo se había hecho mayor?

Sintió, de pronto, mucha, mucha pena al verla.

Y mientras compartían el té, sentadas entre almohadones en el suelo de la jaima, les puso al día de todas las novedades.

—Y ahora os toca a vosotras —les dijo cuando terminó su relato —. ¡Contadme!, ¿qué habéis estado haciendo por aquí? Esta vez no me has escrito y he echado de menos tus largas cartas, Najmah.

Entonces madre e hija se miraron y Raquel percibió un brillo extraño en aquella escena, un leve arqueo de cejas, un asentimiento mínimo, una advertencia.

Callaron incómodas.

Y Raquel para vencer aquel silencio prolongado continuó hablando, como si no hubiera visto nada:

—¡Ah, por cierto, casi se me olvida, te he traído tus cuadernos y bolígrafos, Najmah y un pequeño regalo sorpresa que no he podido resistir comprar. Estoy deseando leer tus nuevas historias. Algún día, cuando las tengas todas terminadas intentaremos publicarlas, he hablado con un editor —le sonrió Raquel, cómplice, guiñándole la mirada.

—Ya no los necesitará, Raquel —había contestado tajante, de pronto, su madre—. Y es mejor que te los lleves. Najmah se casará en unas semanas. A partir de ahora, tendrá que ser una mujer adulta y deberá cuidar de su marido, honrarle con hijos, y velar por ellos cuando llegue el momento. La aventura de la escritura se ha terminado. De ahora en adelante podrá, como se ha hecho durante generaciones, transmitir sus historias, sus poemas y las canciones de nuestro pueblo de forma oral. Como lo hacía antes, cuando su abuela la enseñó. Ella nunca aprendió a escribir y los niños la adoraban. Sus relatos tenían la emoción de la improvisación, y Najmah conseguirá volver a emocionar, estoy convencida. Y lo hará solo con la palabra.

A Raquel aquella confesión la dejó sin aliento.

También a Najmah.

La miró. Se miraron. Pero Najmah seguía callada, perdida. En silencio la imploraba ayuda, Raquel lo veía. Pero, ¿qué podía

decir?, ¿qué podía hacer por ella, que no estuviera ya decidido?

—¡Pero si solo es una niña! —acertó a protestar Raquel sin fuerza ni convicción.

—Sí, lo es, pero es una niña muy especial.

Y fue entonces, en aquel justo momento, cuando la madre de Najmah les contó una historia, donde las protagonistas eran ellas, madre e hija:

«Najmah, ese sería su nombre. Hacía meses que lo había decidido. Najmah, me gustaba su sonido, su significado. Najmah, simbolizaba una estrella, la luz…

»Pudo ser la casualidad de aquella noche, la fatalidad o la propia providencia, nosotros los saharauis creemos en las señales, pero el destino de mi niña, de mi querida Najmah, quedó sellado, y para siempre, durante las largas horas de su alumbramiento.

»El planeta Venus brillaba de emoción aquella noche, irradiaba con una luz extraña, dispersaba destellos rotos y dorados en el inmenso cielo estrellado de la gran noche africana. Lo supe en cuanto la vi, aquella gran luna llena me llevaría hasta a ti, y me preparé para verte nacer.

»Sabía que sería una niña, me lo decía el corazón.

»Y así sucedió.

»Pero al mismo tiempo que yo me ponía de parto y llegaba Raisa, la curandera, a ayudarme con el alumbramiento, los sabios de la hammada se reunían en torno a un fuego que crepitaba furioso.

»Comentaban aquel extraño suceso del cielo.

»Buscaban su significado.

»Has de saber, Raquel, que para nosotros, refugiados saharauis, Venus es mucho más que un planeta, es nuestra mirada en la oscuridad y en el desierto, es nuestro guía, porque es astro y estrella al mismo tiempo, porque nunca duda, ni titila. Nuestra condición de nómadas nos ha enseñado a conocer el cielo, a seguirlo, a respetarlo. Para nuestra gente la naturaleza tiene alma, enseña, palpita vida propia. Y su grandiosidad está cargada de signos.

»Signos que hay que interpretar.

»Y fue precisamente durante aquellas horas de resplandor, mientras los más instruidos intentaban buscar explicaciones al fenómeno del planeta Venus y las luces danzantes del cielo, cuando mi niña, Najmah, eligió nacer.

»Y lo hizo como cualquier bebé, como el resto de mis otros hijos, con decisión, buscando un hueco entre mis entrañas oscuras de madre, dejando atrás la comodidad de mis aguas que la había mecido durante meses y el silencioso cuerpo que le había susurrado, desde lejos, infinitas palabras de amor. Y avanzó segura, sin

pararse. Creo que Najmah también quería ver a las estrellas doradas del cielo.

»Najmah rompió a llorar, estrenando la vida con fuerza, justo cuando la noche refulgía más estrellada; la intensidad de su llanto fue tal, que hasta los camellos y las cabras se removieron inquietas en sus corrales mirando hacia el cielo.

»Najmah era una nueva vida, una nueva boca que alimentar en aquella floresta de jaimas, un nuevo ser que sufriría injusticias y la carestía del alimento diario. Sin embargo, para mí, como madre, nada de todo aquello tenía la menor importancia, ni las luces del cielo, ni las señales del universo, ni su significado, ni el hambre, ni siquiera mi propio dolor del parto, que todavía me mordía por dentro. Me sentía feliz. Y me afané en envolver a mi pequeña, en limpiarla, en acariciar su pequeño rostro de ébano. Sabía que Najmah sería mi último hijo.

»Mi única hija.

»Pero las señales luminosas de aquel cielo desierto, la ayuda internacional que hizo su aparición en el horizonte, y el llanto agudo de Najmah rompiendo el silencio de la gran noche africana sellaron su destino.

»Su matrimonio fue pactado aquella noche. Su futuro tendría dueño. Los sabios reunidos así lo decidieron y nosotros, como padres, lo aceptamos honrados: «Najmah sería desposada apenas cumpliese los trece años con Abraham Mulad, el líder espiritual de la tribu, Najmah, sería su tercera mujer, su estrella, su guía en la vejez». Y se celebraron grandes festejos durante días. Y tu padre —añadió mirando a Najmah— estaba tan orgulloso, tan feliz que no quise ensombrecer su dicha. Durante aquellos días recibimos a la familia, a los amigos, a toda la comunidad saharaui. Todos querían conocer a la niña de la luz, que ajena a todo, dormía envuelta entre mantas.

»Lloré durante días mientras te mecía, y vislumbre tu futuro cubierto de negrura, pero la ansiedad fue cediendo, y acabé aceptándolo. ¡Siempre me has parecido una niña tan feliz!

—Y lo he sido, madre, muy feliz. Y lo fui hasta que todo se torció, hasta que dejé de ser dueña de mis meses y del paso del tiempo, hasta que mi palabra no valió nada.

—¿Tan grave te parece, Najmah? Abraham será bueno contigo, estoy convencida de ello.

—Quizá sea cierto, no lo pongo en duda, madre, pero yo no lo he elegido. Es un anciano, podría ser mi abuelo.

—Lo sé, y eso es lo que más me atormenta de todo.

—Yo pensaba que los matrimonios, aquí en los campos de refugiados de Argel, ya no se pactaban —intervino Raquel de

pronto.

—Y es verdad, Raquel, ya no es una práctica habitual entre nuestra gente. Existen ciertos pactos, pero son aceptados de buen grado por los futuros novios. Sin embargo, sigue habiendo casos, casos excepciones, y Najmah es una de esas raras curiosidades, no siempre uno se encuentra en el desierto tantas señales juntas. Nuestro pueblo está cambiando, y lo hace cada día, a pasos agigantados. Hay muchos matrimonios que se celebran por amor.

—Es una lástima que yo no vaya a tener esa oportunidad —aseveró Najmah mirando duramente a su madre a los ojos.

—Pero ¿cómo podéis creeros esas historias de luces y señales?, ¿cómo podéis dejar que condicionen vuestras vidas y las de vuestros hijos? ¡Son sólo supersticiones, no tienen ningún fundamento! —dijo de pronto alzándose Raquel, negando con vehemencia con la cabeza y elevando el tono de voz—. ¿No se da cuenta de que todo esto es una locura?, ¿de que Najmah es tan solo una niña?, ¿de que la va a atar a un anciano?

La madre de Najmah se levantó también y encaró a Raquel. Se sentía agraviada:

—¿Pero quién te crees que eres para cuestionar a nuestra gente?, ¿para juzgarnos?, ¿para llamarnos locos y hablar de supersticiones?

—Disculpe, Layla, no quería ofenderla, lo he dicho sin pensar… ¡quiero tanto a esta pequeña!

—Dudo mucho que la quieras más que yo, Raquel. Has de saber, que para un saharaui las palabras tienen mucho valor y la palabra dada más. Hay que ser muy juicioso y medirlas bien antes de hablar, antes de herir. No se puede opinar a la ligera sobre culturas que no conoces. ¡Vuelve a tu mundo de blancos, Raquel!, ¡aquí no te necesitamos! ¡Nosotros sabemos cuidarnos, llevamos haciéndolo siglos!, ¡ah y llévate tus regalos, tus caramelos, todo! ¡No quiero volver a verte en esta jaima!

Y con un gesto arisco, dio por terminada la visita, dándole la espalda.

—Najmah —concluyó—, acompaña a Raquel hasta la puerta y despídete de ella.

Abatida, Raquel no supo qué más decir, y abandonó la jaima con el corazón encogido. No tuvo fuerzas ni para decir adiós.

Najmah le dio la mano y la apretó.

Después caminaron por las calles polvorientas de la hammada, silenciosas. Y al despedirse, Raquel la abrazó con torpeza.

—Lo siento, Najmah —le dijo—, quería ayudarte y lo he estropeado todo.

—Lo has intentado —le respondió, Najmah —. Y eso ha sido lo más importante. Me has emocionado, de verdad. Desde que se fue

Daishan nadie parece entender mi tristeza.

Raquel la acarició su rostro.

—¡Mi pobre niña!

—Ese es mi gran problema, Raquel, que para mi gente, yo ya no soy una niña —le dijo Najmah y prosiguió—. Por cierto, te he escrito algo —y le deslizó un papel doblado muchas veces en su mano derecha.

Sus ojos pedían a gritos: ¡Ayuda!

UN ÚLTIMO ADIÓS

Raquel era la clave. Raquel era su pasaporte hacia la libertad. Raquel había comprendido, le había bastado una mirada. En el papelito que había escondido entre sus manos, Raquel se encontró la súplica delirante de una niña perdida.

La pedía que volviera a buscarla, que inventara una excusa convincente para poder acompañarla y contarle, así, todo lo que estaba ocurriendo.

Días después, Raquel volvió a la jaima de la familia de Najamh. Su madre la recibió con frialdad y desafío.

—No eres bienvenida a esta jaima, Raquel —le dijo cortante.

La sonrisa de Raquel se esfumó de su rostro.

La falta de hospitalidad no era un rasgo saharaui y tuvo que recordar que tan solo unos días antes la había ofendido.

Se disculpó de nuevo como pudo, y lo hizo varias veces, con una sumisión que lejos estaba de sentir, inclinando la cabeza y colocando una mano sobre su pecho en señal de arrepentimiento. Intentaba que no se le notara su incomodidad, tampoco el motivo real de su visita.

—Verás, Layla, en el campamento, mis compañeros están realizando un reportaje sobre los refugiados de los campamentos de Tinduf. Queremos saber cómo vive su gente, con qué medios cuentan, cómo son distribuidos los alimentos entre cada familia.

»En el documento que estamos preparando debemos explicar cuáles son vuestras tradiciones, cómo se forma una hammada, su organización y funcionamiento. Y desearía pedirte, rogarte, en nombre de mi gente, y del mío propio, que permitierais que Najmah nos acompañase. Ella sería nuestro faro. Podrá traducirnos, hacernos de intérprete, conoce bien nuestra lengua, domina el español, nos sería de gran ayuda, así todo resultaría mucho más fácil y fluido —finalizó.

Su madre la observaba, asentía y al mismo tiempo movía la cabeza de un lado al otro, como negando, callaba.

Y Raquel no sabía qué más decir, ¿qué podía añadir para convencerla?, ¿qué significaban aquellos movimientos de cabeza?

De pronto, por detrás, como si fuese una sombra alargada de la madre de Najmah, apareció el padre. Raquel había coincidido pocas

veces con él, pero le conocía y se saludaban discretamente de vez en cuando.

Nunca habían hablado. Sabía que en la hammada era un hombre muy respetado y también en el campamento de voluntarios.

Le notó incómodo. Muy serio, y tuvo miedo.

Se percibía que no deseaba intervenir en una conversación de mujeres, pero ante el gran silencio, la reticencia de la madre de Najmah, su escasa hospitalidad —algo inusual e inconcebible para un saharaui—, y mi insistencia, dijo:

—Desde luego que podrá acompañarle, señorita. Najmah es una buena chica, y muy lista. Además conoce muchas historias. Será su mejor guía —afirmó, en tono animado, orgulloso de su hija.

Y la llamó:

—¡Najmah, ven, acércate!, ¡te buscan!

Najmah había estado escuchando detrás de una cortina toda la conversación. Rezaba para que su plan saliese bien. Y cuando su padre pronunció aquellas palabras, sonrió aliviada y corrió a su encuentro.

—¡Dígame padre!… ¡Ah, hola Raquel! —dijo Najmah disimulando su sorpresa. Estaba feliz.

—¡Veo que ya os conocéis! —afirmó el padre complacido—. ¡Mejor así! Verás, Raquel necesita una intérprete y ha pensado en ti. Es un gran honor, Najmah.

—Sí, padre.

—Y una labor importante que honra a tu familia. ¡Espero que sepas estar a la altura! ¡Ve a vestirte!, y no te olvides ponerte la *melhfa* y cubrirte adecuadamente, Najmah.

—Sí, padre. Vuelvo enseguida.

Raquel sonrió. ¡Todo parecía estar saliendo bien!

Y el padre de Najmah asintió complacido.

—Sí, mi hija es una buena chica. Aunque también un poco difícil, ¡será la edad o los tiempos que van cambiando y llegan incluso hasta el desierto! Pero para la ciudad de Smara, Najmah es un símbolo. Mi hija fue la elegida hace años, y es la estrella y la guía de nuestro pueblo. Supongo que no conocerá la historia.

—¡Algo me han contado! —dijo Raquel mirando de pronto a la madre de Najmah que callaba resentida en un rincón.

—Me complace saberlo. Entonces sabrá lo importante que es para nosotros. Con ella a su lado, serán bien recibidos allá donde vayan. —Sonrió satisfecho.

—Pero, siéntese señorita, no se quede en la entrada. Mientras mi hija se prepara para salir, mi mujer nos preparará un té —dijo afablemente.

¡Qué inocente le resultaba a Raquel el padre de Najmah!Al

escucharle, Najmah y su madre se tensaron, pero siguieron disimulando. Ninguna de ellas deseaba desvelar nada. A madre e hija les unía un gran pacto y mucho silencio. Eran cómplices de demasiado. Por eso su madre comenzó a preparar el té sumisamente y ella terminó de vestirse con celeridad. Su madre le había reprochado la actitud de Raquel justo después de que la muchacha se hubiese ido y le hizo prometer que no hablaría más con ella.

Y ahora la tenían en la jaima.

Las palabras de Raquel habían sido un duro golpe para su madre, la habían herido, ofendido en lo más profundo. ¿Cómo se había podido atrever a juzgar a su familia en voz alta?, le decía a Najmah. Y ella le respondía siempre que volvía con el mismo tema, que lo había hecho sin querer, que debía olvidarlo.

Pero su madre era una mujer dura y le contestaba: «¡No, nunca podré perdonárselo!».

Sin embargo, y pese a todo, a la madre de Najmah, aquella muchacha española le resultaba simpática. Además Raquel no había sido una cooperante más en sus vidas. Ella sabía que había una estrecha relación entre ambas, sabía muchos secretos, sabía de las lecturas, de los escritos de Najmah; era ella quien les traía cuadernos y bolígrafos; era ella quién se había prestado para buscar un editor cuando todo estuviese preparado; era ella con quién Najmah se carteaba, a quien le contaba sus grandes intimidades y por eso vislumbraba, como una evidencia, como madre que era, que algo tramaban.

Su madre estaba preocupaba. Lo notaba. Y Najmah lo pudo leer en sus ojos.

Pero era preferible callar. No descubrir nada. Que su padre no notase su desazón ni la de su madre.

¡Qué poco las conocía!, ¡no sabía nada de la amistad que unía a Najmah y a Raquel, ni de los secretos que atesoraban madre e hija! Tampoco conocía la ofensa que había cometido Raquel tan solo unos días atrás a su familia, en aquel mismo lugar donde ahora era agasajada.

Y cuando finalizaron el té, y se despidieron, su madre las miró a los ojos con seriedad y en su mirada descubrieron una gran advertencia y mucha soledad.

En los ojos de su padre, sin embargo, Raquel solo encontró un dibujo, el orgullo.

Najmah habló durante horas con Raquel.

Le contó todo lo que nunca se había atrevido a decirle a nadie. Y lo hicieron mientras disimulaban que hacían un reportaje por la hammada y entraban y salían de las jaimas vecinas. Raquel hacía como que tomaba notas en un cuaderno de tapas duras y rojas, y

escribía sin parar, garabatos que torcía de arriba a abajo con intensidad cuando la historia se volvía tan amarga que apenas la podía soportar.

Le habló del amor que sentía por su amigo Brahim, de sus dibujos, de su querida Daishan y de su misteriosa desaparición, de cómo echaba de menos su mundo, su espacio, a su abuela, y sobre todo le habló del pánico que sentía ante el matrimonio.

Y Raquel la escuchaba y pensaba en todo el dolor que todavía le aguardaba a Najmah!

¡Qué inmenso abatimiento sentía cuando entreveía el futuro ceniciento de su pequeña niña saharaui!

Y al finalizar su historia, Najmah se quedó callada. Y Raquel se atrevió, por primera vez, a preguntarle:

—¿Por qué me cuentas todo esto, Najmah?, ¿qué pretendes de mí?

Y entonces, Najmah se lo dijo.

Raquel permaneció callada unos instantes, asintiendo incrédula, y con los ojos muy abiertos.

Y un segundo después, cuando pareció darse cuenta de la petición de la niña, alzó la voz y dijo:

—¿Que yo te ayude a salir del campamento? ¡Dios mío, Najmah!, pero ¿te has vuelto loca? —gritó.

Y el rostro de Najmah se crispó, se contrajo, miró hacia todos los lados y le hizo una señal con el dedo índice sobre sus labios. Era una señal de alarma, pidiéndole silencio, implorándole discreción.

Raquel comprendió.

Y comprobó con sosiego que no había nadie cerca, que nadie las miraba, que nadie podía haberlas escuchado.

—¡Perdona, no he podido evitarlo!, pero Najmah ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo, pequeña?

Najmah lloraba.

—¡No, no creo que lo sepas! No puedes pedirme algo así, Najmah. Es algo demasiado grande, demasiado peligroso. Tú podrías morir en el viaje, y yo, ¡yo iría a la cárcel!

—¡Por favor, Raquel!, ya no me queda casi tiempo; eres mi única oportunidad —le imploró Najmah.

Los ojos vidriosos de la niña le pedían a gritos ayuda, auxilio, una mano tendida. Le pedían que contraviniera todas las normas de la ayuda humanitaria y del derecho internacional. Le pedían entereza y riesgos.

¿Y si lo hacía?, ¿y si las pillaban?, ¿qué sucedería?, ¿qué les harían, a ella, a Najmah?

Ella no podía interferir en la cultura o en las decisiones tribales, ¡esa era la regla de oro, la base de la ayuda cooperante! Estuviese o

no de acuerdo con sus decisiones, no podía intervenir, ¡no!, ¡no podía!, ¡no debía!, ¡no quería!

¿No quería?, se interrogaba. Su cabeza le daba vueltas mientras miraba a Najmah, cubierta bajo la melhfa de la cabeza a los pies. Solo veía sus ojos, implorantes.

¡Emanaban tanta desesperación!… que sin saber cómo, ¡se implicó!

—Déjame que lo piense con calma, Najmah. Lo que me pides no es sencillo y corremos muchos peligros. Escapar del campamento no será una tarea fácil, hay muchos controles. Necesito alguien dentro. Pero lo realmente espinoso será entrar en España de forma ilegal. Bien, tengo que hacer algunas llamadas y estudiar cómo podría sacarte de aquí. Conozco gente, gente de confianza. Dame unos días, Najmah —le dijo muy seria Raquel.

—¡De acuerdo, Raquel!, pero no tardes mucho. Ya no me queda tiempo. En tres semanas me casan.

Raquel lo pensó mucho, mucho, demasiado y los días fueron pasando. Le daba vueltas y más vueltas a lo que iba a hacer, y un diálogo interno la consumía. No podía dejar a la pequeña Najmah a su suerte, ¡no, no podía!, ¡la quería!, pero el riesgo la paralizaba.

Había hecho algunas llamadas, pero ninguna de ellas había dado resultado. El plan de fuga no tenía luz.

Y al final, un día, Najmah fue a verla.

—Cinco días —le dijo a Raquel—, me quedan sólo cinco días. Ya estaba todo listo para el gran día —añadió la niña resignada—. Y vengo a despedirme de ti y a darte las gracias.

—¿Las gracias?, ¡pero si no he podido ayudarte! —respondió Raquel con lágrimas en los ojos.

—Me has ayudado durante años. No llores, Raquel, ni sufras tampoco, estoy tranquila y segura de que has hecho todo lo que has podido por mí. Yo ya he aceptado mi destino. Fui egoísta. No debí haberte pedido aquello, fue demasiado. Pero, antes de despedirnos, pues sé que ya no volveremos a vernos, quisiera pedirte un último favor:

—¡Dime, Najmah!

—No es para mí, es para Brahim. Sigue trayéndole cuadernos para dibujar, y lápices de colores. Sólo le queda la pintura y él nunca te lo pediría.

—¡Hecho!, ¿algo más?

—¡Sí!, descubre qué ha sido de Daishan. Quisiera saber dónde está, si se encuentra bien, si es feliz.

—Lo haré o, al menos, lo intentaré.

—Gracias de nuevo, Raquel. ¡*Salam*! ¡Que la paz sea contigo!

—¡*Salam*!, y contigo, Najmah.

—¡*Selama*!

—¡Adiós!

Cuando Najmah desapareció, sin un solo reproche, Raquel sintió un gran dolor en el corazón y comprendió, quizá tarde, que aquella niña, su querida niña saharaui no podía finalizar así. ¡Sin vida!

Y fue el detonante, la chispa, que hizo reaccionar a Raquel. De pronto se olvidó de todos sus nervios, de toda la ansiedad y miedos y se puso a trabajar, a idear el modo, la manera de sacarla de allí, sin correr riesgos, sin implicar a nadie. Al menos, no a nadie del campamento internacional.

Si la pillaban, tenía que parecer que ella lo había organizado todo sola…

¡Si la pillaban!

¡No!, era mejor no pensar en ello. ¡Todo saldría bien!

Y una vez que tuvo claro cómo sacar a Najmah de la ciudad de Smara, se centró en el después.

Y el después tenía nombre propio: ¡España!

¿A quién podía involucrar en el proceso?, ¿en la entrada ilegal de una menor? ¿Conocía a alguien que pudiese ocuparse de ella más tarde?

Sí, ¡claro que la conocía!

Lo calculó todo, hasta el más mínimo detalle y confió sólo en dos personas.

No fue sencillo organizar la fuga y que nadie se diera cuenta, ni siquiera Najmah, hasta el final. No fue fácil hacer como si nada, trabajar en la sombra, no dejar rastro de las llamadas y agudizar el ingenio.

Pero cuando el convoy partió cuatro días más tarde, con Najmah dentro, escondida entre unas cajas de alimentos vacías y con lo imprescindible para sobrevivir: agua, algo de alimento, unas mantas para amortiguar los golpes del camino y otras tantas para soportar el frío nocturno, Raquel se sentó y sonrió.

¡Lo había conseguido!

Escondidos entre sus ropajes, Najmah se llevó algunos de los viejos cuadernos escritos que todavía conservaba y los dibujos que, alguna vez Brahim le había regalado.

No se despidió de nadie, salvo de su madre que intuyó su huida. Tampoco hubiera querido. Era mejor así, menos doloroso. Cuando Raquel le dijo que esa noche, sería la noche, apenas le quedaban siete horas por delante.

Y antes de su partida, esa misma noche, al caer el sol, Najmah les anunció a sus hermanos que les contaría un cuento.

Aquel sería su último cuento en la gran noche africana. Y con él les diría adiós.

Hacía tanto tiempo que Najmah no les narraba ninguna historia, que la novedad corrió como la pólvora por la hammada y muchos niños fueron a escucharla.

Brahim entre ellos.

Apareció con su inseparable cuaderno y un lápiz gris; estaba cabizbajo y, mientras duró el relato, mantuvo todo el tiempo los ojos hundidos en su lienzo.

Estaba pintando.

Pintándole a ella.

A Najmah.

«A mis oídos llegó una tarde, paseando entre las jaimas, una bella historia de amor».

—¡Buuuu! —gritaron los niños a coro.

Y Najmah sonrió.

«Es una bella historia de amor, aquella que sucedió entre una mujer saharaui y una rata».

Y los niños callaron de pronto, interesados.

«Quien así me la narró, me aseguró que es una antigua leyenda de nuestro pueblo saharaui. Y entre verdad y mito, este cuento se quedó, pero hoy, arrastrado por el viento que sopla apacible entre las dunas, os voy a contar esta sencilla historia, que estoy segura de que os hará pensar».

»Hubo una vez una mujer, ya anciana, que vivía sola en medio del desierto. Su morada la compartía con sus tres hijos, todos ellos ya mayores, y con una vecina cercana un tanto peluda: una rata.

»La rata vivía en un gran agujero cercano a la jaima de la anciana con sus crías más pequeñas.

»La mujer y la rata no eran amigas, pero se respetaban mutuamente, ambas se observaban, se seguían con la mirada, escrutaban sus huellas, y jamás se molestaban.

»La suya era una vecindad muy conformada.

»La mujer era una anciana sabia, educada según las tradiciones saharauis. Por las noches, ella transmitía su sabiduría a sus hijos, y lo hacía contándoles cuentos, como yo os los cuento ahora. Los saharauis han vivido durante miles de años en este desierto, entre dunas. Nuestro paisaje nos protege y nos da calor y, al mismo tiempo, nos congela y nos enseña desde pequeños cómo debemos protegernos y a quién debemos respetar. Pues bien, la anciana les daba lecciones cada día. Y con cada instrucción, sus hijos se hacían cada día un poco más sabios. Insistía sobre el sexto sentido que los animales tenían y del cual los humanos carecíamos; amaba a los animales y los observaba con una paciencia infinita en las largas jornadas del desierto, sobre todo, a su vecina la rata, a la cual seguía con gran interés todos sus movimientos.

»A menudo la anciana madre les hablaba sobre los animales.

—Aunque estos no hablen nuestra lengua, debéis saber que sí actúan como nosotros, como los hombres. No existen diferencias entre ambos. Los animales nacen, crecen, se reproducen y multiplican, luchan cuando deben, cuando su especie está en peligro, y morirán cuando su ciclo finalice; sí, como nosotros haremos.

Sus hijos la escuchaban con venerable respeto, pero sus ideales estaban muy lejos de aceptar sus reflexiones; ellos pensaban que su madre desvariaba.

¿Cómo podía compararse la inteligencia de un hombre con la de una rata?

»Una tarde, la anciana observó mucho movimiento en el agujero de la rata vecina. Se estaba mudando. La vio ir y venir, cavar un agujero en lo alto de una colina cercana; se fue llevando a sus crías hasta allí, una tras otra, con paciencia, y mientras lo hacía, la mujer la miraba embelesada. ¡Cuánto trabaja hoy la rata!, pensó, ¿por qué se mudará?

»De pronto, los ancianos ojos de la mujer percibieron un brillo. La rata la miraba, alzaba la cabeza, movía las orejas, y sus bigotes subían y bajaban.

»¿Acaso le estaba previniendo de algo?

»Lo pensó detenidamente mientras el ocaso llegaba.

»No volvió a verla aquella noche, pero, mientras dormía, tuvo una pesadilla. La rata aparecía en sus sueños.

»A la mañana siguiente, al alba, levantó a sus hijos temprano y, sin pensarlo dos veces, les indicó que debían trasladarse. Sus hijos la miraban atónitos, pero obedecieron sin rechistar. Aquel mismo día, la jaima quedó instalada en lo alto de la colina, junto al agujero de su buena vecina la rata. La familia trabajó duro todo el día, y al finalizar la jornada se obsequiaron con té caliente al cobijo de la fría noche del desierto. Apenas habían pasado unos minutos, cuando todavía el sabor del té se podía paladear entre sus labios, comenzó a llover. Al principio, solo fueron unas pocas gotas que agradecieron, pero enseguida el repicoteo paso a ser desolación; las aguas corrían inundándolo todo a su paso. La lona volaba incontrolada y los hermanos sujetaron con fuerza todo cuanto poseían. Mientras su madre rezaba, la rata se guarecía en el agujero protegiendo a sus crías del temporal. La inundación dejó desamparado el lugar, pero todos, la familia de la anciana y la familia de la rata, salvaron sus vidas. Sobrevivieron, y lo hicieron gracias al sexto sentido de su vecina peluda.

»Las ratas, al igual que el resto de animales del desierto y del mundo, buscan la supervivencia. Sus sentidos del olfato y la vista

están muy desarrollados y son capaces de percibir el peligro a kilómetros, anticipando sus movimientos mucho antes que el hombre.

»Gracias al amor y al respeto que la anciana mujer profesaba por la sabiduría de los animales, salvaron la vida.

»Desde aquel día, las dos familias convivieron felices y lo hicieron durante muchos años, aprendiendo a comunicarse con la naturaleza, con los animales, con un respeto profundo a nuestra madre tierra.

»Los nómadas somos hijos del desierto y debemos seguir demostrando con nuestro ejemplo, y cada día, que somos un pueblo noble, un pueblo sabio.

»¿Aprenderemos en algún momento a ser realmente buenos vecinos?».

La pregunta cerró el relato.

Los niños la miraron esperando más; en sus caras estaba pintada la bondad de la infancia y, sobre todo, la confusión por el cuento que había elegido aquella noche.

Najmah siempre les había contado historias de aventuras, de leones, de jirafas y elefantes, de guerreros valientes a caballo, de caravanas y tormentas de arena, de doncellas encerradas, en peligro, de brujos y chamanes malvados, pero en ninguna de aquellas historias les había hecho pensar, solo las disfrutaban. Y por ello, aquel día, Najmah había elegido aquella fábula.

Quería dejarles reflexionando sobre la vida. Que su último adiós fuese una enseñanza para el futuro. Un futuro que para Najmah ya no existiría, no al menos entre aquella tierra dura del desierto. Era consciente de que nunca podría volver, y la sensación de vacío le dolía tanto como si alguien le hubiese clavado un punzón en el estómago.

África, su hogar, pronto sería para ella un extraño a quien añorar.

¡Si todo salía bien! ¡*Im cha Alah*!, ¡si Dios lo quería!

Veía ante sí aquellas almas inocentes, sencillas criaturas, cuya ruda existencia sobrevivía a base de juegos e ingenuidad y cuyo único destino era aguardar, aguardar la ayuda internacional, a lo lejos, entre las nubes de polvo que levantaban los jeeps.

Pero para ella la vida sería diferente, se dijo, ¡tenía que serlo!

Brahim desapareció de su jaima como había llegado, en silencio. Y Najmah sintió que su pena era tan profunda como la suya. Una herida abierta. Se llevaría con ella todo aquel amor imposible y algún día volvería.

¿Volvería?, se preguntaba Najmah. ¿La dejarían volver?, ¿la repudiarían?

Se acostó temprano con intención de descansar un poco, pero no pudo. Todavía le esperaban largas horas de incertidumbre, de miedos, de no saber a qué se enfrentaba realmente, y estos y otros pensamientos, y mil preguntas que se le fueron acumulando y hacían fila en su cabeza, luchando por salir todas a la vez, no le dieron tregua. Angustiada comenzó a tener pesadillas. Le faltaban respuestas.

Sentía que se ahogaba, que tenía la tristeza prendida en el costado.

Los sueños de Najmah de aquellas últimas horas previas a su fuga fueron convulsos. Llenos de miedos. Gemía.

Su madre se acercó y le puso una mano sobre la frente. Najmah tenía sin duda calentura. Y hablaba en sueños.

Permaneció a su lado, cogiéndola de la mano, acariciándola, poniéndola paños húmedos bañados en lágrimas, para bajarle la fiebre, intuyendo su tormento.

Un tormento que también sería el suyo.

¿De verdad iba a permitir que su hija se fuera como sabía que estaba planeando? ¿Cómo soportaría aquel enorme sacrificio? ¿Qué haría sin ella?, ¿sin sus ojos?,¿sin su consejo?

Lejos, su niña, ¿sería feliz?, se preguntaba con un nudo en la garganta y el llanto en su mirada.

Rezó mucho durante aquellas horas de vigilia, y cuando la noche fue cediéndole terreno al alba, y la calentura bajando, sus dudas también remitieron.

Se levantó y la esperó acurrucada en un rincón.

Najmah encaró su huida con más valor del que realmente sentía. Cuando se levantó todavía temblaba, y estaba empapada, cubierta de un sudor frío. Vio los paños que su madre había utilizado y miro a su alrededor. Todo parecía en calma. La jaima dormía. Decidida se puso en pie.

¡Era el momento!

No podía dudar.

Se frotó el rostro con energía y se dio ánimos en silencio. Y mientras salía de la jaima de puntillas y sin hacer ningún ruido, pensó en su madre. Sentía no haber podido decirle adiós.

Del rincón cogió una pequeña bolsa oculta que había preparado el día anterior con lo esencial y miró por última vez su hogar. Le dolió su visión.

Al salir se tropezó con un bulto y casi se cayó.

Su madre la sujetó con firmeza. Le apretó las manos y después la abrazó.

Estuvieron varios minutos en silencio y después salieron juntas de la jaima. El rostro de su madre estaba como perdido, anegado en

lágrimas y Najmah sintió un profundo dolor.

Y por un momento pensó en quedarse, dudó, por ella, pero las dos sabían que aquella vida, ya no sería igual. Nada sería igual después del matrimonio.

—¡Mamá! —comenzó.

—No digas nada, Najmah —la cortó—. Sabía que este momento llegaría, lo sabía, me lo decían tus ojos y tus silencios, pero ahora que está aquí, que te vas de verdad, me muero de aflicción, me estoy muriendo por dentro. Nunca pensé que me dolería tanto. ¿Estás preparada, mi querida Najmah?

—¡Sí, madre!, y debo irme ya. ¿Estarás bien?

—Mi querida hija, ya nunca más podré estar bien. ¿Cómo hacerlo, si no volveré a contemplar tu rostro, si no te veré crecer, ni convertirte en mujer? ¿Sabrás decidir lejos de tus tradiciones, de tu casa, de los tuyos? ¿Acertarás? ¡Ay, qué pena tan grande siento, Najmah! Cuando pienso en que nunca cuidaré de tus hijos, ni te veré casar. No podré orientarte, ni iluminar tus decisiones. ¿Y si yerras?, ¿quién te consolará? ¡Ay, mi pequeña!, ¿estás segura del paso que vas a dar?, ¿cómo llegarás a Europa?, ¿quién te ayudará por el camino?, ¿te sentirás sola? ¿Y si este es un adiós definitivo?, ¿y si con el tiempo nos convertimos en dos extrañas?, ¿y si el destino nos está separando para toda la vida, mi niña?

Y Najmah le apretaba fuerte la mano, tan fuerte que le hacía daño, pero no le importaba.

—¡Tuve tanto miedo cuando naciste, Najmah! Sí, lo tuve, y un presentimiento: sabía que este momento llegaría. Y lloré durante días mientras te mecía. ¿Por qué percibí que tu futuro estaba cubierto de negrura?

—Porque eres sabia, mamá —la respondió Najmah, soltándole la mano.

—Que Alá guíe tus pasos, hija mía —le susurró—. ¡*Im cha Alah*!, y si Dios quiere, algún día volveremos a vernos. Nunca olvides quién eres, ni de dónde vienes, Najmah. Y si alguna vez regresas a este campamento, espero que podamos recomponer los trozos rotos, las ilusiones, los años de ausencias y amor compartidos. No te preocupes, nos reinventaremos los recuerdos y nos contaremos historias. Yo te hablaré de nuestra tierra, del Sáhara. Somos hijas del desierto, Najmah. No lo olvides. ¡Nunca me olvides!

—¿Cómo podría olvidarte, mamá?, —lloró Najmah.

Y su madre le tendió una bolsita de tela, pequeña, con un lazo azul y la guareció en su mano.

—Cuando te sientas perdida, cuando no aciertes a encontrar tus orígenes, toca esta arena que te doy, es la del desierto, nuestro árido dominio, nuestras raíces. Y yo estaré cada noche aguardando

el nacimiento de Venus, entre las dunas. Así estaremos más cerca, aún en la distancia.

Siempre hay un momento en la vida en el que hay que tomar decisiones. Sentir no evoca el menor sonido, pero si lo hiciese, el mundo entero habría escuchado, aquella madrugada, la tristeza de una madre y una hija al despedirse. Su llanto era inconsolable.

El camión donde iba escondida Najmah volaba por el desierto y las dunas. Iba dando tumbos, ajeno a que dentro, en una de las innumerables cajas que transportaba, se cobijaba una chiquilla.

Najmah se golpeaba en las piernas, en la cabeza. Intentaba amortiguar los golpes con las mantas que le había dado Raquel, pero era imposible. En posición fetal apenas podía moverse o estirarse. El viaje se le hizo eterno.

Se ahogaba allí encerrada mientras las horas pasaban. Intentó concentrarse en el plan. Raquel ya le había avisado: «Procura dormirte Najmah, así el tiempo pasará mucho más rápido».

Y Najmah lo deseó, pero no pudo hacerlo.

Fue imposible. No estaba preparada para huir de su mundo, sin hacerse preguntas, sin taladrarse, sin pensar en los suyos, en el último y más amargo adiós de su madre.

Sin embargo, sabía que ya no podría volver. Para Najmah ya no habría un después en el desierto. Ella tenía que comenzar a olvidar. Pero su madre la recordaría. Sí, lo haría, se lo había prometido, mientras su madre la pensase, Najmah seguiría en el desierto.

Durante las largas horas de fuga, de un viaje que se le antojó interminable, y encerrada dentro aquella mínima caja, Najmah tuvo mucho tiempo para pensar y crear historias. Y recordó los meses junto a Brahim y las enseñanzas de Daishan. Pero llegó un momento en el que dejó de sentir sus propias piernas, la cabeza le estallaba con el traqueteo y los tumbos. Tenía mucho frío, sed y unas ganas terribles de orinar. Intentó soportarlo como pudo. Se abrigó con las mantas y se concentró. Si bebía agua, todavía tendría más pis. Así que Najmah decidió mojarse los labios con saliva, pero aquello le dio mucha más sed. Y al final bebió. Y justo después notó como la micción se le escapaba entre las piernas. Al principio su propia orina le dio calor, la reconfortó, pero después la humedad y el hedor se hicieron insoportables y vomitó. Y como no tenía espacio, se golpeó con la caja y se desplomó exhausta. Ya no podía más, lloraba. Se moría.

Eso fue lo que Najmah sintió en aquel momento, en aquella minúscula caja de madera, que se moría.

Fue puro agotamiento, nervios y quizá algo de falta de aire. Que

se durmiera fue lo mejor que le pudo pasar. El sueño hizo que el tiempo volase.

A Najmah la despertaron las voces de una mujer y del susto se golpeó en la cabeza de nuevo. Se sintió pérdida y desorientada. ¿Dónde estaba?

Y por un momento recordó el viaje, la angustia y el miedo, la asfixia, la orina, el hedor, el vómito, y el sueño.

Después sonrió. ¡Había sobrevivido!, y eso era lo más importante. Se concentró entonces en las voces que llegaban de fuera y en los movimientos de las cajas. Tenía un miedo atroz a que la descubrieran y por eso se quedó muy quieta, esperando, casi sin respirar.

Una de las voces le resultó familiar.

¿Sería Raquel?, ¿qué decía? Pegó el oído a la caja.

—Esas cajas de ahí, vamos, vamos, todas al barco, a las bodegas; salvo la blanca, esa va a las cocinas, y cuidado, por favor, que es muy delicada —aclaró.

Najmah sabía que la blanca, la caja blanca era ella.

Y sonrió de nuevo. Sin duda quien estaba fuera era Raquel. Cuatro hombres cargaron con ella. Notaba en sus propias carnes cómo la zarandeaban de un lado al otro y rezó, rezó como nunca antes lo había hecho hasta aquel momento. Y mientras rezaba, apretaba el saquito de tela de su madre y sus cuadernos repletos de historias.

Cuando depositaron su caja en el suelo, Najmah respiró aliviada; y las voces de aquellos hombres que la habían transportado se fueron amortiguando poco a poco, hasta que se perdiendo totalmente.

De pronto, sintió unas pisadas aproximarse con cautela y deseo con todas sus fuerzas que fuera Raquel, pero no escuchó ninguna palabra, nada.

Sin embargo, afuera, alguien intentaba abrir la caja.

El miedo pudo con Najmah, y de nuevo entre lágrimas se orinó encima sin poder remediarlo.

¡Era tan grande el temor a ser descubierta!, ¡tan terrible la idea de ser devuelta de nuevo a su aldea!, ¡de enfrentar la mirada gélida de su padre!, ¡de escuchar sus palabras de condena, su repudio!

Se sentía tan sola que quería gritar, pedirle ayuda a alguien, solo para tener algo de compañía, pero la fuerza de su mano cubriéndole la boca, amordazándola, se lo impedía.

El corazón le bombeaba a mil por hora.

Y cuando vislumbró un poco de luz en las rendijas superiores de la caja, instintivamente se cubrió con los brazos el rostro para protegerse. ¡Había llegado el momento!

La luz se le cayó encima, y lo hizo al mismo tiempo que la mirada asustada, asombrada de un hombre que se cubría la boca asqueado.

—Pero, criatura, ¿en qué condiciones llegas? —fue lo único que dijo, al ver el estado en el que se encontraba la niña.

Cubierta de vómito, mojada de orín.

Después todo fueron gestos y silencios. Intentó ayudarla a ponerse en pie, pero a Najmah le fallaban las piernas. Así que la recogió con delicadeza y se la llevó en brazos al interior del almacén. Ante la proximidad con el cuerpo de aquel hombre, Najmah se replegó y se cubrió la cara sonrojándose.

El hombre la sonrió.

—¡No te preocupes!, a partir de ahora todo irá bien —acertó a decirle para calmarla.

Y Najmah calló, sentía mucha vergüenza, por su suciedad, por su nauseabundo perfume, porque aquel señor que la estaba ayudando y era un perfecto desconocido.

Sin embargo, el hombre no parecía darse cuenta de su turbación, se le veía mucho más inquieto que asqueado.

Miraba hacia todos los lados. Najmah le acompañó. Estaban en las cocinas de un barco.

Aquel hombre la condujo hasta unos almacenes repletos de contenedores y cajas de alimentos. Era un auténtico laberinto. Allí, había todo tipo de comida: frutas frescas, legumbres, latas en conserva y un largo etc. Najmah, jamás había visto tanta abundancia. Aquel lugar era un oasis para el hambriento. Y hubiera sido un respiro para los pobres campamentos de refugiados de Tinfud.

Escondida entre aquella confusión de cajas había una cortina marrón. Una cortina que hacía de puerta y pasaba desapercibida si no te fijabas bien en ella. El hombre la descorrió y la invitó a entrar.

En su interior Najmah no encontró nada más que un camastro huesudo y mucha oscuridad.

De nuevo, el miedo se apoderó de ella y tembló. ¿Y si había ratas?

Aquel lugar le parecía siniestro.

Intuyendo su preocupación el hombre encendió una vela y le mostró el lugar. Después, con señas, le fui indicando lo que tenía que hacer. Najmah comprendió enseguida.

Y habló por primera vez:

—No te preocupes, lo he entendido. Debo cambiarme y permanecer escondida aquí, sola y a ser posible a oscuras, hasta que lleguemos a tierra firme. ¿Y esa tierra firme será España, verdad? —le preguntó al hombre.

Él pareció sorprenderse.

—Desde luego, este barco atracará en España —asintió—. No sabía que hablases español, pequeña —dijo, de pronto, aliviado—. Así será mejor, mucho más fácil. También para que te adaptes antes a tu nueva vida. ¡Bien, sigamos! Es importante que permanezcas oculta, ¿me entiendes, verdad? Aquí no vendrá nadie, o al menos, eso espero. Pero si las cosas se torciesen, niña, si por casualidad, alguien hiciera una inspección, permanece callada y oculta. Es muy difícil que encuentren este lugar. Se mimetiza con el entorno.

»Si oyeses pasos próximos y crees que no son los míos, que irán acompañados de un silbido así —y silbó para demostrárselo—, escóndete rápidamente. ¡Mira!, aquí tienes una trampilla, ¿la ves?, está justo al lado de la cama. Esta trampilla va a parar a una caja a la que es imposible acceder si no es a través de este lugar. Y para llegar a este lugar primero hay que perderse por el laberinto.

»Si por lo que fuera todo se torciese y te tuvieras que esconder, cierra la compuerta con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido. Aquí en los almacenes de la cocina, cualquier mínimo rumor te delataría enseguida. Hay mucho eco. Cuando pase el peligro, yo vendré a buscarte. De todas formas, si lo peor llegase a ocurrir, te recomiendo que contengas la respiración y reces para que pasen de largo.

»Pero no te preocupes, no va a pasar nada. Estos en mis dominios. Este barco es enorme y todavía no he conocido a nadie que le guste perderse por las bodegas. Ya sabes, dicen que hay bichos, pero no es verdad. Además no es la primera vez que ayudo a algún refugiado a salir de África. Conmigo estás segura, Najmah. ¡Confía en mí!

Cuando aquel hombre desconocido, pronunció su nombre en voz alta, entonces, solo entonces, Najmah le creyó. Y decidió confiarle su vida. Sus ojos parecían sinceros y, en aquel momento, Najmah no tenía a nadie más a quien aferrarse. ¿Sería suficiente?

—Confío en usted —afirmó en alto, convencida—. Me gustaría saber su nombre. Usted conoce el mío.

—Nada de nombres, Najmah, recuerda. ¡Nada de nombres! Cuanto menos sepas, menos riesgos habrá.

—Está bien, pero cuando toda esta locura pase, ¿cómo le recordaré?—preguntó Najmah.

—Espero que con cariño —y le guiñó un ojo—. ¿Preparada para quedarte sola?

—Sí —dudó.

—¡Bien!, eres una chica valiente. ¡En marcha! Volveré cuando el barco dejé de moverse. Aún estamos en el puerto de la ciudad de Argel.

—¿Y nos quedan muchas horas de travesía?

—Muchas. Atracaremos en Alicante, una ciudad española, supongo que no habrás oído hablar de ella.

—Sí. Alguien me habló de ella y del mar.

—¿Quién? —quiso saber.

—¡Nada de nombres!, ¿recuerda? —se burló Najmah.

—Buena chica, veo que aprendes rápido. ¡Buena suerte, Najmah!

—Gracias. Muchas gracias.

Najmah nunca había visto la inmensidad del mar. Y aquella vez, durante el largo viaje, tampoco pudo ser. Pero lo sintió durante toda la travesía, su devenir ondulado, su sonido, su aroma salado, su humedad.

El mar mecía su futuro.

Un futuro incierto. Lejos de su querido desierto.

El mar, como el viaje en el camión, no resultaron nada fáciles para Najmah. Apenas podía probar bocado, las grandes olas la hacían vomitar una y otra vez, la dejaban sin fuerzas.

Se había llevado en su pequeña bolsa tres camisas limpias bien plegadas y tuvo que usarlas todas. Sin embargo, salvo el vaivén de las horas y la agitación de su estómago no hubo otros contratiempos durante la travesía.

Tampoco visitas inesperadas, ni pasos, ni susurros, ni siquiera silbidos. El hombre desconocido, sin nombre, al que decidió llamar «el hombre del laberinto», tampoco se molestó en bajar a verla.

En aquel lugar no pasó nada, sólo el tiempo, los recuerdos y una gran angustia acurrucada en un lecho frío y huesudo.

Najmah vivía alerta a cada movimiento.

Y cuando el barco atracó, estaba agotada, y los ojos le ardían con desesperación, la misma desesperación que sentía porque aún le quedaba lo peor, le quedaba lo más peligroso, desembarcar.

Llegar a España.

España.

¿Y después?, ¿qué pasaría después?

¿Qué haría con su soledad?

El hombre del laberinto apareció casi una hora después de que el barco se hubiese parado. Y aquella hora, a Najmah se le antojó, como si hubiese pasado una vida entera delante de ella. Tuvo tantas dudas de que aquel hombre no se hubiera olvidado de ella, estaba tan nerviosa, que a punto estuvo de hacer una tontería y salir del barco por su cuenta.

Pero por suerte aguantó. Y rezó.

Intentaba calmar su desesperación, su impaciencia, su ansia de libertad. Y formuló un deseo, solo uno, que repitió como si fuera un mantra: «¡Que todo termine cuanto antes!».

Y cuando escuchó los primeros ruidos en el almacén, Najmah se replegó contra sí misma y se encogió. Dejó de respirar. Luego llegaron los pasos, seguros, próximos, se acercaban.

Se acercaban demasiado.

Estaban casi encima.

Cerró los ojos y se cubrió con los brazos. ¡Era el final!

Y entonces llegaron los silbidos.

Y la respiración.

Era el eco inconfundible del hombre del laberinto, la misma cantinela que le aseguró que entonaría justo un momento antes de descorrer aquella cortina, la puerta imaginaria de su refugio.

Era el tono de su señal.

Estaba a salvo.

Y en ese momento, el llanto de Najmah se hizo pesado, y continúo, imparable. Ya no podía más.

Najmah se derrumbó ante el rostro amigo del hombre del laberinto. Y le abrazó diciendo:

—*Alhamdulillah*, «gracias a Dios, gracias a Dios».

Y el hombre del laberinto la sonrió mientras la acariciaba su largo cabello rizado:

—¡*Salam,* Najmah!, ¡ya estamos en casa, casi en casa!

—¡*Salam*!, ¡gracias, gracias!

—Mira lo que te he traído —y le dio un vestido azul marino con rayas naranjas.

—¿Qué es? —se interesó, Najmah.

—Es un uniforme de azafata.

—¿Qué es una azafata?, ¿qué es un uniforme? —preguntó sorprendida.

—Son las mujeres que trabajan en el barco. Y todas llevan un vestido serio como este. A estos vestidos se les llama uniformes. Y ahora, tú también te lo vas a poner.

—¿Quieres que me convierta en una azafata?

—Eso es, Najmah. Yo no lo habría dicho mejor.

—Pues tendrás que darte la vuelta.

—Se me ocurre algo más rápido, correremos la cortina —le dijo guiñándole un ojo. Y ahora escúchame, Najmah —le dijo, y de pronto, la voz del hombre del laberinto sonó muy seria—. Son muy importantes los pasos que vas a dar ahora y todo estará en tus manos. Ahí fuera ya no podré ayudarte. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo. ¿Qué debo de hacer?

—Cuando salgas del almacén y de las cocinas —yo te indicaré el camino— tendrás que mezclarte entre la gente. No sientas vergüenza, Najmah, esto es un barco de turistas, gente que se ha ido de vacaciones, que ha sido feliz, que tienen mucho que contar a sus

familiares que les esperan en el muelle y por ese motivo, estoy seguro de que nadie se fijará en ti. Compórtate con naturalidad. Recuerda que eres una azafata, y que trabajas en el barco.

—¿Y si alguien me pide ayuda?

—Entonces diles, con una gran sonrisa, que esperen unos minutos, que estás muy ocupada en ese momento y que les atiendes enseguida o que les enviarás ayuda. Así les dejarás conformes. Y tú podrás seguir tu camino con seguridad. Ve bajando hasta el puente y sal con paso firme; si alguien te parase o te preguntase, responde con soltura, sonríe confiada, eso les descolocará. Si fuese la policía, y te pidiesen los papeles, dices sencillamente que solo vas a dar una vuelta, a estirar un poco las piernas, que el barco zarpa de nuevo en tres horas y que tienes toda la documentación en tu camarote. Y si —poniéndonos en el peor de los casos—, te insistieran en que quieren verlos, entonces vuelve a sonreírles y diles que regresas enseguida. Solo entonces, tendrás que deshacer los pasos que ahora vas a dar y volverás al almacén. Yo te estaré esperando, por si acaso. Si sucediera algo así, Najmah, no te pongas nerviosa. Encontraremos el modo de que puedas desembarcar.

—¡De acuerdo!

—¿Lo has comprendido todo?

—Sí —afirmó Najmah detrás de la cortina.

Había asentido a cada una de las palabras que había ido escuchando del hombre del laberinto, lo había memorizado todo a gran velocidad. Y estaba aterrada.

—¡No tengas miedo! —le dijo el hombre del laberinto intuyendo su pánico—. Lo harás muy bien, y ahora, venga, ¡déjame verte!, ¡estoy deseando conocer a la azafata más joven del barco!

—¡Estoy horrible!, y me queda muy grande.

—¡Estás perfecta, Najmah! —le dijo sonriendo y mirándola fijamente a los ojos.

Pero Najmah rehuía su mirada.

—No te preocupes. Nadie te parará, Najmah, ¡nadie!, ya lo verás, ¡te lo prometo!

—No puedes prometerme algo así. No lo sabes. Ahí fuera puede ocurrir cualquier cosa —añadió Najmah a punto de llorar y de venirse abajo.

El hombre del laberinto suspiró. Entendió.

—Najmah —le dijo de pronto—, ¡mírame, te lo ruego!

Y Najmah le miró. Y en su mirada encontró tanta paz, tanto azul, que dudó.

—Todo irá bien, ¿de acuerdo, Najmah?

—Sí.

—¿Confías en mí?

Y Najmah le sonrió con timidez, asintiendo.

—Sí, ¡confío en ti!

—¡*Alhamdulillah*!, ¡gracias a Dios!, —dijo el hombre del laberinto inclinándose y colocando una mano sobre su pecho—, me siento honrado.

—¡*Im cha Alah*!, si Dios quiere, ¡lo conseguiré!

—No me cabe duda, pequeña.

—¡No soy pequeña! —le dijo Najmah al hombre del laberinto muy seria.

—Es cierto. Tienes razón, Najmah ¡Eres ya toda una mujer!

—¡*Shukran*! ¡Muchas gracias hombre del laberinto!, gracias por toda tu ayuda.

—¿Ese soy yo?, ¿el hombre del laberinto?

—Sí, dijiste que: «Nada de nombres», así que yo inventé uno para ti.

—Me gusta. En realidad es lo que soy, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Bueno, ser un laberinto, es una forma de protegerse. A los laberintos puedes entrar fácilmente, pero salir de ellos, ya es otra cuestión. Nadie llega a conocer del todo un laberinto, es un misterio.

—Nunca he entrado en ninguno. Salvo en este almacén. Te lo puse por las cajas en desorden.

—¡*Shukran*!, gracias Najmah. Me siento orgulloso y honrado de haberte conocido, estrella del desierto. Y quizá, ¿quién sabe?, cuando estés ahí afuera, nos volvamos a encontrar.

—Me gustaría. Mi abuela siempre decía que el destino era como una caja de música abierta, que mientras sonase la melodía todo podía ocurrir.

—Tú abuela era una mujer muy sabia. Me hubiera gustado conocerla.

—Y a mí que no se hubiera ido.

—Los seres muy queridos nunca llegan a irse del todo.

Najmah le sonrío y dijo:

—¡Estoy preparada!

Y el hombre del laberinto asintió.

Fueron caminando despacio, hasta el exterior del barco. Fuera hacía mucho calor. Y cuando llegaron al puente de mando, le señaló con el dedo los carteles de salida y le dijo que sólo tenía que seguirlos, que ese sería su camino hacia la libertad.

Y Najmah quiso llorar, abrazarle, decirle que no se fuera, pero se contuvo y se mordió los labios.

—¿Sabes que nunca había conocido una verdadera estrella del desierto? —dijo el hombre del laberinto guiñándola un ojo y

animándola a partir—, pero me ha gustado. ¡Buena suerte, Najmah! ¡*Selama*!, ¡que Dios te acompañe en tu camino siempre!

Y Najmah respiró profundo, cerró los ojos y dijo para sí asintiendo: «La voy a necesitar». Después se inclinó hacia delante, con su mano derecha sobre el corazón y movió los labios sin emitir sonido alguno:

—*Salam*.

Con paso temeroso, Najmah comenzó a descender.

El barco estaba cargado de agitación, de turistas blanquecinos, sonrosados y ruidosos, de niños rubios que lloraban, que gritaban, que saludaban, que comían caramelos, que llamaban a sus padres y a sus abuelos. También vio gente negra, como ella, quizá más blancos, pero ninguna de aquellas personas parecía llamar la atención.

Y eso la tranquilizó.

Pendiente como iba de no perderse ninguna señal de salida y de la gente y sus miradas, se tropezó varias veces con algunas maletas y bolsas que se acumulaban en los pasillos. Se cruzó con marineros trajeados de azul que la saludaron afablemente con un gesto, y con azafatas que vestían como ella. A nadie pareció extrañarle su presencia.

Y cuando al fin —después de sortear como pudo a una madre que, de pronto, le salió al paso pidiéndole ayuda con un carro y a un hombre que le preguntó dónde estaba la salida—, consiguió alcanzar el malecón y pisar tierra española, no se lo podía creer.

¿Lo había conseguido?, se preguntaba, ¿estaba en tierra firme?, ¿era ahí donde tenía que llegar?

Dudó unos instantes, todo había resultado tan sencillo que apenas podía creérselo. Y suspiró profundo, aliviada. Y después abrió mucho los ojos mirándolo todo. Se puso de rodillas y tocó el asfalto del malecón con las dos manos.

¡Quemaba!, como su desierto del Sáhara.

Y por un momento tuvo ganas de gritar, de llorar, de abrazar a alguien, a cualquiera, de volver sobre sus pasos y a decirle a aquel hombre, el hombre del laberinto, que lo había conseguido, que era libre, pero se contuvo.

La gente la miraba.

Y se alzó con rapidez. No debía de llamar la atención, recordó.

Sin embargo, su sonrisa lo decía todo, la delataba. Era el vivo reflejo de la felicidad, del triunfo.

¡Estaba en España!, se decía Najmah, y se lo repetía, ¡en España!, ¡en España!, ¡lo he conseguido!, ¡oh, Dios mío!, ¡lo he conseguido!

Nadie le había parado, ni preguntado, ni pedido los papeles.

Nadie se había extrañado de su presencia.

Y presintió que una nueva vida, quizá más sencilla, más amable, muy diferente, la aguardaba en algún lugar, lejos de su querida África.

Su mundo del desierto se quedaba atrás, ya no le pertenecía. Y si había sido capaz de superar lo más difícil, lo peor, la separación de su madre, de Brahim, y de su querida Daishan, podría aguantarlo todo.

¡Todo!

Caminó despacio por el malecón, en círculos. Ni sabía bien hacia dónde tenía que ir, ni qué debía hacer. El muelle comenzó a llenarse de gente, de actividad, de maletas, de gente. Y cuanta más gente la circundaba, más aislada se sentía. ¿Qué le había dicho Raquel? Lo había olvidado por completo. ¿Y el hombre del laberinto, le había dado alguna consigna que no conseguía recordar?

De golpe se sintió muy sola. Completamente sola pese a estar rodeada por una multitud feliz que iba y venía. Y con aquella sensación de desamparo, Najmah no había contado.

Los minutos fueron pasando, se alargaron como los días del verano, y se hicieron eternos. Najmah notó que las preguntas se le agolpaban en la garganta, que un nudo denso y oprimente le serraba el estómago y que las lágrimas, que había conseguido mantener a raya, se asomaban ya por sus pupilas. Las dudas le hacían temblar, la llenaban de aprensión, de miedos.

¿Qué pasos debía de seguir?, ¿esperaba?, pero ¿cuánto tiempo debía de esperar?, ¿cuántas horas, o minutos eran lo prudente para no llamar la atención?

¡No!, pensaba, quizá era mejor pedir ayuda. ¿Pedía auxilio?, ¿o no? ¿Y si hablaba con alguien?, ¡sí!, eso iba a ser lo mejor, ¡hablar con alguien!, pero Najmah miraba a su alrededor y no se decidía por ninguna persona. ¿Vendrá alguien a buscarme?, se preguntaba. Y mientras su corazón le hablaba y su cabeza le aconsejaba, su mirada comenzó a entretenerse entre los viajeros. Había cantidad de turistas en el malecón que, sin querer, fueron empujándola, poco a poco, hacia un extremo del puerto. Najmah los miraba embobada.

Le gustaban sus sonrisas, sus filas de dientes irregulares, los hoyuelos de sus mejillas, las miradas fruncidas, su ir y venir apresurado, los saludos estrepitosos de las familias, los abrazos largos y pegajosos, el sonido de los coches y los camiones pitando, avisando, llamando la atención. Las mujeres vestían desenfadadas, con tirantes y cortas, algunas muy cortas.

¿Qué habría pensado su madre al ver ese enjambre de brazos y piernas desnudas contoneándose con total naturalidad?

Se sintió feliz.

Había, en aquel pequeño espacio, ¡tanta vida!

Vagabundeó sin ningún rumbo fijo, entre la gente, escuchando conversaciones de aquí y allí, diálogos que no entendía bien, porque allí el español parecía que sonaba de otra manera, se comían las palabras, o quizá era solo la velocidad que arrastraban. Hacía un calor sofocante, como en el desierto, pero al mismo tiempo era húmedo. Sudaba. Aquello sí que la desconcertó.

Nunca había sudado.

Sus pasos la llevaron hasta el final de la escollera.

Y allí descubrió un gran desierto que se perdía en el horizonte.

Su alegría fue mayúscula.

¿Cómo era posible que estuviese tan cerca del desierto y no se hubiera dado cuenta? —se preguntó.

Pero lo que Najmah no había percibido todavía como algo real, quizá porque el cansancio y el calor la confundían, o porque creyó que era una ilusión óptica del cielo, fue la gran masa azulada que se extendía y bañaba al desierto. Y estaba justo ahí, delante de ella. Se movía, murmuraba algo.

¿Qué murmura el cielo?

¿O no era el cielo?

Se frotó los ojos. Y entonces, Najmah lo vio todo claro, se tapó la boca y ahogó un grito de júbilo. ¿Acaso podía ser el mar?

¡Jamás había visto el mar!

¡El mar!

Era precioso. ¿Había algo más hermoso que el mar?

En aquel momento, ante el azul inmenso que la hablaba, que le susurraba, comenzó a llorar y ya no pudo parar.

¿Cuántos kilómetros serían necesarios para poder olvidar?, ¿cuántos para empezar de nuevo?, ¿cuánta vida para volver?

Y mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas y se acercaba hasta la orilla, Najmah fue recordando su infancia. Evocó su cielo africano, tan distinto al que ahora contemplaba, sus amadas estrellas, las dunas, el nacimiento de Venus, ¿se verían las estrellas y los planetas con la misma intensidad en aquel lugar?

La sonrisa de su madre la envolvió, la meció y recordó su mano apretando fuerte la de ella antes de partir, y los ojos verdes de Brahim entre las dunas del desierto del Sáhara.

No, ella no podría olvidarles. No. Nunca. ¡Jamás!

Y mientras se secaba las lágrimas, que parecían no tener fin, con el dorso de la mano, contempló de frente el mar y se dejó mecer por su rumor. Su azul la envolvía.

De pronto, alguien posó suavemente una mano en su hombro y una corriente fría la estremeció.

La paralizó.

—Ya te dije que era perfecto, Najmah. Lo más bonito que habrías visto nunca.

Najmah reconoció su voz.

Y cerró los ojos confiada, agradeciendo en silencio aquellas mínimas palabras.

—¡Sí, Raquel! —respondió, con una sonrisa amplia en su rostro —. Es cierto, ¡es lo más bonito que he visto nunca!

Y se abrazaron con fuerza.

—¡He pasado tanto miedo, Raquel!, ¡tanto!, ¡creí que no vendrías! —dijo Najmah comenzando a llorar.

—Lo sé, pequeña. Lo sé, pero ahora ya estoy aquí y todo va a ir bien. ¡Muy bien! ¡Qué valiente has sido, mi pequeña Najmah!, ¡estoy tan orgullosa de ti!

Y las dos se sentaron sobre la arena, mientras el mar las acariciaba con su espuma, con su cadente vaivén.

El semblante de Raquel parecía tranquilo, relajado, feliz. Y en su mirada se reflejaba el mar, inmenso, azul turquesa. Y aquello le infundió valor. El abatimiento, el cansancio de las jornadas vividas, la pena y todos sus remordimientos desaparecieron casi como por arte de magia.

Allí en España encontraría su destino, lo sabía.

El destino que realmente Venus había planeado para ella, cuando brillaba intensamente en la gran noche africana.

Najmah volvió a abrazar a Raquel.

—¡*Shukran*!, ¡gracias, Raquel!, jamás podré olvidar todo lo que has hecho por mí.

—Gracias a ti, Najmah, porque, y aunque quizá no te lo creas, este viaje me enseñado algo que no sabía que tenía.

—¿El qué?

—¡Valor!

Y ambas se miraron.

—Bien, Najmah, ¿estás preparada? —le susurró Raquel al oído.

—¿Preparada?, ¿para qué?

—¡Tengo una sorpresa para ti!

—Sí, lo estoy, aunque tengo miedo, Raquel —reconoció—, tengo miedo de no saber hacerlo.

—¿El qué?

—Volver a empezar.

—¿Y quién no lo tendría, Najmah?, ¿quién no lo tendría?

—¿Has dicho que tenías una sorpresa para mí?

—Sí, y es muy especial, muy grande, casi tan grande como tú, mi estrella del desierto. Y sé que ella sabrá cómo ayudarte a hacerlo.

—¿Ella?

—Sí, ella. ¡Mira hacia allí!

Y Najmah miró.

En el paseo marítimo había una mujer sonriente con el cabello largo y muy negro. Las saludaba agitando mucho la mano, con el brazo en alto, emocionada.

—¿No la reconoces? —se sorprendió Raquel—. Quizá sea la ropa. ¿Por qué no te acercas?

Najmah la miró y dudó.

—¡Vamos!, no tengas miedo.

—¿Y no vienes conmigo?

—¡Desde luego!, pero es mejor que tú vayas delante.

Najmah se fue acercando hacia el paseo. En sus pisadas había desconfianza. Sin embargo, aquella mujer del paseo no paraba de sonreírla y de llorar al mismo tiempo, de agitar su mano, de llamarla por su nombre. La conocía. Parecía feliz y triste al mismo tiempo.

Y a medida que se fue aproximando el rostro de la mujer se tornó nítido, familiar, querido. Y creyó reconocer a… ¡Pero eso era imposible!

Y entonces sucedió, pronunció su nombre en alto:

—¿Daishan?

Y la mujer asintió y corrió a abrazarla.

ESPERANZA Y SUEÑOS

Hoy, en el Instituto, una nueva alumna llamada Najmah, ha comenzado sus clases. Viene de muy lejos, de una tierra imposible. Está nerviosa.

Raquel y Daishan la abrazan antes de entrar.

La desean suerte.

Raquel las ha ayudado durante meses. Ha estado junto a ellas en cada dificultad, dándoles la mano. Y con trazos lentos, pero seguros, han ido forjando su nueva identidad.

La profesora da la bienvenida a Najmah, apenas la ve entrar en el aula. Los alumnos la observan curiosos, callados, quizá impresionados. Su tez parece de ébano. Brilla. No es el primer africano que ven, pero Najmah les parece una curiosidad. Es como si desprendiese una luz especial.

Su cutis es negro y al mismo tiempo dorado, sus rasgos dulces, su cabello negro y muy rizado, ensortijado, casi da vértigo y su mirada, su mirada está algo perdida. Quizá desvela toda la fuerza de su tierra, su imán.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta la profesora.

—Me llamo Najmah.

—¿Y significa algo tu nombre? —pregunta curiosa.

— Significa estrella, en árabe.

—¡Buenos días, Estrella!, —dicen, de pronto y a coro, los alumnos de la clase.

Y Najmah se sorprende por su naturalidad.

La profesora vuelve a preguntar:

—¿Y de dónde vienes, Estrella?

Y Najmah, tan solo por un instante, por unos minutos, vuelve a ser una contadora de historias:

—Del Sáhara.

»El Sáhara es una tierra hostil, el Sáhara es muy hermoso, el Sáhara es mi tierra. Añoro cada día el calor de sus jornadas, el olor del desierto y sus cielos estrellados. —Y Najmah cierra los ojos y recuerda a su abuela: «¡Háblale!... A quién comprenda tus palabras»—. Hubo una vez un pueblo. Y un campamento. Y un desierto, el Sáhara. También un bosque de jaimas y casas de adobe que cubrían su árido terreno. Era el campamento de refugiados de

Tinduf.

»Todavía lo es. Pero este campamento no siempre estuvo allí. Fueron los años de guerra contra el invasor marroquí, los que llevaron a la inmensa mayoría de las familias saharauis a buscar cobijo, a refugiarse entre sus lonas y tiendas de campaña, buscando protección y alimento.

»La ayuda internacional llegaba a cuentagotas, pero llegaba y les permitía sobrevivir.

»Casi todos los hombres saharauis, desde entonces, portaban un fusil, y estaban alistados en el ELPS —Ejército de Liberación Popular Saharaui—, y cuando los hombres tenían unos días libres, regresaban junto a sus familias, cansados y harapientos, a descansar. Pero en el desierto del Sáhara, no siempre hubo guerras.

»Mi pueblo, orgulloso de serlo, había tenido una existencia nómada, cuidaban del ganado, y comerciaban con los vecinos. Los camellos y los caballos eran su único transporte.

»Mi mundo rezaba con fervor y seguían con rigor las enseñanzas escritas en el sagrado libro del Corán. Eran el pueblo del desierto. Lo somos todavía, ¡y lo seguiremos siendo! ¡Lo seremos siempre!, aunque ahora vivamos de la caridad. Aunque ahora no tengamos libertad, ni tierra.

»El Sáhara es hostil, es hermoso, es mi tierra.

»Dice un poema anónimo: *Con el desierto ante ti, jamás digas: ¡No puedo! Si las dunas avanzan, entonces tú también puedes hacerlo*.»

—¿Y conoces el poema completo, Najmah? —se interesa la profesora.

—Lo tengo escrito, ¿quiere que se lo lea?

—¡Por favor, Najmah, adelante, estoy segura de que a todos tus compañeros les encantará escucharlo y a mí, sin dudarlo, también!

«Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué silencio!
Di: No oigo.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué aridez!
Di: ¡Qué extraña es la belleza!
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué inmensidad!
Di: ¿Por dónde comienzo?
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué pobreza!
Di: ¿Qué más necesita mi pensamiento?
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué soledad!
Di: Soy lo que conmigo llevo.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué oscuridad!
Di: No veo, pero lo siento.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué sed!

Di: ¿Cuánto preciso beber?
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Imposible vivir!
Di: La vida es lo que he de aprender.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Qué cansancio!
Di: ¡Cuánto camino recorrido!
Con el desierto ante ti, no digas: ¡No puedo más!
Di: Si las dunas avanzan, yo también puedo.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Me doy por vencido!
Di: Seguiré, aunque quizás no llegue a mi destino.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡No hay nadie más!
Di: Todos tenemos desiertos que atravesar y desiertos en los que coincidir.
Con el desierto ante ti, no digas: La arena me abrasa.
Di: Con la arena se construyen casas.
Con el desierto ante ti no digas: ¡Estoy perdido!
Di: Tiene que haber algún camino.
Con el desierto ante ti, no digas: ¡Jamás saldré!
Lo que tiene un comienzo también tiene su…

FIN
¿O no?...
CONTINUARÁ

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer este libro a la niña que —todavía hoy y espero siempre— llevo dentro.

No quiero dejarla marchar. Y aunque sé que los niños me ven ya algo mayor, (porque acumulo años, meses y muchos días, y cinco grandes surcos en la frente y otras tantas patas de gallo alrededor de los ojos) mi mirada sigue caminando de cuclillas junto a ellos.

Mi sonrisa es su reflejo, se ríe escandalosamente alta para llamar su atención. Me emociona un adiós de mano ancha, pequeña, risueña o un te quiero mañanero, de esos, de versos, de esos que valen más que el dinero.

Le doy las gracias al planeta Venus, todas las noches lo busco, y nos saludamos en la oscuridad. No sé si él me guiña un ojo, o si me corresponde de alguna manera, pero yo, en cualquier caso, se lo lanzó por si acaso.

Cuando era pequeña tuve una muñeca negra, mitad de trapo, mitad de goma. Se llamaba Tonitos.

Adoraba a aquella muñeca de trapo.

Tonitos fue la primera muñeca negra del mercado y aunque yo le pedí a los Reyes una muñeca pelirroja y blanca, el desierto decidió por sí mismo. Bueno, quizá lo hiciera mi madre.

Mi Tonitos es hoy mi querida Najmah, con su pelo ensortijado de lana, igualito al que tenía mi abuela. Gracias Tonitos, por haberte dejado llevar. El corazón siempre es muy mandón.

Gracias infinitas también a este mundo ancho y sin límites que nos ha tocado vivir, cuyas historias, de ficción o no ficción, nos arrastran a conocer otras culturas, también a aprender de ellas e incluso a padecer con ellas. Viajar es un regalo.

El pueblo Saharaui es un pueblo especial, sufrido, luchador. Quizá sea el lugar más olvidado del mundo, o el más árido, quizá no, pero su fuerza es contagiosa, digna de emular.

Mis hijos, cuando eran más pequeños, me decían que me querían hasta la Luna y vuelta otra vez, hasta las estrellas y vuelta otra vez. ¡Y esa era mucha distancia!, o al menos a mí me lo parecía.

Mis hijos me hacían feliz. Hoy ya no me lo dicen, se han hecho mayores, pero yo sigo sintiendo todo ese amor de ida y vuelta. El firmamento marca, y yo le doy las gracias por sus cicatrices. La

familia es un baluarte. Es el pilar sobre el que me mantengo, es mi patria y la razón de mi prosa.

Y como no deseo tener raíces sólidas hacia ningún lugar, ni acumular bienes materiales, me guío por las estrellas, el sol, la luna, las estaciones y la gente a la que amo. Y vivo. Vivo en este espacio libre, respirando el aire que me toca, disfrutando de todas las horas y perdiéndome en ellas.

Mi tierra es la gente. Mi tierra son las palabras que le dedico a tu nombre, a tu sombra, al camino abierto, a los gestos. Así que les doy las gracias a todas ellas, porque siempre quedan historias por contar y otras por continuar… ¡Como esta!

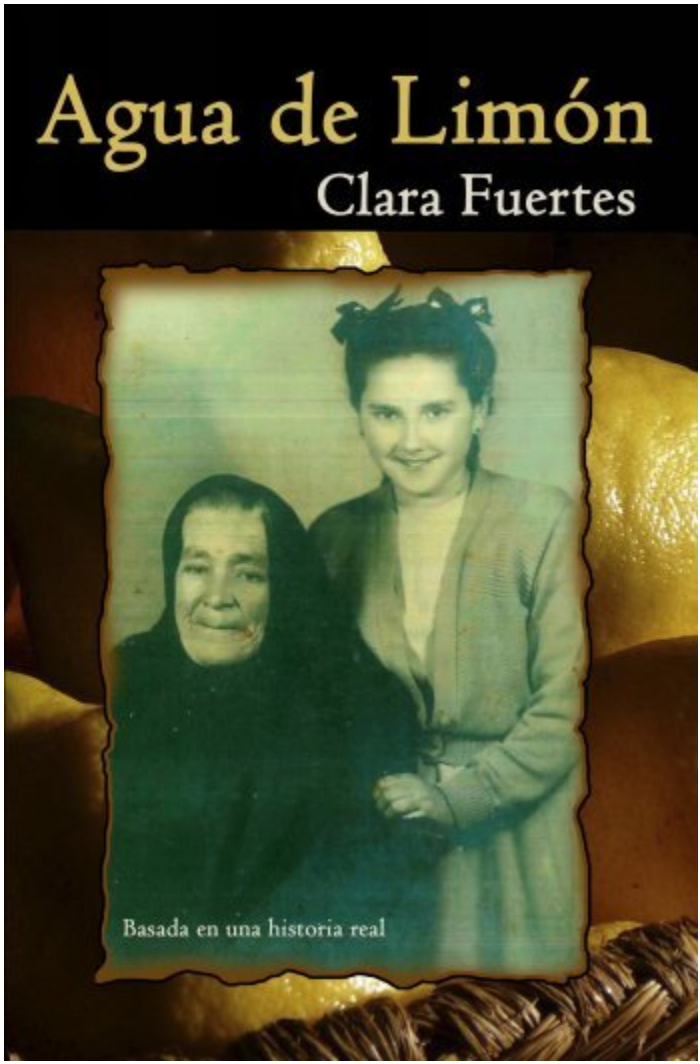
No todo acaba en un silencio. Mientras dentro de mí suene la música, nos veremos en el camino.

Un camino que nunca es solitario. Mi agradecimiento a Anes, mi correctora, consejera literaria y amiga, y uno muy especial a la artífice de tan bella portada, Soledad Ruiz, y al fotógrafo que retrató a esta muchacha, Eric Lafforgue. Él la inspiró y Soledad solo tuvo que sacar sus pinceles. Es una artista y un ejemplo de altruismo. Buena gente. Tengo la suerte de estar rodeada de buena gente. Y estoy convencida de que los caminos se cruzan por algún motivo. Todo tiene un significado.

Clara Fuertes

Otras novelas de la autora
Clara Fuertes

AGUA DE LIMÓN:
http://amzn.to/2iiJueY (Enlace de compra).
http://amzn.to/1TlhW2Y (Lectura de un fragmento).



OTOÑO DESDE MI VENTANA:
http://amzn.to/2j79UkX (Enlace de compra).
http://amzn.to/2j79UkX (Lectura del inicio)

¿Quieres conocer un poco más a la autora?
¿Sabías qué su color favorito es el amarillo?

Clara Fuertes nació en el corazón de Castilla, en un pueblo llamado Aranda de Duero (Burgos) y en un año decisivo, 1975. Pasó su infancia y parte de su adolescencia en la ciudad de Valladolid. Sin embargo, su alma siempre fue aragonesa y «Agua de Limón», su primera novela, sabe muy bien por qué. Después de cursar estudios universitarios —Ciencias Económicas y Empresariales—, enamorarse de verdad, ser madre, trabajar en la docencia y especializarse en orientación, la palabra escrita se convirtió en su testigo, en su vida. Fue, según la autora, un encuentro mágico, un encuentro largamente deseado.

Viajera incansable, amante del arte, la literatura y la cultura, Clara Fuertes escribe para todos los públicos.

Su palabra escrita denuncia, (Otoño desde mi ventana, su segunda novela así lo demuestra).

Su palabra es esencia, crítica, desvelo, Historia (Agua de Limón, basada en hechos reales), y sus obras siempre se encuentran a caballo entre la ficción y la vida (¡Háblale!... A quien comprenda tus palabras).

Defensora de la mujer, la autora busca siempre implicarse, anhela implicarnos, incluso hasta a los más pequeños. Descúbrela y síguela en su página de Facebook:

Clara Fuertes Escritora

En Twitter:

twitter.com/fuertes_clara

En Instagram:
fuertes_clara
http://amzn.to/2qp5vgU
Y en las páginas de sus libros en Facebook.
¡Buena lectura!